



DEVUÉLVEME

*la
sonrisa*

MARCOS A. C.

DEVUÉLVEME

la
sonrisa

Primera edición.

Devuélveme la sonrisa ©Marcos A.C.

©Mayo, 2021.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Epílogo](#)

Prólogo



Poco podía imaginarse mi padre que, el día que nació hacía ya cuarenta años, iba a tener que hacerse cargo de mí el solo.

A sus treinta y cinco años, el gran Arturo Duarte, dueño de diversos edificios de viviendas, así como de oficinas, se convertía en padre por primera vez, y se quedaba viudo de la única mujer a la que había amado de verdad.

Mi madre, Christina, murió aquella noche en el parto. Hubo complicaciones y se le fue la vida, mientras me la daba a mí.

Tenía treinta años, toda la vida por delante y, según me contaba mi padre, la ilusión de mi llegada y verme crecer.

No pudo ser, ni siquiera supo que había tenido un niño. Cuando le dijeron que podían decirle el sexo del bebé, ella se negaba a saberlo, quería que fuera sorpresa.

Ni un nombre tenían pensado para mí, o para una niña, así que hasta eso tuvo que elegirlo mi padre.

Según me dijo, me llamó Chris, ese diminutivo del nombre de mi madre, porque al mirarme a los ojos, le recordaba a ella.

Me sacó adelante completamente solo, y es que, tanto los padres de él, como los de mi madre, murieron años antes de que ellos se conocieran.

Y nunca se casó, tuvo algunas novias, amigas y ligues, pero jamás volvió a tener una pareja estable con la que querer compartir su vida. Decía que con mi madre murió el amor para él.

Poco a poco, fue vendiendo algunos de los edificios que tenía, de modo que se hizo con un buen dinero que invirtió en construir un edificio de apartamentos a pie de playa, que alquilaba, y con esas rentas vivíamos los dos.

Hasta que me dejó solo cuando yo tenía treinta y cinco años, creo que ese fue plazo de tiempo que quiso quedarse a mi lado y ver que me convertía en un hombre de provecho, antes de

reencontrarse con mi madre.

Se le fue la vida una noche mientras dormía, su corazón dejó de latir y ni siquiera pude despedirme.

Aquella noche, tras una cena en la que reímos y volvió a contarme cómo conoció a mi madre y el flechazo que sintió al verla, nos dimos las buenas noches como siempre, sin saber que no habría un nuevo amanecer para él.

En herencia me dejó el edificio y la casa en la que vivíamos, por lo que yo seguía manteniéndome de esas rentas que generaban mensualmente los apartamentos.

Y, como lo fuera mi padre, soy soltero por elección, no quiero atarme a nadie, no quiero enamorarme, eso no va conmigo.

Soy hombre de una sola mujer cuando mantengo uno de esos líos de amigos con derecho a roce, pero cuando se acaba, se acaba.

No hay promesas, no hay palabras que las lleven a creer que habrá un felices para siempre, una bonita casa con jardín donde construiremos un parque para nuestros dos o tres hijos.

Desde el primer momento todas saben que nunca las llevaré al altar, que no pondré un anillo en su mano y me arrodillaré para pedirle que se case conmigo.

Voy directo a lo que quiero, dar y recibir placer, tener una noche de sexo de esas memorables, tal vez dos, quizás una semana o un mes, pero nada más.

No hay amor, y nunca lo habrá.

Dirán que soy frío, sin sentimientos, que juego con las mujeres, pero no, no es así.

Voy de frente, dejo claro lo que quiero y cuándo lo quiero. Todas saben que cuando están conmigo, hay fecha de caducidad, no miento, no las hago creer que serán las princesas de un cuento y se convertirán en mi reina.

Mi padre decía que algún día aparecería la mujer que conseguiría romper el muro que yo mismo había construido alrededor de mi corazón, que pondría mi mundo y mi vida patas arriba y ni siquiera me daría cuenta de que estaba enamorado, hasta que la dejara marchar.

Él creía que, al haber perdido a mi madre y verlo a él, pasar el resto de su vida solo y sin enamorarse, era el motivo por el que yo no quería tener una pareja estable.

Yo reía al escucharlo decirme que no es que no quisiera enamorarme, encontrar esa mujer que me hiciera gritar al mundo que la amaba, sino que tenía miedo a hacerlo y perderla tan pronto como él perdió a mi madre.

No era así, no tenía miedo a nada, aunque hay algo que sí debo reconocer, y es que, siempre había temido que, si algún día esa mujer que decía mi padre, llegara para cruzarse en mi camino

se quedara embarazada, me mortificaría que pudiera dejarnos a los dos durante el parto.

Fueron muchas las veces que le pregunté a mi padre si yo tenía algo mal y por eso mi madre murió la noche de mi nacimiento, tal vez era algo que yo llevara en la sangre y no fuera compatible con ella, qué sé yo, no era médico a los diez ni a los doce años, y creía que, si tenía descendencia, podría heredar ese mismo mal y perder a su madre, a mi esposa.

Desvaríos de un niño que vivía con el recuerdo de la mujer más buena, bonita y cariñosa del mundo, de ver esas fotos que se había ido haciendo cada semana durante los nueve meses de embarazo.

Un viaje, eso necesitaba en el momento en el que me encontraba, en el quinto aniversario de la muerte de mi padre, tan solo dos meses después de celebrar mi cuarenta cumpleaños.

Esa fecha debería ser feliz, para cualquier niño lo era, igual que para muchos adultos, pero no para mí, porque el que debía ser el día más feliz de la vida de mi madre, se convirtió en el peor de la vida de mi padre y, por ende, de la mía.

Dejaba la ciudad por un tiempo, esa en la que había nacido, en la que crecí y me hice el hombre del que, estaba seguro, mi madre estaría orgullosa.

Lo dejaba para respirar otro ambiente, conocer otra ciudad, y, quién sabía, si en aquel destino acabaría encontrando algo de compañía.

Capítulo 1



—Hola, disculpe... —sonreí señalando el asiento de ventanilla que me pertenecía.

—Hola, claro —me devolvió la sonrisa y se levantó, apartándose para dejarme paso.

—Estos aviones cada vez dejan menos espacios, me llamo Chris.

—Sí —sonreía—. Soy Lara.

—Casi pierdo el avión, vaya caravana había en la autovía hacia el aeropuerto.

—Ni idea, llegué hace tres horas.

—Chica precavida.

—Bastante, ya perdí una vez un vuelo y no me pasa más.

—¿Vas a Roma por trabajo?

—No, voy a pasar unos días, realmente iba a venir con mi amiga, pero le falleció un familiar en París y tuvo que cambiar el rumbo.

—Vaya, así que te vas a perder por la ciudad italiana sola.

—Sí, tengo muchas ganas de conocer Roma.

—Es preciosa, no es la primera vez que vengo y sé que repetiré muchas veces.

—¿Vienes por trabajo?

—No, vengo a desconectar un poco, me hacía falta perderme por el mundo.

—El trabajo...

—No, bueno, muchas historias, el trabajo es lo que menos lata me da y lo que menos hago.

—¿Lo que menos haces?

—Vivo de la renta de un edificio a pie de playa que heredé de mi padre.

—Joder, ¿y necesitas desconectar de vivir de la renta? —se echó a reír.

—Hace cinco años que murió mi padre y la verdad que me afecta mucho esta clase de

aniversarios.

—Lo siento...

—Tranquila, unas pizzas, unos paseos y todo se sobrellevará.

—Claro, dicen que Roma tiene magia.

—Y sin truco, es una ciudad que es para dejarse llevar.

—Lo primero que haré será tirar unas monedas en la Fontana di Trevi, quiero ver si es verdad que se cumplen los deseos.

—Lo único que es verdad es que pierdes el dinero que tiras.

—Bueno, tampoco me voy a arruinar, no es que tenga un edificio en alquiler, pero al menos trabajo tengo.

—¿A qué te dedicas?

—Tengo una tienda online de joyería.

—¿Y te va bien?

—Sí, la verdad es que tuve mucha suerte y va viento en popa.

—Me alegro mucho, chica emprendedora y de éxito.

—Éxito el tuyo, mujer —se echó a reír.

—¿Y en qué hotel te quedas?

—Ese es el problema, que tenía la reserva hecha mi amiga, la tuvimos que anular anoche y ahora no me dejaba hacer la reserva por web porque me daban para el día siguiente, así que voy para ese hotel para ver si hay habitaciones libres, si no, buscaré otro por la zona.

—Yo tengo alquilado un apartamento —carraspeé—. Si te fías de mí, puedes quedarte sin problema.

—Bueno, si me dejas pagar la parte proporcional, casi que acepto, oye.

—Pues no se diga más, me pagas una cena y estamos en paz.

—¿Una? Te tendré que pagar un montón de ellas para que estemos en paz.

—Tampoco te pases.

—Pero en serio, ¿no te sentirás invadido?

—Para nada, mujer, vine solo y si encima tengo compañía, pues eso que me llevo.

—A ver si me vas a poner a limpiar, cocinar y de chacha —reía.

—No lo sé, según cómo te portes —carraspeé.

—Yo soy muy capulla, me tiro en el sofá y me pueden estar matando que no levanto el culo.

—Hombre, imagino que un lado del sofá me dejarás, a ver si te vas a apropiarse de todo.

—Claro, el lado de fuera, en el suelo —respondió con mucha gracia y es que se la veía muy divertida, además preciosa, Lara era una preciosa morena de pelo liso con cara angelical—. Por cierto, ya que estamos podrías hacerme de guía.

—Por supuesto. ¿Hasta cuándo te quedas?

—Cogimos el vuelo en abierto, así que no sé, tres, cuatro, ocho días...

—O te vuelves conmigo.

—¿Hasta cuándo te quedas?

—Lo tengo en abierto también —dije, causándole una carcajada.

Nos pasamos el vuelo charlando, se me pasó rapidísimo, cuando menos me di cuenta, estábamos aterrizando.

Cogimos un taxi que nos llevó al apartamento, eso sí, Lara me tiró una foto sin previo aviso y se la mandó a la amiga.

—Si me pasa algo que sepan quién es el culpable —dijo tan campante.

—Tranquila, te cuidaré, lo contrario no va con mi persona.

—Por si acaso —me hizo un guiño.

Y así fue como sin planearlo, comerlo o beberlo, estaba entrando por la puerta del edificio con una extraña que se iba a convertir en mi compañera de piso.

El conserje me dio las llaves y subimos a la tercera planta en el ascensor, fue entrar y ella irse al balcón.

—Joder, estas vistas a la Piazza Navona, son increíbles.

—Uno que no coge cualquier lugar —le hice un guiño.

Colocamos la ropa, dividimos el armario en dos, había una cama de matrimonio y un sofá cama cómodo, le dije que me quedaba el sofá, pero se negó en absoluto, la avisé de que, o se quedaba por la noche la cama o me aguantaba en el sofá, pero obvio que no la iba a dejar dormir a ella ahí, quería que se quedara la cama.

Lara era como esas cosas que suceden en la vida cuando menos lo esperas, y es que venía a un viaje solo y de repente tenía compañía. Me gustaba mucho esa compañía, era simpática, guapa, se le podía hablar de cualquier tema...

Se metió en el baño para ducharse y cambiarse, decía que estaba arrugada del viaje y es que

tenía mucho arte cuando abría la boca, me gustaba esa chica, tenía algo que me llamaba mucho la atención, demasiado y eso era malo porque cuando se me metía algo entre ojo, me volvía el hombre más seductor del mundo.

Luego todos tenemos una intuición para algunos temas y yo para las mujeres la tenía y bastante fuerte. No voy a negar que notaba que le llamaba la atención, por sus gestos y su comunicación no verbal, esa que dejaba entrever que estaba cómoda habiéndose venido conmigo.

Capítulo 2



Salimos a cenar, eran las nueve de la noche, la hora perfecta...

Bajamos a la Piazza Navona y nos sentamos en uno de los tantos bares que había, así como artistas callejeros y puestos que daban vida a ese lugar tan especial y pintoresco de Roma.

—¿Qué hago yo en un sitio así con un chico como este? —dijo, señalando la piazza y luego a mí con las dos manos.

—Puede que, pasar la que quizás vaya a ser las mejores vacaciones de tu vida —murmuré aguantando la risa y mirándola de forma descarada.

—Pues mira, si esa es la respuesta, encantada de vivirlas —me hizo una burla y me eché a reír, me encantaba ese carácter.

—Se me ocurre algo...

—Dime, jefe.

—No soy tu jefe —levanté la ceja, mirándola como hacía muecas.

—Venga, dime esa ocurrencia que has tenido.

—Mañana vamos a recorrer la ciudad en Vespa.

—¿Vas a comprar una?

—¡No! —reí —La voy a alquilar —puse los ojos en blanco.

—Obvio —los volteó ella también —. Por cierto... ¿Seguro que no seré una molestia en tu apartamento? No quiero que sientas la obligación de cargar conmigo.

—Para nada, créeme, creo que voy a pasar unos días muy divertidos.

—No lo sabes tú bien... —El gesto de su cara me dejó pensativo.

—¿Has querido decirme algo?

—Claro, que te lo vas a pasar pipa, otra como yo no encuentras.

—¿Tengo que preocuparme? —carraspeé sonriendo.

—Nada, poca cosa ¿Te va la diversión?

—Sí —murmuré —, pero sin llamar la atención.

—Chris, vives de la renta. Vive la vida, que creo que no lo haces.

—¡Pero bueno! —reí —No me conoces de nada para decir eso.

—Ya te he calado — hacía como si la cosa no fuese con ella y se miraba las uñas.

—Me has calado... ¡Descríbeme! — Choqué mi copa de vino con la de ella.

—Ligón, putón, vividor.

—¡Pero bueno! —me tuve que echar a reír —¿Algo bueno que veas en mí?

—Claro, generoso...

—Menos mal, menudo concepto tienes de mí.

—Pero, ¿a qué no fallé?

—Bueno, tampoco dicho así, es que sea la forma correcta.

—Vale, te lo digo de diferente manera.

—Eres un hombre que te gusta mimar a todas las mujeres que te gustan, arrastrarlas a tu cama y te hace feliz vivir de las rentas.

—Vas mejorándolo, pero te falta —la miré de forma sugerente.

—Estás intentando ponerme nerviosa...

—¿Intentando? Ya lo estás...

—Encima chulo, sabía yo que de aquí a que me acueste te hago un retrato de tu personalidad —dijo, causándome una carcajada.

—Pues me estás haciendo un traje de lo más bonito.

—Y certero, certero —dijo, señalándome con la copa —. Además, no crees en el amor ni en los compromisos.

—Sí creo en el amor, pero no lo busco.

—Eso es porque no te llegó en forma de bofetada.

—¿Y a ti te llegó alguna vez así?

—Claro, yo soy normal.

—¡Pero bueno! —me reí —Me estás poniendo fino.

—No, de verdad que no, hoy estoy tranquilita —se puso la mano en el pecho.

—No quiero ni imaginar cuando no lo estés —carraspeé sonriendo.

Me pasé la cena riendo lo más grande, Lara era de lo más divertida y espontánea, además, lo que pensaba, lo soltaba sin cortarse y de la manera más natural.

Tras la cena paseamos por la piazza, la noche estaba de lo más animada y Lara no dejaba de tirarse fotos en todos los rincones, bueno, me tenía de fotógrafo y encima me hacía repetir la imagen mil veces, ya que decía que no le gustaban.

Nos comimos un helado y conseguí sacarle la foto más divertida y bonita que jamás había visto, la subió a su Instagram, me hizo gracia aquello y encima me pidió el mío al que no tardamos en seguirnos mutuamente.

Me causó mucha gracia cuando puso como estado la foto y un comentario diciendo que se estaba comiendo un helado con un bombón al lado ¿Me estaba mandando una indirecta?

Regresamos al apartamento y por poco me muero al verla aparecer con un camisón de tirantes que le quedaba espectacular, tuve que tragar saliva del cosquilleo que me recorrió por el cuerpo.

—Bueno, yo duermo en el sofá.

—No, te he dicho que vas a la cama.

—No, no, me quedo en el sofá.

—Pues elige lado porque me quedo contigo.

—Pues mira, un día dormimos en el sofá, otro en la cama y así parece que estamos de crucero por el apartamento —me señaló a un lado del sofá.

—¿Y por qué no nos vamos directamente a la cama?

—Porque es la primera noche y no está bonito —se echó a reír cogiendo unas sábanas, las almohadas y tirándolas sobre el sofá.

—Y la segunda noche, ¿sí?

—Claro, así no nos pueden acusar de ir rapiditos.

—¿Y quién lo va a saber?

—Dios, que nos mira desde el cielo.

—¿Eres creyente?

—No, pero por si acaso —dijo tumbándose.

—No puedo contigo —me tumbé muerto de risa.

—Pues esto no acaba de empezar y tú eres el que me metiste aquí.

—Estoy dispuesto a afrontar las consecuencias.

—Esa es la actitud...

Encima me retaba, es que me la comía, bueno eso seguro, ganas me daban y es que tenía algo que me encantaba, realmente todo ¿Para qué nos vamos a mentir?

Capítulo 3



Me desperté y no la vi junto a mí, ni por el apartamento, ni rastro de ella, pero sus cosas seguían en el apartamento.

¿Se habría ido a desayunar? ¿A dar una vuelta? ¿Ni una nota? ¿La habrían raptado?

Ni cinco minutos antes de decidirme a llamarla, cuando entró por la puerta cargada de bolsas.

—Buongiorno, ragazzo —dijo entrando directa a la zona de la cocina.

—¿Te has ido al súper y no me has avisado?

—Tío, si estabas roncando, por Dios, pensé que se iba a caer el edificio —volteo los ojos y comenzó a reírse, apoyándose en la encimera de la cocina.

—¿En serio? —Era la primera vez que me lo decían, pero oye, todo podía ser.

—No, solo que estaba aburrida mirando hacia el techo y estaba entre tirarme encima de ti y darme una alegría para el cuerpo, o ir a comprar las cosas para desayunar. Me decanté por lo segundo —dijo sacando la compra de las bolsas.

—Oye, podría haber sido lo primero y luego irnos a desayunar a la calle.

—Pues mira, esa opción no la pensé, pero ya la sé para otra, lo malo es que he traído tantas cosas que creo que no necesitaré bajar ni por el pan durante toda la estancia —me enseñó tres bolsas de pan de sándwich.

—Vaya, pues sabes que tengo una suerte... —sonreí mientras la ayudaba.

—Pues habérmelo dicho antes.

—¡Y yo qué sabía! —ahora el que se apoyó en la encimera para reírse fui yo.

—Desde luego, no me puedo esperar mucho de alguien que vive de la renta, recorriendo el mundo y metiendo en su cama cada día una diferente.

—Tampoco es así —seguí riendo.

—Bueno, cada dos días.

—¿Ese concepto tienes de mí?

—Peor, pero eso para otro día que tengamos más confianza.

—Bueno, miedo me da de pensarlo.

—Pues nada hijo, que se te vaya haciendo el cuerpo.

—¿Cómo me puedes decir todas esas cosas y quedarte tan campante?

—¿Qué cosas? Tú te has levantado fatal. Anda, siéntate que hoy soy la chacha y te voy a poner el desayuno a lo marqués —me señaló la silla.

—Quiero ayudar.

—No, no, por Dios, usted que no se manche un dedo que lo chupo antes —me volvió a señalar la silla.

—¿Solo me chuparías el dedo? Es por saber —apreté los dientes y noté una colleja en el cuello, que no me habían dado en mi vida.

—Joder, chica, que fuerza tienes —me rasqué la nuca.

—Vuelve a decir otra grosería y probarás uno de mis pellizcos.

—Joder, pero si eres tú la que me sueltas de todo.

—¿Y por eso tienes que imitarme? —Puso los cafés sobre la mesa.

—Yo no te imito, solo pregunto y me prevengo.

—Prevenir... Tú procura que hoy tenga el día más feliz de mi vida y me comenzaré a portar bien.

—¿Puedo preguntarte algo? —Levanté las manos para advertirle que sería en son de paz.

—Inténtalo — terminó de poner las tostadas y demás.

—¿Cuál fue el día más feliz de tu vida? Más que nada para saber en qué grado lo puedo mejorar.

—El día que mi exsuegra perdió las cuerdas vocales y se quedó muda.

—Eres un poco brutita —apreté los dientes aguantando la risa.

—Bruta era ella que me decía que su hijo me tenía como una reina y eso que estaba parado y la que trabajaba y acoquinaba para todo, era yo —hizo una mueca.

—¿Y el hijo que decía?

—Nada, eso era un adorno de porcelana, lo ponías donde quisieras que ni hablaba, ni gesticulaba, ni se defendía, ni me defendía, ni tenía sangre. No sé qué le vi bonito. Ah bueno, el

día que lo dejé creo que también fue el más feliz de mi vida, estaba tan contenta del paso que di, que me fui a un pub de gigolos con mi amiga y no me tiré al stripper por guardarle dos días de luto a mi ex.

—¿Murió?

—¡No! —se echó a reír —Murió nuestra relación y su paga vitalicia que era yo —sonrió con gracia y satisfacción.

—¿Y no tenía nada bueno?

—Sí, que hacía el delicioso muy bien.

—¿El delicioso? —me eché a reír.

—¿No sabes que es el delicioso? —me preguntó incrédula.

—Me lo imagino, me lo imagino... —reí negando.

—Verás que te voy a tener que hacer un curso y todo.

—Cuando quieras... —murmuré sonriendo.

—Partiendo de la base en que estoy de vacaciones, sería un curso internacional y tendría que sacrificar esas horas, serían dos mil euros.

—Pero ¿Con prácticas? ¡Auch! —Noté una patada por debajo de la mesa en toda la espinilla.

—Para llevarlo a la práctica me tendrías que dar un apartamento de esos que rentas.

—Pues anda que no me iba a salir caro hacer el cursillo —me eché a reír sin dejar de rascarme la rodilla.

—Tienes una pinta de tacaño que no puedes con ella.

—¿Eh? Ayer te invité a cenar, no te he dejado pagar el apartamento, te voy a llevar a vivir el día más feliz de tu vida y, aun así, ¿te atreves a llamarme tacaño?

—Bueno lo retiro, eso de que me vayas a llevar a vivir el día más feliz de mi vida sonó tan bonito, que hasta te voy a dar la oportunidad de venderte bien a mis ojos.

—Estoy de suerte —murmuré con ironía, esa que pilló al momento.

—No me la juegues, que cobras —me señaló con el cuchillo.

—Para nada, no osaría a tal cosa —aguanté la risa.

—Ríete sin miedo, no vayas a ser que te ahogues.

—Gracias —solté una carcajada.

Os juro por mi vida que, sin exagerar, ella era una bomba de relojería, de esas que te sacan las

carcajadas. Era como si soltara todo con una naturalidad increíble y se quedaba tan pancha, eso sí, que no le soplaran en un ojo, pues no veas cómo se las gastaba.

Desayunamos tranquilos, charlando y bromeando, luego recogimos la cocina y se metió en el baño para prepararse para salir, luego lo hice yo con una sonrisa de oreja a oreja.

Estaba preciosa, con un vestido amarillo de tela fina, era de tirantitas, pegado al cuerpo hasta la cintura donde le salía un poco de caída hasta encima de su rodilla.

Tenía unas piernas morenas preciosas, llevaba unas sandalias blancas atadas con cuerdas de ratón sobre el tobillo, era una muñeca de bonita.

Me vestí con un vaquero corto, una camisa de cuadros muy pequeños en blanca y rosa pastel, unos zapatos de esparto blancos y listo.

—Joder, hijo, que guapo —dijo al verme.

—No tanto como tú.

—Eso es obvio, pero que de que estás muy guapo, lo estás.

—¿Entonces me he ganado un punto?

—Vale. Cuando tengas diez te doy un piquito en los labios.

—¿Y cuándo tenga veinte?

—Tira para la calle —dijo riendo y dándome otra colleja.

Capítulo 4



Sacó de su bolso blanco que era de bandolera una cajetilla de cigarros y me ofreció uno, yo me la había dejado en el apartamento y tenía que pasar por el estanco.

Nos fumamos el cigarrillo caminando, hasta que vimos una tienda de alquiler de Vespas.

—Dios que guapa esa en color celeste como las Converse de Abril, la prota de un libro de mi escritor favorito, es más, se la regalamos nosotras.

—¿Escritor? ¿Abril?

¿Converse?

—Joder hijo, hay que explicártelo todo —volteó los ojos mirando hacia el escaparate.

—Resulta que pertenezco a una tribu...

—¿Una tribu? —pregunté incrédulo.

—A ver, que no llevamos plumas ni nos saludamos con un “Jau”, aunque cualquier día lo hacemos, vamos, que allí pasa de todo y nos vamos contagiando las locuras. Pero a lo que iba, es un grupo de Facebook que se llama “las chicas de La Tribu” y somos seguidoras de once escritores de romántica que son los que llevan el grupo y uno de ellos, Aitor Ferrer, el que era más tímido de todos, un día soltó una bomba en las redes y es que había visto a una chica y había quedado prendado de ella. Desde ese momento que la invitó a cenar hasta que se fueron a vivir juntos que fue de inmediato, lo iba poniendo en los post y acto seguido sacó una novela contando su pasado que era sobrecogedor. Ahí entendió todo el mundo el por qué era tímido y contó su historia con Abril, esa chica que un día nos enseñó sus zapatillas Converse y que una noche con las bromas en un post terminamos regalándoles las chicas unas en celeste —se echó a reír.

—Mira, no sé si creérmelo o no, pero vamos a coger la Vespa celeste del color de las Converse de Abril —dije riendo y agarrando su brazo para entrar.

—Si no te lo crees busca Aitor Ferrer en las redes y verás la historia y si no te crees que estoy en la página, busca “las chicas de La Tribu” en Facebook y verás que hay un grupo, pero no pidas solicitud, no te lo mereces por no conocer a esos autores.

—Vaya, no soy digno de entrar en el grupo —me acerqué a uno de los chicos y le pregunté por la Vespa celeste.

Diez minutos después, cascos en la cabeza, nos sacaron la moto y ahí íbamos con más colores que en la feria. Moto celeste, casco de ella rosa, color de las primeras zapatillas de Abril y yo con el casco blanco como las zapatillas de Aitor, de novela, literal...

Primera parada, El Vaticano.

Aparcamos la moto y caminamos hacia la Plaza de San Pedro, entre columnas formando un semicírculo, la verdad es que imponía aquel lugar y mira que lo conocía ya.

Nos tiramos infinidad de fotos, a esta chiquilla le flipaban los selfis y subir todo a la red, me tenía que reír con sus cosas.

—Padre, disculpe, ¿nos puede tirar una foto? —le dijo a un cura que pasaba por delante de nosotros.

—Claro, hija, aquí el padre Marcos, encantado de ayudar a este bonito matrimonio.

—No padre, vivimos en pecado —soltó Lara, causando que por poco me ahogara.

—Dios, debes perdonar a estos seres descarriados —dijo santiguándose.

—No estamos descarriados, solo estamos en el camino de la verdad, ustedes sois los que vivís creyendo lo que dijo hace miles de años un tal Pedro, un tal Mateo, un tal...

—Para —se puso la mano en el corazón—. Os tiro la foto y acabemos con este insulto a nuestro padre.

—Sonríe cariño, que esta noche pillas cacho —me dijo la muy descarada y yo no sabía dónde meterme.

Nos echó la foto y le devolvió el móvil.

—Gracias, padre. Dios le aguarde en su gloria.

—Ya me terminó de matar —dijo santiguándose y marchándose.

—Lara, por Dios, ¿Cómo has soltado todo eso delante de aquel pobre hombre? —me reí negando.

—Él se lo buscó solito, lo primero por llevar sotana y lo segundo, por llamarnos marido y mujer por toda la jeta —me dio una colleja.

—Tú eso de la manita relajada, no va contigo, ¿verdad?

—Mira, ya tenemos material suficiente para demostrar que estuvimos en El Vaticano, ahora llévame a otro sitio que me están dando ganas de ponerte a rezar.

—Vamos para la Vespa —la agarré del brazo para que anduviera.

—Eso, mejor calladito —soltó con chulería, pero no era una persona vulgar, para nada, te tenías que reír y hasta esas brutalidades, en su boca eran de lo más graciosas.

Nos montamos en la moto y fuimos rumbo a la Fontana de Trevi, aparqué dos calles antes.

Cuando llegamos hasta esta ella se emocionó un montón.

—Dame monedas que voy a pedir un deseo y no tengo cambio —dijo poniendo la palma de su mano hacia arriba. Me encantaba ese descaro suyo.

Reí sacando del bolsillo las monedas que tenía y poniéndoselas en la mano.

—Joder, Chris, que voy a pedir un deseo, no a comprar la fuente —dijo, separando las monedas de dos euros y de uno, para meterlas en su bolso —. Con esto, te invito luego a un café y con esto —me enseñó los céntimos que había dejado en su mano —, pedimos tres deseos —me tuve que echar a reír.

Nos pusimos de espaldas y ella levantó el brazo con su moneda.

—Porque Chris me invite a todo lo que coma y beba —dijo tirando una, mientras yo no podía ni ver del ataque de risa que me entró —. Va de reírte y pide tú uno.

—Porque Lara me dé un poco de amor y cariño durante la estancia y no pare a más curas —murmuré, encogiendo los hombros por si me caía una colleja.

—Me toca, lo tuyo está chupado, fijo que te lo conceden, más que nada porque yo soy un amor de chavala y porque realmente me aburren los curas. Así que yo pido el último porque me lo merezco por aguantarte, ahí va. Pido que como aquí es típico el cristal de Murano, pues que me regale alguna pieza de recuerdo tal como un colgante, un anillo, algo, lo que le dé la gana.

—Me va a despeluchar, lo estoy viendo...

—Calla, que solo fue unas cositas sin importancias —me llevé otra colleja y esa no me la esperaba.

La agarré por detrás y desprevenida, la pegué a mí, puse mi cabeza en su hombro y comencé a morderle el lóbulo de la oreja.

—Como me vuelvas a dar una colleja, vas a saber a lo que yo llamo el delicioso —murmuré con su lóbulo entre mis dientes, mientras ella lloraba a carcajadas.

—Me has puesto la piel de gallina —se frotó el brazo.

—Pues otro punto para mí.

—Venga, vale, estoy generosa, para que no digas que luego eres tú el que lo das todo.

—Menos mal que eres bonita, graciosa y entrañable, porque tienes un morro que te lo pisa.

—Si fuera, fea, antipática y borde, me descambiabas ¿A qué sí?

Me tuve que reír, era lo más rápida en respuestas ocurrentes que me podía imaginar, todo un personaje.

Capítulo 5



Callejeé con la moto hasta llegar al otro lado de la ciudad donde había una plaza que era una de las desconocidas de Roma y que, sin embargo, tenía uno de los restaurantes más bonito de toda la ciudad.

Aparqué y anduvimos hacia esa terraza que ya estaba casi completa, por suerte cogimos una mesa y nos atendieron inmediatamente.

—Te conoces muy bien esta ciudad.

—Sí, bueno, algo.

—Vamos, como la palma de tu mano.

—No tanto —arqueé la ceja.

Pedí unas copas de vino y de comer una ensalada de pasta con marisco, además de una carne a la brasa para cada uno.

Cuando estábamos comiendo soltó una de las suyas.

—Con esta comida te acabas de ganar otro punto, ya van tres.

—Mira, no me lo esperaba, a lo tonto llego a los diez hoy.

—Te lo ibas a tener que currar mucho, es más, lo primero, que en la siguiente parada me invites a un café y no tenga que pagarlo yo de las monedas que me gané en la Fontana de Trevi.

—Verás que al final te vas de Roma con más dinero del que viniste —me reí.

—Mira, no estaría mal, oye.

—Ya te digo, pero ojo, que hoy llego a los diez puntos y me llevo mi beso. Además, te compraré el colgante y anillo de Murano, dos cosas, así que por eso me llevo por lo menos cinco puntos.

—No, te llevas dos, uno y uno, por cada cosa, a ver si te piensas que mi beso es de los chinos, el mío es de Prada por lo menos.

—De Prada... —Me puse la mano en la cara.

—No te estoy diciendo que me compres nada de Prada, aunque si me lo compras, te como la boca directamente.

—Pero, ¿cómo puedes ser tan viva? —reí.

—No, de viva nada, justa —se encogió de hombros.

—¿Y cuánto dices que cuesta un bolso de Prada?

—Por mil euros nos sacamos uno —murmuró, mordisqueando la carne.

—Mil euros...

—Eso para ti no es nada.

—Oye que tienes una firma online muy buena.

—Ya, pero soy emprendedora, novata, va bien, pero no tengo mi capital asegurado como tú, que vives de las rentas de un edificio frente a la playa ¡Agárrate los machos!

—Si te tengo que comprar un bolso de Prada, te lo compro —carraspeé, viendo su cara.

—Mira si soy generosa, que te daré un morreo nivel Dios.

—¡No por Dios! —escuché una voz conocida, giramos la cabeza y teníamos al padre de nuevo a nuestro lado.

—¿Pero usted como atraviesa la ciudad? ¿Es Superman? —preguntó Lara, alucinando.

—No, es que tengo la casa donde me hospedo aquí arriba y os vi y me dije, les voy a volver a dar la oportunidad de que se arrepientan.

—Si hombre, si le digo que me acabo de ganar un bolso por un morreo, ya más que el perdón, me darás la extremaunción.

—Siéntese por favor —dije rápidamente, antes que la siguieran liando.

—Bueno, me tomo una copita y subo para casa, allí ya tengo la comida en la mesa que me hicieron las monjas de la Caridad.

—Eso es por lo que me van a regalar el bolso, por caridad, es que antes lo dije de malas maneras —dijo Lara, en lo que entendí como un intento de portarse bien delante de ese cura.

—Alabado sea el Señor, que comienza a iluminar a este ser descarriado.

—Mire, padre, tampoco se pase, que no es plan de llevar la religión al extremismo.

—Se vuelve a descarriar —dije intentando poner un punto de humor.

—Además, el vino que le van a poner es tan bendito como el de la iglesia, te hace rezar más

rápido.

—Yo bendigo el vino antes de tomarlo y los de ustedes —puso las manos apuntando hasta nuestras copas.

—Quita, quita, que capaz de endemoniarlas y aparecer yo esta noche como la niña del Exorcista.

—No por Dios —intervine.

—No, nombres a Dios en vano.

—Perdón, perdón, padre Marcos.

Se hizo un silencio y trajeron su copa, el pobre hombre nos comenzó a contar que había venido a un encuentro con el Papa, así que de paso iba a pasar en uno de los pisos de la iglesia, unos días por la ciudad.

La gracia fue al descubrir que era el cura de una de las iglesias de nuestra ciudad, nos quedamos perplejos, a lo que Lara ni corta ni perezosa soltó que eso era una señal de Dios, ahí hasta al pobre padre Marcos, se le escapó una sonrisa.

Estuvimos un rato con él y nos despedimos, por poco nos hace la señal de la Santa Cruz al despedirnos, pero fue en ese momento más gracioso y sonriente. Al final iba a resultar que hasta le habíamos caído bien y más cuando le contamos que no había nada entre nosotros, por ahora, que nos habíamos conocido en este viaje.

Capítulo 6



Me dirigí en la moto a la Piazza di Spagna, donde están esas grandes escaleras donde todo el mundo se tira la foto. Está llena de negocios y además enlaza con la Via Condotti, la calle con más tiendas de prestigio de toda Roma.

Aparqué y ya estaba ella escaleras hacia arriba para que yo le tirara una foto.

—Vamos, que hace mucho calor.

—Eso, encima exige —murmuré, aunque no me escuchaba de tan arriba, yo a ella sí, porque gritó alto y claro.

—No te escuché, pero estas rajando, así que calladito Chris, que te quito un punto —gritó desde arriba y negué riendo.

Yo venía a pasar unos días de relax y aquí estaba con una de mi ciudad a la que nunca había visto, haciendo de su Ambrosio particular y más feliz que un ocho. Sinceramente, ella daba un buen rollo y unas risas increíbles, me sentía más joven junto a ella.

—“Cucha” Me habrás sacado como a las influencers, ¿no? Que cualquier día se me hace viral una foto y me veo a medio mundo pagándome por publicitar sus marcas.

—No me extrañaría —me eché a reír.

—Me gusta —dijo mirando las fotos de mi móvil y enviándosela a su wasap.

Comenzamos a caminar y fue graciosa porque se enganchaba a mi codo y ahí que iba tan feliz.

Pasamos por delante de una joyería que tenía todo el escaparate de piezas en cristal de Murano.

—¿En serio me vas a regalar algo?

—Por supuesto —dije, apartándome para que ella entrara.

—Muero —miraba las vitrinas con colgantes, anillos, pulseras, pendientes...

—Dime cuál te gusta...

—Me gusta este colgante con la cadena de plata.

—Por favor —me dirigí al chico —, saque el conjunto entero —señalé el colgante.

—No, el conjunto entero no, solo eso.

—El conjunto entero —le repetí al chico ignorando a Lara.

Le dio para que se probara el anillo y le sacó su medida.

—Esto es demasiado, en serio, una broma es una broma, me puedo llevar una de recuerdo, pero el conjunto me parece abusivo.

—Lo mismo me acabo de ganar lo diez puntos.

—Descarado que sí —se acercó y ni corta ni perezosa delante de aquel hombre, me plantó un beso en los labios.

—Todo, me lo llevo todo —dije mirándolo, con una vergüenza increíble.

Me había besado... Ni un largo beso ni corto, duró unos segundos apretando los suyos contra los míos con esa preciosa sonrisa que hasta podía ver mientras mi corazón daba un vuelco.

Se colocó todo, echó en su bolso las cajitas, pero salió de allí con ese conjunto de plata y de cristal de Murano puesto, estaba preciosa y me encantaba verle ese regalo mío y encima que le recordaría a aquel viaje.

—Me has besado —carraspeé cuando se agarró a mi codo.

—Y no te he comido la boca porque no era lugar —se rio, apoyando su cabeza en mi hombro.

—Dime una cosa ¿Me has besado por el regalo o porque te apetecía? —carraspee mientras agarraba su mano, esa que estaba en mi brazo.

—Las dos cosas, que una es mujer y tu feo no eres —volvió a reír.

—¿Me estás diciendo que te gusto? —Arquee la ceja mientras la miraba sonriente.

—Claro, pero no te emociones —me dio una colleja, ya había tardado en hacerlo.

—De acuerdo, de acuerdo —me rasqué la nuca mientras ella me ponía cara de burla —, pero, una cosa —me paré en seco y me giré, la pegué contra mí y la besé como Dios manda.

—¿Me has comido la boca? —preguntó sorprendida.

—El joyero ya no nos veía —le eché la mano por el hombro y seguimos caminando.

—Pero...

Le volví a tapar la boca con otro beso mientras andábamos.

—No hay peros, chavalita —le di un beso en la nariz.

—Bueno, tampoco te pongas tan mandón que te recuerdo que te puedes llevar otra colleja.

—Si me llevo una colleja, te ato cuando lleguemos al apartamento.

—Y grito hasta que vengan los Carabineros —se echó a reír, produciéndome a mí otra carcajada.

—Te tapo la boca —la pegué a mí.

—Ay Dios — se paró de golpe y se puso las manos en la cara.

—¿Pasa algo?

—Después del beso viene la cama —negó sin quitarse las manos de la cara y a mí me dio tal golpe de risa, que todo el que pasaba se quedaba mirándome.

—Lara, por Dios, no me hagas estas cosas en plena calle que se van a pensar que estoy loco —no podía dejar de reír, me dolía hasta la mandíbula.

Se paró delante de una heladería, la verdad es que llamaba la atención lo bonito que tenían el escaparate.

—Me comería ese helado de turrón con sirope de caramelo —murmuró casi jadeante.

—Vamos a coger uno grande para los dos.

—¡Sí! Y pagas el de la renta —se puso a tocar las palmitas y a botar, esa mujer era la leche y jamás había vivido algo así.

La verdad es que había tenido relaciones basadas en el sexo, no más allá de eso, pero vivir el día que estaba viviendo junto a Lara, eso no tenía precio ni había polvo que lo pagara, esto era otro nivel y algo me decía que iba a vivir unos días de lo más divertido.

Compré el helado mientras ella miraba a la chica preparándolo y se le hacía la boca agua, le puso dos cucharas y salimos con medio kilo de helado entre mis manos que nos fuimos comiendo por calle.

—Joder esto está mejor que cualquier placer del mundo —murmuró gimiendo, mientras lo comía.

—Tampoco te pases —reí.

—¿Qué hay mejor que esto?

—Bueno, si quieres luego te lo explico —apreté los dientes y me llevé otra colleja.

—Encima que te compro todos tus caprichos, me llevas a collejas todo el día.

—Y más vale que me sigas mimando, que no me voy a pasar unas vacaciones con cualquiera.

—No, no, solo con el que te tocó en el asiento de al lado del avión.

—Efectivamente, esto es como una lotería y a ti te toco el premio.

—¿A mí nada más?

—Pues claro —decía tan campante mientras seguía comiendo el helado sin tregua—. Y siéntete bendecido que hasta has tenido cura.

—Claro, sobre todo nos bendijo. Por favor, si por poco te cargas al pobre hombre diciendo que vivíamos en pecado.

—Eso para que espabile, que están muy anticuados.

—Mujer, procesan una fe.

—Yo también, pero de una manera más divertida.

Ella parecía que vivía en su mundo, era una mujer muy peculiar, además, tenía la sensación de que tenía una visión de la vida diferente, ni mejor ni peor, pero la vivía de otra manera, como si hubiera creado un mundo alrededor suyo.

Capítulo 7



Después de un largo paseo regresamos a la Vespa y fuimos al apartamento a cambiarnos y ducharnos para ir a cenar.

Fue entrar por la puerta y no lo pude evitar, la agarré por la cintura, la pegué a mí y la besé como tenía ganas de hacerlo, a solas...

Y ella me correspondió a ese beso, agarrándome por los hombros y sonriendo.

—Me encantas, que lo sepas —murmuré, abrazándola.

—Obvio, soy la clara tentación de los hombres.

—Lo que eres es una descarada muy adorable.

—Oye, que también soy educada.

—No lo dudo —reí y volví a besarla.

—¿Vas a dejar que me lave mi cuerpazo?

—¿Me dejas lavártelo yo?

—Ah no, no corras tanto que las prisas matan —dijo, separándose y metiéndose en el baño.

¿Qué tenía Lara que me hacía sentir en un estado tan placentero como en el que me sentía?

Cuando salió de la ducha con ese vestido cortito y suelto en color blanco, casi caigo desplomado, la palabra preciosa se quedaba corta, era la más bonita, al menos eso me estaba pareciendo a mí.

Me duché y nos fuimos de nuevo en la Vespa, esa que nos movería por la ciudad los siguientes días.

La llevé a un restaurante en una calle poco transitada y es que había muchos lugares que conocía y que, poco a poco, le quería enseñar.

—Esto es una pasada —dijo mirando hacia todos los lados.

La verdad es que lo era, tenía una entrada de piedras que era muy atractiva y luego te llevaba a

un patio interior lleno de plantas y luces de velas, aquel lugar era una joya desconocida para el turismo.

—Esta ensalada está de muerte.

—Sí, además verás cuando traigan la pizza al horno de leña, te va a encantar.

—Encantada me voy a ir de Italia, gorda y feliz —nos reímos.

—No será para tanto.

Cuando trajeron la pizza ya fue algo apoteósico, gemía con cada bocado, le había impresionado tal y como yo quería y es que en ese lugar eran especialistas en hacer que el paladar fuera su arma fuerte y lo conseguían sin dudas.

—Chris y con tu vida resuelta... ¿Nunca te has enamorado hasta tal punto de querer construir tu familia? —acababa de salir la pregunta del millón.

—Pues veras, no soy hombre de formalidades amorosas.

—¿Te da miedo enamorarte?

—No es eso —sonreí —, me he sentido siempre una persona libre, me gusta disfrutar del momento sin necesidad de proyectar un futuro.

—Eso es porque no te llegó la persona idónea.

—¿Y a ti, te llegó alguna vez?

—Yo paso palabra —la cara se le cambió por completo —. A mí es para haberme echado de comer aparte.

—Solo tienes veintinueve años.

—Bueno, pero he vivido como si tuviera cuarenta como tú.

—¿Te han decepcionado?

—Me han desgarrado por completo —noté que se le estaba pasando el apetito y me sentí mal por ello.

—Bueno, nada que esta rica pizza no cure.

—Ojalá fuera así de sencillo —sus ojos se humedecieron.

—Lara... —Acaricié su mano por encima de la mesa.

—Tranquilo, todos tenemos lo que nos buscamos.

—No, a veces las cosas nos vienen sin esperarlas, pero no me gusta verte así.

—Lo siento —tenía tal tristeza en el rostro que me dolía.

—Nada ¿Te apetece contarme?

—No, la verdad es que hay espinas que prefiero aguantar yo sola.

—A veces abrirte, hace que te sientas mejor.

Se hizo un silencio y sentí que algo la martirizaba, que tenía algún episodio de esos que se llevan por dentro y te llenan de dolor, pero ver a aquella chica divertida y aparentemente feliz, de esta manera, era algo que removía.

Pasó el resto de la cena ida, pensativa, mal, le acariciaba la mano, pero no entendía que le había pasado o que había recordado para estar así.

Salimos de allí y nos fuimos para la casa, se puso el pijama cortito y se sentó en una esquina del sofá a mirar su móvil. Me senté junto a ella y le cogí de la mano.

—Sé que me conoces de hace dos días, pero si te puedo ayudar en algo, créeme que lo haré encantado.

—Chris, no debería de estar aquí —miró hacia el suelo y las lágrimas le comenzaron a brotar.

—Eh, preciosa ¿Por qué no deberías de estar aquí? No digas eso — me pegué más y la atraje a mi pecho para abrazarla.

—No soy quién crees y ya la cagué muchas veces en mi vida para que ahora tú, con tu buena fe estés creyendo algo que no es, no te lo mereces y yo no me siento bien por eso.

—Te entiendo, pero, ¿y si empezamos de nuevo? Es verdad que no sé quién eres, que solo sé lo que tú me has contado, pero estoy convencido de que eres una buena chica y de lo más divertida.

—No, no soy ni la sombra de lo que era antes de fastidiar mi vida, intento ser graciosa para escaparme de ese dolor que llevo dentro y que me está matando.

—¿Te llamas Lara?

—Sí —murmuró, mientras yo acariciaba su hombro.

—¿En qué me has mentido? No tengas miedo solo quiero comprender ese dolor que de repente has desprendido.

—No tengo esa joyería online, es más no tengo nada —lloraba con una tristeza monumental.

—A ver, que no tengas una empresa o negocio no significa que no tengas nada.

—Por no tener no tengo más que el equipaje que has visto que traigo.

—No te entiendo, Lara.

—No vine de vacaciones...

—¿Entonces?

—Me lo han arrebatado todo —se puso las manos en la cara y comenzó a llorar con desgarro.

—Lara, cariño, por favor, tranquilízate, llora si quieres y desahógate, pero confía en mí, no quiero verte así.

—Mañana me iré de aquí, no te mereces que yo esté.

—¿Qué dices? —Le quitó las manos de la cara —Quiero que me cuentes eso que te hace tanto daño.

—No puedo, te juro que no puedo.

—Claro que puedes, lo que no debes es comerte las cosas sola.

—No tengo a nadie.

—Me tienes a mí, soy tu amigo.

—No, de verdad, Chris, no voy a meterte en algo que es mío y que yo me busqué.

—¿Tienes problemas con la justicia?

—No, no es eso.

—¿Entonces?

—Te pido por favor que no me preguntes más, que no lo hagas, pero me iré de aquí mañana.

—No, no voy a dejar que te vayas ¿A dónde quieres ir? Yo te acompaño.

—¡No! Por favor.

—Pero, ¿qué pasó para que todo cambiara de hace unas horas a ahora?

—Cambió que me aproveché de ti y no te lo mereces.

—¿Por qué dices eso?

—No quiero hablar, por favor.

—Lara, por favor te lo pido yo.

—Chris, tengo las cosas muy difíciles, por favor no me la pongas más.

—Déjame ayudarte —se separó de mí y se puso a un lado del sofá.

—Buenas noches.

¿Buenas noches? No me lo podía creer, no podía aceptar que ella lo estuviera pasando mal y yo no pudiera hacer nada.

Apagué la luz y me tumbé junto a ella, la abracé en silencio y podía sentir como le seguían

cayendo las lágrimas, sentía una impotencia grandísima.

Capítulo 8



La noté levantarse y la escuché ir a la cocina a preparar un café, me levanté y se estaba fumando un cigarrillo.

—Buenos días, preciosa ¿Mejor?

—Buenos días, Chris, tranquilo.

—Eso es lo que quiero que tú estés.

—En un rato me voy.

—No, no me puedes hacer esto.

—Chris, por favor —volvió a romper a llorar.

—Lara, no te voy a dejar ir hasta que no te sinceres conmigo.

—Sincerarme sería hacerte participe en algo que me niego, no quiero, no puedo.

—Deja de llorar y de comértelo todo sola.

—No, no puedo hacerlo —lloraba con un desgarró que me partía en dos verla así —. Voy a preparar mis cosas e irme, te agradezco lo que hiciste por mí estos dos días, es mucho más de lo que imaginas —se fue a levantar y la agarré por el brazo.

—De aquí no te vas a mover hasta que me cuentes que es lo que pasa.

—Déjame ir, por favor.

—Te he dicho que de aquí no sales hasta que me lo cuentes —murmuré con cierta seguridad.

—Chris, por favor, no me hagas esto.

—No te lo hagas tú.

—Me quiero ir —volvió a intentar levantarse.

—Cuando me lo cuentes —volví a agarrarla.

—Voy a chillar.

—Chilla todo lo que quieras, me van a tener que llevar detenido si no me lo quieres contar, pero por esa puerta no sales hasta que hables.

—Es mi vida, no tienes derecho.

—No tienes derecho tú, te he cogido cariño, me importas, no voy a dejarte ir sin saber que está pasando y no poder hacer nada por ayudarte.

—No puedes hacer nada.

—Eso no lo sabes, por favor, solo te pido que te abras, que no me dejes aquí solo y pensando que puedes estar mal.

—No tengo billete de vuelta, no vine de vacaciones, no tengo ni casa, lo he perdido todo, lo que me ves es lo que poseo, me han arrebatado mi vida, a mi hija, todo —se echó a llorar con más intensidad.

Me agaché y la levanté para abrazarla.

—¿Qué has venido a hacer aquí?

—Mañana es el cumple de mi hija y sé que se lo van a celebrar en un lugar de niños, quiero verla de lejos, quiero verla —lloraba con desgarro y casi ni podía hablar.

—Lara, ¿quién tiene a tu hija?

—Mi ex, es italiano, me la arrebató después de dejarme sin nada, yo tenía hasta una casa propia, me lo quitó todo y luego me vendió en un juicio del que salió con todos los derechos sobre la niña porque yo no podía darle calidad de vida, le aceptaron que se la trajera a su país.

—¿Cuándo fue eso?

—El verano pasado.

—¿Y cómo sabes lo del cumple y dónde se celebra?

—Es tan mala persona que lo publica todo en Facebook, va de padre del año, va de héroe y solo hace atacarme para hacerme más daño aún. Llevo unos meses limpiando casas para reunir para este viaje, por eso no tenía hotel, iba a buscar algo barato de pensión por aquí, pues voy con el dinero justo. No sé ni si podré volver, allí dormía en un lugar de acogida.

—Ay Dios, Lara, no vas a salir por esa puerta, créeme que no —la abracé bien fuerte.

En ese momento recordé lo de la Fontana, como se guardaba las monedas, como hizo en todo momento por no pagar y es que estaba sobreviviendo, aquello me había acabado de dejar más que tocado.

—Déjame irme, por favor.

—No, escúchame, no, es no.

Vamos a pensar las cosas y te voy a ayudar Lara, te juro que te voy a ayudar, no te mereces ser una indigente y menos, estar sufriendo de esa manera.

—No, eso es mi vida y tú viniste a pasar unos días de relax, no quiero ser un estorbo para nadie.

—No eres ningún estorbo, no vuelvas a decir eso y quiero que te tranquilices, vamos a bajar a desayunar para que nos dé el aire y me vas a contar todo. Además, no sabes algo, soy abogado, aunque no ejerzo, pero sí que estoy activo como tal, ya que pago anualmente el colegio de abogados y puedo llevar un caso cuando quiera y este, lo voy a llevar.

—No, no hay nada que hacer.

—¿Quién dice eso?

—La justicia, hasta que no tenga un hogar y un trabajo estable, no puedo pelear por ella, pero joder, es que no me sale nada. Eché en todos los supermercados, en todos los sitios, solo me sale limpiar escaleras o casas, que no me importa, pero así no aparezco cotizando y no puedo luchar por nada, ni por alquilar un apartamento en el peor barrio.

—Vamos a vestirnos y bajamos, quiero que me lo cuentes todo.

—Chris.

—Chris está a tu lado y no estás sola en esto —la besé en los labios, con intensidad, sentía necesidad de ello, tenía que transmitirle que no estaba sola, que la iba a ayudar y eso iba a hacer, me iba a dedicar a ayudarla a rehacer su vida.

Capítulo 9



Bajamos a la Piazza Navona, ella llevaba unas gafas de sol puesta que no se quitaba, estaba en silencio, triste, no era esa chica pizpireta y feliz que me había encontrado al conocerla.

Pedí un desayuno completo para dos personas y cuando nos trajeron el café le dije que me contara.

—¿Cómo te quitó todo?

—Yo tenía la casa pagada, era herencia de mi abuela, pero mi padre me la quiso dar a mí, ya que él tenía la suya, yo no tengo madre. Me enamoré de Maurizio cuando lo conocí en un restaurante de playa donde yo trabajaba en verano por aquel entonces, el resto del año estaba sacándome la carrera de Económicas. Fue un flechazo en toda regla, él, un italiano de vacaciones en España y yo, una tonta que cayó rendida a sus pies —se secó las lágrimas.

—Tranquila —le acaricié el brazo.

—Estuve todo el verano con él viviendo una intensa historia y me quedé embarazada. Me dijo que él, mantendría todo y casi por arte de magia me sacó de estudiar. Prometió casarnos y mil cosas, quería que me viniese a Roma con él, donde tiene varios negocios y una vida cómoda. Yo, ciega de amor accedí a todo y mi padre dejó de hablarme. Eso me partió en dos, pero me advirtió que él, o Maurizio.

—¿Sigue sin hablarte?

—No me quiere ni ver, menos aun cuando pasó lo fuerte.

—Sigue, por favor.

—Me vine a Roma, todo iba muy bien y nació Bella, la niña más bonita del mundo, era una muñeca, mi muñeca —me dolía tanto verla tan rota, que sentía impotencia—. Cuando ella tenía un año, Maurizio me propuso vender mi casa de España y usar ese dinero para comprar una más grande aquí, él pondría el resto que era más del doble y yo, claro, era padre de mi hija y el hombre al que amaba, confié y la vendí. Compramos la casa de aquí, pero por algún tema burocrático, según él, solo la pondríamos a su nombre durante dos años, cosa que, si pasaba algo,

obvio que la heredera era nuestra hija y no me importó. Lo que yo no sabía es que ya estaba haciendo vida a escondidas con otra mujer... —Se secaba las lágrimas que no le dejaban de caer — Un día me dijo que nos veníamos de vacaciones a España y cuando llegamos, soltó que se separaba de mí, que lo sentía y que como yo no tenía estabilidad se llevaba a la niña, así, sin más. Se fue de la casa directo a comisaría, me puso una denuncia y se llevó a la niña, me dejó en el apartamento alquilado que era para una semana más. Fui a buscar a mi padre y este, me cerró las puertas, fui a buscar ayuda judicial y me asignaron un abogado de oficio, pero me vi en la calle, sola, sin mi hija y en un litigio que duró hasta el verano pasado en el que le dieron la tutela completa, la guardia y custodia. Ahora vive feliz con nuestra hija de dos años que cumple mañana y su novia, que ésta actuando como si fuera la madre. Me lo arrebató todo, pero la culpable fui yo, por dejarlo todo por seguirlo y fiarme de alguien que lo único que le importaba era él y solo él.

—Vale. ¿Ese dinero de la venta de la casa fue a su cuenta directamente?

—Sí.

—Perfecto. Escúchame —le agarré la mano—. Todos no somos iguales y te voy a ayudar en esto, no me pongas piedras y confía en mí.

—No, Chris, no quiero, de verdad, tengo que salir sola de esto.

—Necesitas un impulso para salir, sabes que no estás en condiciones de hacerlo sola y no voy a dejar que te vayas, que te pase algo y que no puedas afrontar la vida. Mañana buscaremos la forma de que veas a tu hija sin que te vean, no pueden verte, eso es un delito y no puedes cometer ninguno.

—Pues si me mandan a la cárcel por lo menos tendré donde dormir y comer.

—Tendrás donde dormir y comer sin necesidad de esa tontería que acabas de decir. Te vendrás conmigo a España y, créeme, tendrás trabajo y te ayudaré a encauzar tu vida.

—Chris no me digas nada más que me siento peor —lloraba y casi ni comía, tenía un nudo en la garganta más grande que el que tenía yo y eso era decir mucho.

—Vamos a luchar porque recuperes a tu hija, no lo dudes, no dudes que así será.

Terminamos de desayunar y fuimos a pasear, se la veía cortada, avergonzada, no era esa chica que me iba regalando collejas y provocando que la invitara a un helado. No era esa mujer que pensaba que estaba llena de vida cuando era todo lo contrario, y es que de eso me di cuenta. Ella sobrevivía ante un acontecimiento tan duro como es no tener nada en la vida pese a tener lo más valioso que era su hija, pero ni con eso podía contar, ni a eso podía aferrarse.

Entramos en un mercado y compré pescado, verdura y pan recién hecho, regresamos a la casa,

sabía que ella no estaba bien para andar por la calle y no quería verla así.

Me puse a cocinar mientras ella me ayuda a preparar el pescado con verduras al horno. Estaba en silencio, triste, yo la abrazaba, besaba, pero sabía que estaba sumergida en un duelo muy difícil de librar.

Durante la comida intenté bromear con ella, sonreía, pero no la veía bien, no la veía capaz después de haberse sincerado, de tener esa cosita que antes tenía conmigo, era como si sintiera una vergüenza que no la dejaba estar bien, aunque era normal, con eso tan doloroso que soportaba la entendía a la perfección.

Tras comer y recoger la cocina nos sentamos en el sofá y la eché sobre mí.

—¿Cuándo me vas a volver a dar una colleja? —murmuré, mientras le iba besando la nariz muchas veces.

—No tengo fuerzas, la perdí contándotelo todo.

—Sí tienes fuerzas, tienes que sacarlas por Bella, lo tienes que hacer por ella —acaricié su pelo y la besé, pero un beso largo y de verdad, de esos que te dejas la piel y el alma, de esos que deseas con todas tus fuerzas.

Nos tumbamos abrazados y nos quedamos así un rato dormidos...

Cuando me desperté, la vi mirándome con los ojos humedecidos.

—No puedes estar así, Lara, no puedes.

—Me siento de prestada aquí y te juro que te he cogido mucho cariño.

—Lo sé, pero no estás de prestada, las personas aparecemos en la vida de otras por algo, nada es por casualidad.

—Pero tu venías a desconectar.

—Yo venía vacío y tú me estás llenando, no me preguntes por qué, pero quiero estar ahí, a tu lado con esto, ayudándote y siendo útil.

Se abrazó a mí con cuidado y se ahuecó en mi pecho, aproveché para besar su cabeza y acariciarle un rato el pelo.

—Hoy te llevaré a un lugar muy bonito a cenar.

—No quiero que te gastes más dinero en mí, yo con un bocadillo de manteca soy feliz.

—No digas más tonterías, que no me quiero enfadar —carraspeé, sacándole una triste sonrisa.

—Siento haberte mentado desde el minuto uno.

—No sientas nada, tampoco tenías que contarle a un extraño nada, aunque ya espero no ser un

extraño para ti.

—Eres muy buena persona, Chris.

—Creo que nadie merece pasarlo mal y menos una persona que me sacó tantas sonrisas.

La volví a besar y ella se dejó llevar, la senté en mi falda, la abracé sin dejar de besarla y notaba que Lara deseaba eso tanto como yo. Por primera vez no quería quitarle la ropa a una mujer, solo quería desnudar su alma.

—¿Sabes que eres preciosa?

—No me digas eso que me da vergüenza.

—Lo eres —puse su pelo detrás de la oreja y levanté su rostro—. No quiero que te sientas pequeñita, quiero que te sientas fuerte, que agarres mi mano y confíes en mí, que los miedos no estén en tu vida y que seas esa leona a la que nadie podrá pisotear.

—No tengo fuerzas, pero las sacaré como vengo haciéndolo este tiempo, por ella lo hago, porque quiero que sepa que su madre haría cualquier cosa. Si no fuera por ella, no sé qué hubiese hecho.

—Ahora lo harás por ella y por ti, nadie tiene derecho a jugar con tu vida y dejarte de esa manera tan vulnerable.

—No sé qué decir...

—No digas nada y abrázame muy fuerte.

Y eso hicimos, abrazarnos y recostarnos en aquel sofá donde sin soltarnos dormimos la siesta.

Luego nos duchamos y salimos a cenar, ella estaba más risueña, pero no se le iba esa tristeza del rostro que tanto dolor me causaba y es que ella podría estar llena de vida, con su hija, eso que es tan importante para una mujer y que a ella le quitaron ese derecho, era algo desgarrador y la tenía muerta en vida.

Comimos en una hamburguesería cerca de la casa, se sentó frente a mí y comencé a hacerle guiños, bromas y le saqué alguna risa nerviosa, eso es lo que pretendía.

—Esta noche no dormimos en el sofá, te lo aviso, ya.

—Vale —reía con timidez.

—Tranquila que ronco lo mismo que en el sofá —le hice otro guiño.

—No roncas —sonreía.

—¿Segura?

—O es que yo duermo muy profundo.

—Debe ser eso.

Las hamburguesas estaban riquísimas, típicas grandes americanas y acompañadas con patatas con queso y beicon. Aquello fue de todo menos una cena ligera, por faltar no nos faltó ni el vaso grande de refresco.

Regresamos a la casa y nos cambiamos para meternos directamente en la cama, abrí las sábanas para que entrara y se echó sobre mi brazo.

—Juré no volver a meterme en la cama con ningún hombre —se echó a reír.

—No todos somos iguales, no quiero decir que yo sea ejemplo de nada, pero no puedes quitarte el derecho a hacer cuanto te dé la gana.

—Ya, pero con mi suerte...

—Por desgracia te topaste con el peor. Por cierto, ¿dónde tienes los papeles de la sentencia?

—En el móvil e impresos en mi maleta.

—Vale, mañana les quiero echar un vistazo.

—¿Has llevado muchos casos?

—Ninguno, pero siempre tiene que haber un primero —aguanté la risa, pero ella se tiró sobre mí a carcajadas limpias.

—Lo peor de todo es que no tengo más opciones.

—Por eso, pero, tranquila, pienso entrar por la puerta grande.

—¿Tú crees?

—Estoy totalmente convencido —la abracé.

Y sí, porque si algo tenía claro es que la iba a ayudar a tener un techo, un trabajo y también intentar demostrar que fue estafada. Aquello podría salir bastante bien.

Capítulo 10



—Buenos días, preciosa. Anoche nos quedamos dormidos rápido.

—Buenos días, señor letrado —se le reflejó la tristeza en su rostro—. Hoy es el cumple de mi muñeca.

—Lo sé, pero piensa algo, hoy vas a comenzar un nuevo camino, la verás y luego lucharemos por recuperar lo que te pertenece, no te quiero ver triste, ahora no estás sola.

—Tengo mucho miedo.

—¿A qué? ¿Qué peor te puede pasar?

—Ya, pero me da terror todo, hasta tú —sonrió triste y se echó en mi pecho.

—¿Yo, terror? ¿Por qué dices eso?

—No es que tenga miedo de ti, tengo miedo a esto en lo que te he implicado.

—No seas tonta —le agarré la cara y la besé, estuvimos así un rato antes de levantarnos.

Me puse a preparar el desayuno mientras ella se duchaba, cuando apareció me abrazó por detrás y me dio un beso en el cuello.

—Gracias, Chris, gracias de verdad, hoy es un día tonto de esos que duelen mucho y tenerte aquí conmigo me da mucha fuerza.

—Ven —me giré, le di un beso y la pegué contra mí, rodeándola por la cintura—. Aunque tú no lo sepas, las gracias te las doy yo porque me estás dando más de lo que imaginas, además, vivía sin alicientes y ahora tengo uno, luchar porque se haga justicia contigo y recuperes a tu hija. Tendrás cuando vuelvas empleo y techo, porque tengo dos casas sin alquilar que siempre las tengo para un imprevisto o compromiso, ya que son mis preferidas, haremos el contrato de alquiler cuando llegemos y con eso y el trabajo, ya podemos enfrentarnos al indeseable.

—¿Qué trabajo? —Arqueó la ceja.

—Verás, es que necesito una asistente para llevar el tema del edificio, aquello es peor que la serie esa de los vecinos locos.

—Venga ya, eso lo haces por ayudarme.

—No, eso lo hago porque no tenía ganas de buscar a nadie que fuera adecuado y de confianza, pero creo que eso pasó por algo y es que había que esperarte a ti, así que, a partir de ahora, serás mi empleada y vecina.

—¿Vecina? —se echó a reír.

—Sí, yo no vivo en el edificio de los apartamentos. Yo vivo en un chalé y justo a cada lado de mi parcela, hay dos chicas, con una vivienda pequeña y coqueta en cada una y son mías. No las alquilo a cualquiera, así que suelen estar vacías porque como te dije siempre aparece alguien que conozco o me piden un favor, pues ahí las tengo.

—Me siento mal, es como si lo hicieras por pena.

—Mi abuela decía que pena era la novia del pene, así que no digas tonterías.

—Pero me descuentas el alquiler del sueldo, si llega, claro —sonrió.

—¿Cómo no va a llegar? A ver si te piensas que te voy a explotar —Volteó los ojos.

—Yo qué sé, pero, de todas formas, gracias, te pagaré del proceso judicial y la casa hasta el último euro, como si tardo veinte años, pero lo haré.

—No tienes que pagar nada, en la casa te puedes quedar el tiempo que desees y trabajo, si no me lías nada raro, tampoco te faltará, es algo a lo que no me comprometería si no estuviera seguro de ello. Eso sí, espero que cuides tu puesto —le di un toque en la nariz.

Se sentó a desayunar pensativa.

Yo tenía claro que la iba a ayudar, la vida la puso en mi camino por algo. No es que me hubiera enamorado de ella ni mucho menos, sí me había cautivado, por completo, pero como decía, no es que la viera como la mujer de mi vida ni que me fuera a enamorar, yo no creía en el amor, yo creía en el momento y en este, lo estaba bien junto a ella.

Pero tenía algo claro, ella de alguna forma había venido para quedarse en mi vida, sería esa amiga a la que siempre le tendería una mano, no sé, sería como mi familia, pero sola no la iba a dejar jamás.

Pasamos la mañana en la casa y luego nos fuimos a comer cerca de donde se iba a celebrar el cumpleaños, que era en la terraza del restaurante de un parque infantil.

La comida la pasó nerviosita perdida.

—Necesito unos prismáticos —murmuró, ocasionando que casi me ahogara con el arroz que escupí hacia la mesa.

—¡Dios, la que has liado! —se puso la mano en la boca y se echó a reír, había arroz en toda la mesa.

—¿Para qué quieres unos prismáticos? —me puse a quitar granos de la mesa mientras me reía.

—Por si no le veo bien la carita de lejos.

—¿Nunca has querido ser una mujer árabe?

—No te pillo.

—Ahora te voy a comprar un pañuelo que te liarás por la cabeza, te vas a poner un vestido, tus gafas de sol que son grandes y nos vamos a tomar un café en la terraza para que la veas bien de cerca.

—Él me va a reconocer...

—¿Tapada?

—Seguro.

—¿Y si compramos un disfraz y te vistes de Winnie the Pooh y te pones a jugar con los niños?

—¿En serio eres letrado? —se echó a reír y es lo que yo quería.

—Por mi padre que en paz descanse.

—De esta salimos detenidos.

—¿Por disfrazarte?

—No, porque me pillen —no dejaba de reír.

Terminamos de comer y entramos a una tienda de pelucas, tal cual, pasamos y se me encendió una lucecita.

Una peluca corta y rosa que tuvieron la amabilidad de colocarle y maquillarla súper divertida, pero no de disfraz. No, de chica “Flower Power de la vida”

Luego pasamos por una óptica y le compré las gafas de sol más grande que había y encima las cogió en rosa como el pelo, yo iba meado de la risa con esas pecas que le habían puesto en la cara.

Terminamos en una tienda de ropa donde se compró un vestido fino vaquero hasta los codos y largo hasta los tobillos, le quedaba precioso con ese pelo, era una mezcla brutal, no parecía ella ni de coña.

Y ahí que estaba lista y nos fuimos a la terraza esa donde ya estaban en una mesa larga a un lado, que habían preparado.

—Me muero, esa mujer mayor sostiene a mi hija en sus brazos.

—Como llores o te vengas abajo, nos vamos —le dije, sentándonos de forma que ella quedara tras de mí, pero por los lados pudiera mirar.

Nos pedimos unos cafés y ella estaba nerviosa, lo peor es que apareció una chica y su hija salió corriendo hacia ella gritando mamá, en ese momento se levantó para irnos, no lo pudo soportar, no podía aguantar ver a lo que más quería en este mundo y que había parido, llamando madre a otra persona, eso es lo más cruel que le puede pasar a un ser humano.

—No puedo, no puedo —decía con su mano en el pecho e hiperventilando.

—Tranquila, Lara, de verdad, te prometo que esto en poco tiempo cambiará.

La abracé fuerte mientras ella soltaba esa rabia y dolor a llantos vivos, quejidos que desgarraban y es que no sabía qué hacer para calmar ese daño tan grande que sentía, solo podía abrazarla con todas mis fuerzas.

Me la llevé de allí directo para el apartamento donde se cobijó en el rincón del sofá sin dejar de llorar.

Después de pasar la tarde en aquel sofá donde intenté animarla de mil maneras, nos fuimos a pasear y cenar por la ciudad.

Estaba muy pensativa y poco habladora, pero, poco a poco, la fui animando y le conseguí sacar alguna que otra sonrisa.

Cenó poco, se la veía abatida...

Paseamos tras la cena, yo la llevaba con mi mano sobre su hombro, ella de vez en cuando dejaba caer su cabeza sobre él, algo me decía que estaba a falta de mucho cariño, bueno, eso lo podía ver cualquier persona que pudiera percibir su dolor.

Capítulo 11



Entramos en un local de copas, la animé a tomar una y al final sonrió aceptando.

Tiré de ella hacia dentro mientras hacía caritas de no estar muy conforme, pero tenía que animarla.

Pedí dos cubatas y nos sentamos en unos taburetes que había junto a una mesa alta afuera del local, la noche era perfecta.

—¿Qué piensas?

—En mi muñeca, estaba tan bonita...

—Es preciosa, como su madre.

—Me olvidó, ya se olvidó de mí.

—Es muy pequeña, pero cuando la recuperes verás que rápido se vuelve a crear ese vínculo.

—No se puede imaginar cuánto la amo.

—Podrás enseñarle ese amor, no lo dudes —acaricié su mano.

—No voy a tener vida para pagarte estos momentos en los que no me estás dejando sola.

—Yo tampoco tendré para pagarte esas risas que me has sacado y que te hayas abierto a mí así, de verdad —le acaricié la mano y la llevé a mis labios para besarla —. No nos debemos nada realmente, pero estoy completamente seguro de que siempre nos tendremos el uno al otro.

—Yo tengo poco que ofrecer, pero estaré siempre, te lo debo y no lo hago porque te lo deba... Eres una persona extraordinaria.

—Tienes mucho, tienes un corazón, una fuerza y una sonrisa capaz de mover el mundo.

—Eso tú, que me miras con muy buenos ojos.

—Con los que tengo —me puse bizco y le saqué una carcajada.

—No, por favor, quita esos ojos —reía tapándose la cara.

—¿No te gusto así?

—Eso da mal fario.

—¿Mal fario? —reí negando y levantándome para ir a por otras dos copas.

—Trae dos chupitos de paso que ya te los pagará Dios —gritó a carcajadas.

Dos chupitos, otras dos copas y algo me hacía presagiar que esto iba a ser una divertida noche.

—Se me hace raro escuchar música latina aquí en Italia.

—A estos también le van el salseo y el perreo.

—Chris ¿En serio nunca has tenido una relación seria con nadie?

—No —apreté los dientes.

—Pero no me creo eso de que no creas en el amor, que no lo haga yo, vale, que me la dieron todas juntas, pero tener los sentimientos a flor de piel por alguien, es muy bonito.

—¿Y cuándo se sabe que tienes los sentimientos a flor de piel por alguien?

—Cuando deseas que te abrace en todo momento, cuando no se te pasan las ganas de estar besando a la otra persona, cuando solo quieres estar con ella, cuando tu barriga siente un cosquilleo al mirar a la otra persona.

—Para, a ver si voy a estar enamorado de ti y no me di cuenta —bromeé.

—Pues que marrón tendrías conmigo —se echó a reír con la mano en la boca.

—Exagerada eres — sonreí pensando que esas cosas que me decía me pasaban con ella, pero no, no era enamoramiento, era admiración, deseos que no podía controlar, pero el amor en todo el concepto de la palabra, no creo que lo fuera a experimentar.

Pero sí, ella me encantaba, eso era obvio, me producía cosquilleos y no solo por el estómago, por todo el cuerpo, además la deseaba mucho, a pesar de aún no haberme atrevido a dar un paso más y desnudar su cuerpo, no era el momento, aunque la deseaba a más no poder, pero de eso al amor...

Terminamos en otro pub tomando otra copa más y bailando bachata, sí, para vernos, creo que no me solté más en la vida, pero bailar con ella era algo especial, las piernas iban solas, el momento era perfecto, su mirada, su sonrisa, su forma de dejarse llevar.

Esas copas y el momento la habían hecho evadirse un poco de todo aquello por lo que estaba pasando, eso realmente es lo que pretendí cuando le dije de tomar una copa y metiéndola hacia el interior del primer local.

Terminamos caminando hacia la casa, no estábamos lejos, ella iba agarrada a mi brazo y leyendo todos los carteles de los comercios por donde pasábamos, la verdad es que los

pronunciaba bien por el tiempo que había vivido aquí, pero estaba con dos copas y escucharla era de lo más gracioso.

—Si no fuera porque mi hija está aquí, echaba a arder Roma.

—No, que la ciudad no tiene la culpa de que haya algunos capullos sueltos, esos lo hay en todos lados.

—Ya, pero a mí tuvo que venir uno de fuera para joderme la vida.

—Te podría haber tocado uno de allí también.

—Me estoy acordando —se echó a reír —como me has enseñado al principio la ciudad como si yo no la conociera —soltó una carcajada y yo otra y es que era verdad, yo se la enseñé con toda mi alma y ella había vivido aquí.

—Y te la volvería a enseñar, ¿sabes por qué?

—¿Por?

—Porque habrás caminado infinidad de veces por ella, pero jamás a mi lado y eso, da una visión especial —la acerqué a mí y le besé la sien.

—¿Y qué no te hayas enamorado nunca con lo romántico que eres?

—La culpa la tiene las copas y la compañía.

—¿Así que tengo parte de culpa en ese lado romántico que te salió tras beber esas copas? No sé si reír o llorar.

—Ríe, ríe siempre, no hay mayor cosa bonita que verte sonreír —le di una palmada en el culo cuando abrí la puerta de la casa....

Fue verlo como a cámara lenta, se tiró a plomo bocabajo en cruz sobre la cama, ni ropa se quitó.

—Lara, no vas a tardar nada en cambiarte y acostarte cómoda.

—No me puedo mover... —murmuró.

—Pero estás por fuera.

—Pues métete tú por dentro.

—Obvio —me reí —¿Te quito el vestido y te pongo el camisón?

—Vale.

Me reí con ese “vale”, no me lo esperaba, así que se lo quité tragando saliva al ver ese cuerpo tan bonito y le puse como pude el camisón, pasé las sábanas por debajo y conseguí tapparla.

El día que Dios repartió talante, me lo reservó para este momento, después de haberla visto en ropa interior, aquello sí que había sido un ejercicio de tomar aire y obviar eso que tanto me hubiera apetecido hacer.

Capítulo 12



—Quiero una cabeza nueva —se quejó, acurrucándose en las sábanas al despertar.

—Mejor te traigo un zumo, una pastilla y seguro que te hace bien —le di un beso en la frente y me levanté para preparárselo.

—Y un café y un cigarrillo —murmuró.

—Pero si no te puedes ni sentar ¿Qué cigarrillo te voy a traer? —reí y la vi levantarse como alma que lleva el diablo.

—Quiero un café y un cigarrillo —repitió, siguiéndome hasta la cocina.

—Pues mira, no está tan mal tu cabeza —dije mirándola, aguantando la risa y haciéndome el que la observaba para comprobar que estaba bien.

—Mira tú, que me has recordado cuando iba detrás de Marisa, una que estaba en el lugar de acogida para que me invitara a un cigarro, yo me compraba una cajetilla a la semana, cuando se acababa pues le iba a pedir —se sentó en la encimera con sus piernas cruzadas y estaba de lo más sexy —. Pobre, pero viciosa —se metió una uva en la boca del racimo que compré en el mercado —. Un día de los nervios que tenía pensé en atracar un estanco.

—¿En serio? —me reí.

—No, pobre pero honrada.

Me encantaba ese carisma que tenía. Le di la pastilla y el zumo, me puse a preparar los cafés y pan tostado mientras ella se lo tomaba tranquila.

—Pues ya está la mesa preparada —la cogí por mi cintura y la llevé hasta la silla.

—Una cosa Chris ¿Hasta cuándo nos quedamos?

—Me da igual, ¿tienes ganas de irte?

—No, yo estoy en tus manos —se rio —. Lo que diga el jefe es lo que hago. Si el jefe me dice ponte allí, yo me pongo, que el jefe me dice quédate ahí, yo me quedo. Tienes un chollo.

—Podríamos pasar el fin de semana e irnos el lunes.

—Vale.

—No te preocupes por nada —le di un beso en los labios y me senté.

—Ojalá fuera así de sencillo —se encendió un cigarrillo para acompañarlo con el café.

—Pues ya va siendo hora de que te dejes cuidar y mimar.

—¿Más?

—Mucho más —le agarré la mano por encima de la mesa y la acaricié.

Se le dibujó una sonrisa mientras me miraba, yo sentí que ella tenía algo especial, hasta me dolía pensar que no la había conocido antes y haber evitado que le arrebataran a su hija.

—¿Hoy que vamos en Vespa o andando?

—¿Qué prefieres?

—No sé, me apetece caminar, me apetece quedarme aquí, me apetece que me dé el aire en la moto, en definitiva, no sé ni lo que quiero.

—Se me ocurre algo...

—Sorpréndeme.

—Nos vamos a montar en el bus de dos plantas que tiene la parte de arriba al aire y vamos a hacer un tour desde ahí como buenos guiris.

—¡Sí!

—Aplaudió emocionada.

Ni una hora después estábamos en lo alto de uno, contando los guiris que iban en calcetines y chanclas.

No me pude reír más con esta chiquilla, señalándome con la mirada a cada uno que iba así, la mayoría asiáticos.

Estuvimos dos horas de lo más divertida ahí arriba donde nos tiramos infinidad de fotos juntos y haciendo caras, eso sí, cuando veía a una madre con un carrito y su hijo, la tristeza se le remitía de forma fulminante.

Nos bajamos en Piazza Venecia, el eje central de Roma, desde ahí cruzan varias vías y puedes partir a cualquier sitio, así que nos bajamos y nos pusimos a pasear.

Terminamos comiendo en un restaurante precioso, el interior era una pasada y además el lugar era de lo más acogedor, pedí una botella de vino directamente.

—¿Qué es lo que te gustaría hacer esta noche?

—¿Esta noche? —Puso cara de sorpresa.

—No vale salir de nuevo a coger una borrachera —volteé los ojos.

—Llévame a ver las estrellas... —apretó los dientes.

—Tus deseos son órdenes para mí —me eché un poco hacia atrás cuando nos trajeron la comida.

—¿Me vas a sentar en medio de la plaza a mirar al cielo? —se reía.

—No, te voy a llevar a la cama y te prometo que mirarás hacia arriba y verás las estrellas —bromeé, ocasionándole una carcajada.

—Dios lo que me has dicho... —se puso las manos en la boca y se echó a reír.

—Creo que te lo estás tomando por donde no es.

—Si claro, yo me chupo el dedo, aquí la Lara es tonta porque se cayó de un guindo —me sacó la lengua.

—Bueno, sabes que me tienes a tus pies.

—Sí hombre, no te tuvo ninguna mujer y viene esta —se señaló a ella —, que no tiene nada que aportarte más que quebraderos de cabeza y va y te tiene a sus pies.

—Fíjate como cambia la vida.

—Eres un zalamero —negó riéndose.

Del restaurante nos fuimos a pasear, tomar un helado, un café y pasar la tarde por la ciudad.

Lara me hacía sentir feliz, vivo, no podía dejar de abrazarla, disfrutar con sus cosas, esas que me sacaban más de una carcajada y es que ella tenía el don de, aunque estaba tocada y hundida, hacía lo posible por conseguir arrancar una sonrisa a los demás...

Capítulo 13



Llegamos a la casa con dos cajas de pizzas para cenar, ella se fue directa a la ducha y yo solté corriendo todo y fui detrás antes que me cerrara la puerta.

—Ni se te ocurra —me advirtió, señalándome con el dedo y muerta de risa.

—¿No me vas a dejar ducharme contigo? Se van a enfriar las pizzas.

—Pues ve comiendo que ahora voy yo —señalaba a la puerta mientras reía.

—¿En serio me vas a echar?

—Y

rápido, así que tres, dos...

—¡Espera!

—reí mirándola.

—Dime —me hizo un gesto con la cara.

—Procura correr porque me pienso comer las dos pizzas antes de que salgas.

—¡Ya no me ducho! —Corrió al salón para abrir la caja.

—Pues me ducho yo primero —le hice un guiño.

—Pues me como las dos pizzas.

—Si te comes las dos pizzas, te puedo garantizar que ni, aunque pidas socorro te salvan.

—¿Me vas a matar? —mordisqueó la pizza tan campante.

—No soy un asesino —me giré para meterme en el baño.

—¡No me das miedo! —gritó, muerta de risa.

Me giré, le sonreí y le hice un ok con el dedo pulgar.

Entré riendo al baño y es que era lo que ella me producía constantemente.

Tras ducharme salí y me encontré las dos cajas de pizzas vacías, bien era cierto que ni de broma pensé que se las hubiera comido, que ojo, si lo hubiese hecho tampoco pasaba nada.

—¿Te sentaron bien? —me senté junto a ella riendo.

—No lo sabes tú bien y porque no había una tercera, de lo contrario hubiera caído.

—Yo me alegro —le abracé contra mí.

—Ah no, tú no puedes ser tan tierno, ahora deberían venir los reproches —resopló poniendo sus manos a cada lado de su cintura.

—¿Y qué te tengo que reprochar?

—Qué me comí todo y no te deje nada.

—Pues no hay problema, bajo y compro dos más —me aguanté la risa.

—También es verdad, pero como yo estoy más seca que una mojama, no puedo pensar esas cosas, pero bueno, tampoco soy tan descarada —se levantó y trajo de la cocina dos platos con las pizzas.

—¿Lo ves como no te podía reprochar nada?

—¿Lo ves que soy un amor de mujer, pero a modo desperdicio? Bueno, como me comí dos porciones, voy a ducharme y ahora vengo a rematar —se dirigió al baño.

—A modo desperdicio...

Me quede negando y riendo mientras cogía una de esas pizzas que olían que alimentaban, tenían una pinta espectacular y me llamaba a gritos para darle un bocado y es que era de una de las pizzerías favoritas de mi ciudad.

Cuando apareció por poco me ahogo, traía una camiseta hasta las caderas e iba de lo más guapa con una cola alta y esa carita que hacía que mi mundo cayera rendido a sus pies.

Se sentó a mi lado sonriendo y agarró una porción de pizza.

—¿Todo bien?

—Claro —murmuré con un carraspeo—. Estás muy...

—¿Sexy?

—Efectivamente —sonreí.

—Lo hice a posta —mordisqueaba la pizza.

—Pues luego no me huyas.

—Voy a dormir en el sofá.

—Yo también.

—Entonces me voy a la cama.

—No vas a huir.

—¿Y si quiero? —me acerqué y le di un beso en la nariz.

—Te estoy viendo venir y eso no viene en ningún contrato.

—Si quieres firmamos uno ahora mismo — me salió una carcajada floja y es que no sabía que me pasaba, pero estaba volviéndome loco por esa chica.

—¿Me vas a dejar comerme la pizza?

—Por supuesto.

—Además, soy virgen, dicen que cuando llevas más de un año sin hacerlo, la virginidad vuelve a aparecer en tu vida.

—Mira, eso te lo acabas de inventar —reí a carcajadas.

—Es una ley de la sexualidad.

—Ahora me entero de que la sexualidad tiene leyes.

—Pues claro —me dio una colleja.

—¡Pero si la colleja te la deberías de haber ganado tú!

—Pues para que veas, así va el mundo —me saco la lengua.

Capítulo 14



Cuando terminamos de cenar la cogí en brazos y me la llevé a la cama, estaba deseoso de ella...

—¡Eso no vale, me quieres obligar! —gritaba riendo.

—No te voy a obligar a nada —la besé, dejándola caer.

—Pues yo quiero que me obligues, como en los libros esos guarros.

—¿Libros guarros? —me eché a reír —Dirás eróticos.

—Pues eso, guarros, porque hacen muchas guarrerías.

—¿Entonces tú quieres muchas guarrerías?

—Es broma —rio, echándose hacia atrás.

—Ven para acá ¿Dónde vas huyéndome? —La pegué contra mí y quedamos a unos milímetros.

Y ahí nos besamos mientras ella reía nerviosa y es que así la veía, parecía que llegar a algo más conmigo le ponía los nervios a flor de piel.

Fui acariciando su espalda mientras iba sacándole esa camiseta que llevaba y dejándola en braguita ante mí, mientras jugueteaba con mis manos por su cuerpo y la besaba, miraba, sonreía y ella se echaba en mi pecho muy sonrojada.

Se moría de la vergüenza cuando mis manos acariciaban sus pechos y eso a mí me encantaba, verla como esos colores iluminaban su cara y el motivo era yo.

Comencé a besarle y lamer sus pechos, noté como iba entrando ella en esa espiral del placer y echaba su cabeza hacia atrás con el contacto de mis dedos entre sus piernas.

Quitó su braguita y llevé mis labios entre sus piernas, fue el contacto de mi lengua con su clítoris que la hizo retorcerse entera y agarrarse con más fuerzas a las sábanas.

Y

disfruté tocando aquel cuerpo que tenía la piel más bonita que jamás había apreciado, su figura era como la de una guitarra

que te hace perderte entre sus melodías. Disfruté y la hice disfrutar como solo podía hacerlo con algo que deseas tanto que te expandes en recrearte en ello.

La llevé a hacerla gemir de una manera de lo más excitante, me encantaba verla de aquella manera tan excitada y entregada a mí.

Chilló con tanta intensidad con aquel orgasmo, que creí que se iba a desmayar acto seguido cuando cayó casi sin fuerzas.

Me puse a su lado sonriendo y ella se tapó el cuerpo con las sábanas.

—No me mires —dijo sonriendo.

—A buena hora dices eso — quité las sábanas y me eché un poco de lado sobre ella.

—Si llego a saber que eres tan bueno, esto pasa el primer día —murmuró, tapándose la cara con las manos y sonriendo.

—Me has dado muchos rodeos —la besé cogiéndola y poniendo encima de mí, entre mis piernas.

—Una se tiene que hacer la dura e interesante.

—Pues claro que sí —sonreí y comenzamos a besarnos.

La dejé caer en la cama y fui yo quien me puse entre sus piernas, me coloqué un preservativo y la penetré mientras Lara, se agarraba a mis brazos.

—Preparada —dijo bromeando, mientras iba entrando en ella.

Hacerlo con ella era algo como que te hacía sentir que por muchas veces que lo hubieras hecho, solo hay una persona capaz de hacerte sentir que con ella era más especial que con ninguna.

Me encantaba ver su rostro dibujado en placer, esos gemidos que se le escapaban con aquellos movimientos que terminaban siendo sincronizados por ambos lados y es que ella no dejaba de buscarme con sus caderas.

Paré para girarla y hacerlo con sus nalgas levantadas, me encantaba esa sensación, intentaba aguantar todo lo que podía para alargar ese momento.

Cuando terminamos nos abrazamos un rato y luego fui al servicio, me miré al espejo y sonreí, sonreí porque aquel momento lo había deseado muchísimo y porque Lara me hacía descubrir esa juventud que tuve un poco enterrada en mí, a pesar de llevarnos diez años de diferencia.

Regresé y entró ella a asearse, vamos que me echó del baño como si ahora después de lo que había pasado entre nosotros, le volviera aquella dulce vergüenza que se le reflejaba en la cara.

Cuando salió apagó la luz y se echó sobre mí.

—Abrázame muy fuerte —murmuró.

—¿Qué te pasa, preciosa? —la abracé, mientras besaba su frente.

—Quiero estar así, sentir esto tan bonito, sé que no es eterno, pero al menos, aprovechar estos días que puedo junto a ti.

—Nada es eterno, pero puede durar lo que uno...

—No digas nada, sé que lo que nos está pasando es circunstancial.

—¿Cómo las pruebas del juzgado? —sonreí.

—Calla, tonto, que tú me entiendes.

No quería decir algo que luego no pudiese cumplir, yo me conocía y estaba claro que con ella me sentía en un estado permanente de paz y felicidad, pero estaba claro también que yo no era un hombre de ataduras, de permanencia. Mi alma parecía que había nacido para ser libre, para vivir solo, pero sí, reconozco que a su lado mis días eran más divertidos, de otro color, que no había momento en el que no me sacara la mejor versión de mí.

Se hizo un silencio entre caricias, besos, abrazos y nuestros cuerpos volvieron a llamarse de nuevo para dar paso a la pasión, esa que esa noche estaba dejándose llevar por ese momento tan deseado y algo me decía que no solo era por mi parte, era por parte de los dos.

Lara se dejaba llevar muy bien, se dejaba manejar, disfrutaba con ello y se le reflejaba en el rostro, en los gemidos soltados y contenidos, notaba como hasta le temblaba el cuerpo del placer tan inmenso que estaba sintiendo.

Esa noche la pasamos así, más besos, más abrazos, más palabras de complicidad, más ella y yo en la forma más humana que se puede entregar una persona a otra, con los cuerpos desnudos y entregándose con el alma.

Capítulo 15



Desperté notando como se movía para pegarse más aún y rodearme con sus brazos.

—Buenos días, preciosa.

—Quiero un desayuno doble —murmuró en mi cuello y acto seguido me lo besó.

—Pues vamos a ello —la besé y nos levantamos —, pero luego no te libras.

—Ayer fue doble...

—carraspeó riendo.

—Hoy será cuádruple.

—¿Cobras intereses?

—Por supuesto, faltaría más —le hice un guiño y le di una palmada en el culo.

Nos cambiamos y bajamos a la calle, anduvimos un poco para buscar una terracita que nos llamara la atención y rápidamente vimos una que nos gustó y no por su decorado ni nada en especial, era porque estaba el padre Marcos, al que no dudamos en acercarnos.

—Esto de veros tanto es una señal de Dios —dijo sonriendo, levantándose a saludarnos y ofreciéndonos que nos sentáramos junto a él.

Nos comentó que se iba hoy mismo y nosotros le dijimos que al día siguiente.

—Os quiero ver por la iglesia y tú, espero que recuperes a tu hija rápido — era ya conocedor de la historia de Abril y le había conmovido —. Rezaré para que Dios ilumine tu camino.

—Gracias, padre.

Estuvimos diez minutos con él, pues ya se tenía que ir para coger el vuelo.

—Es muy buena persona.

—Sí que lo es —sonreí mientras seguía desayunando.

—Y de nuestra ciudad, casi nada.

—Lo mejor lo tenemos concentrado allí —le hice un guiño.

—Echo de menos a mi padre —se le dibujó la tristeza en su rostro.

—Deberías de ir a hablar con él.

—No me perdona todo.

—Pero quizás ahora sí.

—No, para él, ni el paso del tiempo importa.

—Bueno, la vida da muchas vueltas —le acaricié el rostro y cambié de tema.

Me dolía mucho verla sufrir y es que la pobre estaba pagando las consecuencias del error que cometió un día entregando su vida por completo a Maurizio.

Terminamos de desayunar y nos fuimos a pasear, no tardamos en parar delante de un escaparate que nos llamó mucho la atención y es que tenían comida casera recién hecha.

Se nos hizo la boca agua y no nos hizo falta hablar para saber que comeríamos algo de eso en casa, así que entramos y pedimos una tarrina de lasaña, otra de ensalada de pasta y otra de espaguetis a la carbonara.

Nos prepararon todo y luego compramos pan recién hecho, también pasamos por una tienda de golosinas donde aparte de comprar un montón de chuches, también nos llevamos una tarrina de helado de vainilla con sirope de caramelo para después de comer.

Era temprano, así que subí todo a la casa y ella se quedó en la Piazza Navona tirando fotos. Cuando bajé, nos sentamos en una terraza a tomar unas copas de vino mientras disfrutábamos del ambiente de lo más relajado.

—A veces me dan ganas de ir para casa de Maurizio, coger a mi niña e irme por ahí, pero sé que no ganaría nada y no tendría nada que darle ahora mismo.

—Vamos a hacer las cosas bien, ya sabes que te he prometido que vamos a luchar porque la recuperes, así que no pienses tonterías que solo te podrían traer un problema mayor.

—Lo sé, pero es inevitable que se pasen por la cabeza tantas locuras.

—Bueno, pero que sean solo pensamientos momentáneos —le agarré la mano y la llevé a mis labios para besarla.

—Gracia por todo.

—No, gracias a ti por haberme hecho pasar unos días muy bonitos aquí.

—Estás haciendo por mí lo que nadie hizo.

—Te lo mereces, eres una gran persona.

—Soy una tonta que me dejé llevar por la ilusión que sentía en esos momentos.

—Todos cometemos locuras.

—No tan grandes como las mías.

—Bueno, piensa en otra cosa, es el último día aquí y no quiero verte triste.

—Vale, tranquilo, nada que esto no cure —le dio un trago a la copa de vino.

Cogí mi móvil, la hice sonreír y le tiré una preciosa foto.

—Ahora vas a poner esta sonrisa en tu muro, en abierto, estoy completamente seguro de que él la verá, quiero que pongas en el estado la imagen con el texto de que ahora comienza la vida y que se prepare el mundo para lo que está por venir.

—¿En serio? —se río.

—Totalmente —le hice un gesto de que lo hiciera ya que le había mandado la foto por WhatsApp.

Y lo hizo con una sonrisa de oreja a oreja, miré y lo había puesto de una forma diferente, pero igual de concisa.

“Ahora estoy preparada para recuperar todo lo que me arrebataron, más fuerte, más guapa, más feliz y más segura”

Me encantó leer aquello, me entró hasta un cosquilleo por el estómago y es que así la quería ver, radiante y fuerte, con esa sonrisa, con ese brillo, con ese coraje y es que yo estaría ahí para guiarle el camino.

Nos tomamos la copa de vino entre charlas y risas que se fueron sucediendo en todo momento, era lo que más pretendía, verla sonreír a pesar de todo aquello que estaba soportando.

Luego paseamos por la piazza, viendo aquellos artistas callejeros que la llenaban. Se hizo varias fotos y las subió a las redes, ahora sí, ahora la veía más segura y capaz de no achantarse ante semejante depredador, ante semejante bestia. Solo una persona así es capaz de arrebatarse todo a una mujer, su vida y su hija, ante eso, no hay palabra más deleznable que no se merezca una persona como él.

Capítulo 16



Regresamos al apartamento para disponernos a disfrutar de la comida que habíamos comprado por la mañana en aquella tienda que tanto nos llamó la atención por el succulento escaparate que tenía con todo recién hecho.

Preparamos todo y nos sentamos a comer, la verdad es que tenía una pinta que ya alimentaba por la vista.

—No sé cómo no le cogí asco a la comida italiana.

—Anda ya, guapa —reí.

—Pero es que está deliciosa —gimió mientras comía—. Recuerdo cuando vivía aquí que siempre me iba a una panadería que había cerca de la casa del energúmeno y me pillaba unos panes recién horneados con queso, tomate y atún, estaban de lo más rico y además especiados, tenía vicio con eso.

—Si quieres, luego vamos y lo compramos.

—Ni de coña vuelvo a aquel lugar y pasar por delante de su casa.

—También tienes razón, pero podría ir yo y comprarlos.

—No, no, de verdad, creo que ahora no me sabrían igual de bien.

—Bueno, pero ya sabes, por mí que no quede.

—Gracias, Chris, eres un hombre de los pies a la cabeza, aunque no estés abierto al amor —se rio.

—Tampoco dije eso —carraspeé.

—Bueno, pero, más o menos, es tres cuartos de lo mismo.

—Nunca se sabe...

—Eso también es cierto, además, te mereces encontrar a alguien que te ame con toda su alma, hay pocas personas tan generosas y con ese corazón tan grande que tienes.

Eso que me dijo me dolió, no sé por qué, pero me dolió, yo no quería encontrar a nadie, ni lo buscaba, pero si tenía que ser alguien quería que fuera ella.

—¿Qué sientes por mí, Lara? —Mierda, había pensado en alto.

—Joder, no me esperaba esa pregunta —tosió riendo.

—Ni yo el hacértela, pero si quieres no contestes.

—No sé lo que siento, estoy asombrada por todo lo que pasó, aparte de una gratitud muy grande, te he cogido mucho cariño, en pocos días te has convertido en alguien que es como si te conociera de toda la vida. Reconozco que no decir que me pareces sexy y de lo más guapo sería mentir descaradamente, pero no sé lo que siento, solo sé que contigo he vuelto a sonreír, he reído a carcajadas y he llegado a sentir que no estoy sola.

—¿No lo sientes?

—No te entiendo...

—Dices que has llegado a sentir que no estás sola ¿No lo sientes en todo momento?

—Sí y no. Soy consciente de que mi problema me aisló de la vida, que tú estás ahí dándome ese apoyo que jamás pensé que nadie me daría y menos un desconocido, sé que estás, me siento como más protegida y menos vulnerable, pero me da miedo que algo se estropee, vivo con ese miedo, reconozco que volver a España me da terror.

—¿Por qué? —Le acaricié la mejilla.

—Sé que me has ofrecido un trabajo y una casa por un tiempo hasta que yo retome mi vida, pero no sé, algo puede fallar y encima es como una despedida, es como que vas a estar, pero que me pones ya en el camino a hacer mi vida, con la ayuda de todo lo que me has brindado, pero aquí estoy junto a ti, me tomas cada día de la mano, me levantas cuando estoy a punto de caer de nuevo al precipicio, me abrazas y calma mis miedos. En España tienes que seguir tu vida, aunque esté en ella de cierto modo, no sé, es diferente —se le comenzaron a inundar los ojos de lágrimas.

—Eh —me levanté y me puse en cuclillas junto a su silla y la rodeé por la cintura —. No dejaré que te falten abrazos, que salgamos a tomar algo o pasear y te lleve de la mano, no te voy a dejar sola, para mí eres una persona especial que llegó para quedarse, no sé qué pasará, pero sea lo que sea, te quiero en mi vida, aunque sea...

—No sigas —sonrió entre lágrimas que fui secando con la yema de mis dedos —. No creo en el amor, pero te puedo garantizar que lo que he sentido por ti en estos días y siento, es lo más bonito que jamás pude experimentar como hombre y que lo que me hiciste sentir ayer en la cama, jamás en la vida lo sentí con tanta fuerza y deseo. No estás sola, no te puedo prometer

nada más porque yo lo que prometo lo cumplo, como de que no te faltará un trabajo en toda tu vida, pero por lo demás, quiero que estés a mi lado, sea de la forma que sea, el tiempo y la vida lo dirá, pero te quiero en mi vida para siempre.

—Ya me hiciste llorar más —se abrazó a mí y la levanté para abrazarla con más fuerzas.

—Quiero que estés tranquila y no te preocupes por nada, que no tengas miedo que no estés sola, que me encantas, que adoro abrazarte y tenerte en contacto conmigo. Me hace feliz estar junto a ti, no sé lo que siento, no sé lo que es estar enamorado, pero esto no debe de estar muy lejos a lo que me haces sentir y es que no quiero separarme de tu lado.

—No te me vayas a declarar que me da un chungo —bromeo riendo, mientras no dejaba de llorar abrazada a mí.

—Si me prometes que esta noche repetimos jugada, no lo hago —bromeé a medias.

—Bueno, pero a lo Grey, que me leí el libro cinco veces porque me lo encontré en un bombo de basura.

—¿A lo Grey? —me reí.

—Sí con juguetes y en plan mandón.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—No, pero oye, que yo bien dispuesta que lo haría.

—¿Cómo de dispuesta?

—Arqué una ceja viendo cómo se ruborizada.

—No me pongas nerviosa que no tienes nada de esas cosas.

—Pero ahora mismo voy a comprarlas.

—No eres capaz.

—¿En serio me dices que no soy capaz?

—Totalmente —se tiró a mi hombro riendo y escondiendo su cara.

—Termina de comer que luego nos vamos a pasear y te voy a llevar a un sitio que no te esperas.

—Conozco toda Roma —volteó los ojos.

—Bueno, ya lo veremos.

—¿Entonces no me vas a hacer el Grey?

—Ya veremos —le hice un guiño mientras me sentaba y le acariciaba la mejilla.

Se reía y es que era tan bonita que no me podía permitir el lujo de ver que no lo hiciera, lo primero porque tenía el corazón más puro que jamás había visto, y es que eso era algo que se veía en la persona, era una adorable chica que no podía ser totalmente ella por el dolor que soportaba, pero era risueña, se veía que se conformaba con poco. Era una luchadora que solo quería algo y que no era otra cosa que recuperar su vida.

No quería imaginar este año en ese centro de acogida para personas vulnerables, una chica que podría estar llena de felicidad, comiéndose el mundo y, sin embargo, el mundo se la comió a ella.

Tras la comida nos sentamos un rato en el sofá con el helado. Puso sus piernas encima de las mías y ahí estaba con su cuchara comiendo del helado que compartíamos y que yo sujetaba.

—Se me va a poner el culo enorme.

—Pero será el culo más bonito del mundo.

—Eso lo dices para que no me preocupe.

—Eso lo digo porque es una verdad como un templo.

La besé mientras el sabor a helado refrescaba aquellas lenguas que se buscaban mientras sonreían y es que eso hacíamos en todo momento...

Terminamos de comer el helado y la cogí en brazos, me la llevé al baño donde mientras ella reía yo la desnudaba.

Llené la bañera y nos metimos en ella, la senté entre mis piernas de espaldas a mí y comencé a echarle agua por los hombros y a acariciarlos mientras ella movía la cabeza dejándose llevar.

—Esto es vida de ricos.

—No —reí—, esto es lo que cualquier mujer como tú debería de vivir, el dejarse cuidar.

—Yo lo que sé es que estoy en una nube —estiraba más su cabeza hacia el otro lado para dejar que le masajeara más libremente.

—Pues espero que la nube te dure mucho tiempo, la vida te va a comenzar ahora a sonreír.

Le mordisqueé el cuello y metí mi mano entre sus piernas mientras con la otra comencé a acariciarle el pecho.

Metí dos de mis dedos por sus partes y echó la cabeza hacia atrás, me encantaba, simplemente era perfecta.

Saqué los dedos y los llevé al clítoris, la comencé a estimular y pronto vinieron los jadeos, pellizqué su pezón a lo que respondió con un movimiento más brusco, la tenía encendida por completo y eso me hacía sentir de lo más bien, verla disfrutar era lo más placentero.

Gimió cada vez con más intensidad hasta que llegó al orgasmo y se echó hacia adelante mientras yo la sujetaba.

La levanté y comencé a vaciar la bañera, la besé y la penetré mientras ella se sujetaba a mi cuello, sentía la necesidad de estar así un buen rato y es que disfrutaba mucho con ella...

Capítulo 17



Salimos de la casa sobre las siete de la tarde y cogí la Vespa, yo tenía claro hacia donde íbamos y además aparqué en la misma puerta.

—No —se rio quitándose el casco—. No me dirás que vamos a entrar ahí —señaló la tienda de juguetes eróticos.

—Has acertado, pero...

—No me puedes hacer esto, me muero de la vergüenza —se reía.

—Querías un Grey y vas a tener a su primo hermano —dije, atando los cascos y la cogí de la mano para entrar en la tienda.

—Eso es una copia barata.

—Pues confórmate con eso —la miré sonriendo e iba roja como un tomate.

Aquel lugar era gigante y ella iba mirando a todos lados con la mano en la boca e incrédula.

—Para empezar, estos geles y lubricantes irán muy bien —cogí tres botes pequeños de frío, calor y uno aromático, además de una latita con lubricante.

—¿Y para qué quieres el lubricante? No te quedó bien claro que tengo la cueva abierta.

—Esa sí —dije cogiendo unas esposas que vi.

—Ah no, por detrás no —se echó a reír, doblándose.

—Elige, este, o este —le enseñé en cada mano un dilatador anal.

—Espera, a mí me explicas para qué es.

—Este o este —insistí.

—Este que es más pequeño, por si las moscas —no dejaba de reírse y a mí me tenía con una sonrisa de esas flojas.

Seguí metiendo cosas, pero ya sin decirle nada, ella miraba, se llevaba la mano en la frente y ponía morros de estar alucinando.

—¿Alguna de esas prendas interior?

—Chris, no me toques los ovarios que no me pienso pronunciar —murmuró a regañadientes.

—Pues este negro creo que te quedará genial y es de dos piezas.

—Mira, pensé que ibas a coger el más chiquitito, me has sorprendido —sonrió.

—Uno tiene buen gusto —le hice un guiño.

—Hostias, eso no —dijo al verme coger un doble vibrador.

—Nos lo llevamos todo, luego ya veremos que se usa o no.

—Hoy paso de subir al apartamento, duermo en la calle, además, no sería la primera vez, así que, ni pena ni gloria.

—Por los pelos te subo.

—No serías capaz, en todo caso en brazos —reía.

—También es verdad.

Llevaba de todo, la verdad es que no esperaba ni usar la mitad, pero ya que ese Grey dejó el listón tan alto por lo que se veía, al menos llevar cosas para aparentar más.

Aunque debo de reconocer que a mí los juegos me encantaban, no era la primera vez que hacía algo así o mucho más que lo que pudiera pasar luego, pero con ella era diferente, me gustaba, solo quería verla disfrutar, no esperaba llegar a esas expectativas de los ideales que se hacen cuando leen algo, pero sí al menos hacerla vivir el momento...

Cuando fui a pagar me dijo que me esperaba fuera, eso ya lo sabía, no iba a pasar por caja y morirse de la vergüenza.

Menos mal que metieron las cosas en una bolsa de cartón de lo más discreta, luego lo metí bajo el sillín de la Vespa y nos fuimos a una plaza que había al otro lado y que no era muy concurrida, pero se estaba muy bien.

Pedimos un par de vinos, unas patatas con salsa brava y unas delicias de carne a la barbacoa, que eran unas tiras de chuletones cortadas, finísimas y de lo más jugosas.

—Por terminar la última noche en Roma a lo grande —dije, chocando mi copa con la suya.

—Me tienes acojonada.

—¿No te habías leído Grey varias veces y fantaseabas con ello?

—¿Dónde está tu yate?

—En Emiratos Árabes, lo doné —reí —, pero que puedo alquilar uno.

—¿Y un helicóptero?

—Prefiero viajar en avión —carraspeé.

—Qué no, que ni yate, ni helicóptero, ni cuarto rojo.

—Ese lo puedo hacer como replica en España —le hice un guiño.

—Bueno, pues cuando lo tengas me avisa y probamos los juegos.

—Esta noche no te libras.

—¡Mierda! Pensé que había picado.

—No, no picó el anzuelo —le di un pellizco en la cara.

—¿Te puedo preguntar algo?

—Claro.

—¿Has usado esas cosas antes?

—Sí —arqueé la ceja.

—¿Has hecho tríos?

—¿Quieres saberlo?

—Sí —sonrió tapándose la cara.

—Sí.

—¿Y orgías? —preguntó poniéndose la mano en el pecho.

—Dos veces...

—¡Me muero!

—No mujer, no te mueras, pero fue hace mucho.

—Claro y eso ya le quita importancia —dijo con ironía.

—Imagino que tú, siempre a lo tradicional.

—Sí, que triste —se echó a reír.

—Pero, ¿has pensado alguna vez en un trío o algo parecido?

—Creo que todo el mundo hemos fantaseado con eso, pero para una persona con una vida normal como la mía, al menos antes de que conociera al susodicho, pues como que eso es algo de pensar, raro que suceda.

—No se trata de persona con vida normal, es según lo que te pueda pasar en la vida y las circunstancias u oportunidades que te encuentres.

—Yo era muy pava —se rio.

—¿Y ahora no?

—Ahora peor —soltó una carcajada —, pero vamos que no me muero yo sin probar un trío.

—Eso si no conoces al amor de tu vida y no ves más que por él —creo que lo dije como una defensa a que me había sentido un poco mal al imaginar a ella en manos de otros hombres.

—Que soy muy pazguata, lo dije en broma —me sacó la lengua —, pero seguro que, si conozco al amor de mi vida, está casado o es gay —se rio.

Me encantaba, cada vez lo tenía más claro, esa mujer me gustaba muchísimo y era feliz con solo verla sonreír.

Estuvimos cenando durante un buen rato antes de disponernos a ir hacia el apartamento, cosa que ella decía que le temblaba el cuerpo y yo no podía hacer otra cosa que reír.

Capítulo 18



Llegamos a la casa y ella cogió de la bolsa la ropa interior, me hizo un guiño y se fue al baño.

Me dejó sin palabras, no me esperaba que fuera a hacer eso, pero oye, me sacó una sonrisa de oreja a oreja, la que se amplió mucho más cuando la vi aparecer con aquello puesto y tan sexy, que levantó todos mis estímulos de golpe y porrazo.

El conjunto era de encaje de algodón, la braguita brasileña y la parte de arriba con tirantes anchos y una tira debajo del pecho, estaba preciosa, era todo un regalo poder verla así.

—¿Qué me dices?

—Estás impresionante —la pegué a mí, agarrándola por las nalgas.

—Me encanta como me siento con este conjunto.

—No es para menos, parece que estaba hecho para ti.

—¿Sabes?

—Dime —murmuré, besuqueando sus labios.

—Estoy dispuesta a dejarme llevar esta noche, confío mucho en ti y sé que estoy en las mejores manos.

—¿Aunque no sea ni la sombra de Grey? —me reí con esa doble ironía.

—Eres mucho mejor que él, porque sin desnudarme, ya me tocaste el alma.

—¿Qué hago contigo si más bonita no puedes ser? —Le apreté los cachetes con mi mano y la besé con una gran sonrisa, esa que ella me sacaba.

—Haz lo que quieras, estoy deseando —murmuró con esa voz tímida y sin dejar de sonreír.

—¿Qué tal si comenzamos con un masaje relajante?

—Sí, por favor —dijo emocionada y se puso a tocar las palmas.

—Voy a hacer una cosa...

—Cogí los cojines del sofá y los puse en fila en medio de la mesa para que quedara un poco más alta y ella estuviera más cómoda —Échate aquí —señalé hacia ellos —, pero antes, muy a mi pesar, te vas a tener que quitar ese precioso conjunto.

—A la mierda el conjunto, ya me lo pongo otro día —se lo quitó ligeramente, causándome unas risas.

Se subió a la mesa y se tiró bocabajo encima de los cojines.

Le coloqué un antifaz para que quedara completamente a ciegas.

Su figura, su piel, eso era un regalo para mí, sin dudas, no podía ser más afortunado en ese momento.

Le eché uno de los aceites con esencia de coco que compré y comencé por la espalda y hombros, de fondo le puse la canción “Música es” de Eros Ramazzotti.

Masajearla era lo más, me relajaba, me daba un placer impresionante, me dejaba llevar por la música y los dedos hacían lo demás.

A ella la notaba de lo más relajada, eso me gustaba, que fuera yo el motivo que hiciera que su cuerpo y su mente se tornara de aquella manera.

Comencé a bajar por sus nalgas y su entrepierna, esa que abrí un poco más para poder recrearme más fácilmente.

Me eché en los dedos un poco de gel frío y se lo introduje hasta el fondo donde masajee con un poco de intensidad, escuché como soltó el aire.

Los saqué despacio y los llevé hasta su clítoris para darle un poco de estimulación y encenderla más.

Cogí una especie de plumero estimulador y se lo introduje por dentro, soltaba el aire, ese que solo el placer ocasionado te puede sacar.

Jugueteé con él, la veía que se encendía por momentos, luego lo llevé a su clítoris e hice lo mismo.

Metí uno de mis dedos en el lubricante y cogí un buen pegote de ello, abrí sus nalgas y lo puse sobre su ano, lo extendí un poco para que entrara una parte, ella se dejaba hacer.

Empapé el dilatador también, lo coloqué a la entrada y lo moví un poco hacia dentro, ella resoplaba, pero no se movía.

—Si te duele me lo dices —respondió, asintiendo con su cabeza.

Era de silicona blanda, así que fue entrando sin problema y le dejé el tapón fuera.

La ayudé a girarse, no veía nada por el antifaz y se colocó bocarriba, le recogí las rodillas y abrí las piernas bastante, ella no ponía inconveniente a nada.

Me encantaba verla así, dejándose llevar por el momento y disfrutando.

Me puse aceite mezclado con lubricante en los dedos y los llevé a sus pezones, los rocié bien y masajé para prepararlos, quería ponerle unos tensores.

Se los coloqué a la vez y soltó un chillido, pero se rio rápidamente.

—Joder, que no me lo esperaba.

—¿Te duele?

—Lo puedo soportar —sonreía.

—Vale. Te voy a echar una especie de espuma por dentro, te aviso para que no te coja de improviso, te va a dar la sensación de llenarte la vagina.

—Adelante —levantó los pulgares.

Abrí el bote y lo coloqué en la entrada de su vagina, apreté y aquello comenzó a salir disparado hacia dentro, ella soltaba el aire y cuando vi que ya estaba a presión y comenzaba a salir, le puse un tapón vaginal.

—Noto que por dentro me estoy inundando —decía riendo y casi jadeante.

—Es normal, ahora no te muevas que haré lo mismo por detrás —fui sacando el dilatador anal y luego puse el bote en la entrada de su culo.

Le metí con cuidado un poco la válvula y apreté mientras ella chillaba entre gemidos, luego le coloqué un tapón anal.

Fui al baño por una toalla que puse doblada debajo de su culo, le quité los tapones y comenzó a salir un poco del líquido, ya veía que ella estaba de lo más excitada, así que le coloqué un vibrador en la vagina, lo encendí y luego le puse un succionador en el clítoris y con mi otra mano y el dedo impregnado en lubricante, se lo fui metiendo por detrás y moviendo a ritmo de todo.

Chillaba como loca agarrada a los lados de los cojines y saltaba de placer. Yo intentaba frenarla para que no se moviera mucho, pero estaba desatada y terminó corriéndose de una forma brutal.

Saqué el dedo y le quité el vibrador, la dejé ahí que se relajara un poco, no le quité el antifaz.

Luego me subí a la mesa y me puse entre sus piernas, me coloqué el preservativo y la penetré levantando sus caderas y haciendo que agarrara sus piernas a mi cintura.

Se lo hice mientras le tocaba los tensores del pecho y la volví loca de nuevo, gemía a gritos de lo más excitada y disfrutamos de ese momento que para mí, fue también espectacular.

Cuando terminamos y le quité el antifaz sonrió.

—No tengo fuerzas ni para ir a la cama.

—No las necesitas —la cogí en brazos y me la llevé a la cama.

Y ahí me abrazó hasta quedar dormida por completo.

Por la mañana nos levantamos y recogimos todo rápidamente, bajamos con las maletas a desayunar, además un chico vino a recoger la Vespa, así que de ahí nos fuimos en taxi al aeropuerto.

El vuelo lo pasó abrazada a mí, tenía la sensación que regresaba de un viaje donde a partir de ahora todo sería especialmente diferente...

Capítulo 19



Me bajé de aquel avión con la sensación de que venía de un viaje muy distinto al resto. No sabía lo que me estaba pasando con Lara, pero esa loquilla de tan buen corazón estaba comprando todas las papeletas para ganarse el mío.

—Uff, qué calor—le dije en pleno aeropuerto, pues el sol parecía estar haciendo horas extras.

—Qué quieres, es verano, si te parece... Yo me tomaba ahora una granizada como la copa de un pino.

—¿Una granizada se tomaba la señorita? Pues habrá que buscarla.

—Sí, hombre, de eso nada, que aquí en el aeropuerto no creo que haya. Y si la hay ya sabes para qué, para sacarte los ojos.

Bastante me importaba a mí que me sacaran los ojos con tal de ver esa sonrisa que con tanta facilidad me contagiaba.

—Me vas a hacer un favor, guapa, y me lo tienes que hacer ya...

—¿Un favor aquí en medio?

Oye, ¿desde cuándo te has vuelto tú un desvergonzado? Vamos, que haya quedado una para dar un numerito en cualquier parte. De eso nada, guapo, que una será pobre, pero honrada.

Era la leche, sus carcajadas resonaban en todo el aeropuerto. Una pija muy mayor que venía detrás de nosotros se la quedó mirando con mala cara. Ya se la había cargado.

—Que no, mujer, que no me refería a eso, ¡qué cosas tienes! Que lo único que quiero es que dejes de preocuparte por las cuestiones del dinero, que de eso me ocupo yo.

—No, no, si no tienes más remedio, porque como me tuviera que ocupar yo, te verías durmiendo en un cajero. Y oye, ¿la vieja esta tan maqueada qué mira? Con ese pedazo de nariz que me lleva, que parece que va a tener la muerte del loro...

La señora, con su gran pabela y una pinta de ricachona que echaba para atrás, se enteró de lo que Lara dijo y nos hizo un cerco como a la luna.

—Y encima, mírala, sale corriendo... No huya, señora, que le voy a dar el teléfono de un buen

cirujano plástico...

La señora la miró con cara de asco y más corría. Y tenía mérito, porque con su edad, calzaba unas altas cuñas de esparto que no impidieron que saliera volando.

—Oye, ¿y tú de qué conoces a un cirujano plástico?

—¿Yo? De una vez que pensé en que me iba a poner tetas, ¿no te lo he contado?

—¿Ponerte tetas? Pero ¿qué dices? Si las tienes muy buen puestas.

—Ya, pero me dio por ahí, ¿qué pasa? No lo hice, porque me quedé sin blanca, que si no...

—Pues ninguna falta te habría hecho, muñeca.

—Ya lo sé, que estoy más buena que el pan, pero era un capricho y punto. ¿O es que tú nunca has pensado en ponerte nada?

—¿Yo? Pues mira no.

—Ya, ya. Bueno, pues te advierto que como un día se te empieza a caer el pelo, tú te haces un injerto de esos, que a mí los calvos no me gustan.

—Y punto, no hay más que hablar, ¿no?

—Nada, ya está todo hablado, que me he quedado hasta el moño con el puñetero del Don Limpio, con tanto darle al mocho. Yo no quiero saber más de calvos.

Con ella te tenías que reír quisieras o no, porque de su boca salía un punto detrás de otro. Y en esa boca prefería yo no reparar demasiado, porque siempre andaba con unas ganas de besarla que no eran normales.

Salimos del aeropuerto, donde efectivamente no había granizadas, y antes de llegar a casa pasamos por la heladería de mi amigo Sebas.

—¿De dónde has sacado a ese bombón crocanti? Porque está que cruje —me preguntó cuando me acerqué a la barra.

—Che, se mira, pero no se toca, ¿eh, Sebitas? Y es una larga historia, me la encontré camino de Roma.

—Joder, ¿y hay más de esas en el camino? Porque no veas...

Lara, viendo que él la estaba mirando, se acercó también.

—¿Se puede saber qué estáis cuchicheando aquí? Chiquillo, no largues más y ponme una granizada de limón fresquita, que tengo la boca como un estropajo de seca.

Mi amigo se rio también con el salero de la niña y enseguida los presenté.

—Y encima tiene gracia la chavala, menudo desparpajo—me confesó en cuanto ella se fue

para el baño.

—No lo sabes tú bien, esta les vende hielo a los esquimales.

—¿Va a trabajar contigo?

Porque yo lo veo.

—Sí, sí, que va a trabajar conmigo. Yo lo veo también, y a ver quién es el guapo que le tose.

—Al que le tosa le planta un cacerolazo en toda la cabeza y lo tienen que ingresar, yo estoy seguro.

Muy decidida, y con esos andares que me gustaban más que los del cerdo, salió ella del baño.

—Y ahora qué habláis, no me estaréis quitando las tiras de pellejo, ¿no?

—No, guapísima, estoy presumiendo de ti, que lo haces todo bien.

—Y eso que no has visto todavía ni la mitad de la mitad, que te voy a dejar alucinado, ya lo verás...

Alucinado me estaba dejando más por momentos, de eso no había duda. Ni de eso ni de lo sexy que me resultaba verla tomarse la granizada con su pajita, disfrutando como una enana.

—¿Qué miras? Chris, que no paras de mirarme.

—Miro lo personaje que eres y lo que disfrutas con las pequeñas cositas.

—Sí, eso es verdad, yo es que a todo le pongo mucha pasión, ya lo sabes.

—Mira, mira, no sigas por ahí que no llegamos a casa, que Sebas tiene ahí unos baños la mar de amplios.

—¿En un baño yo? Quitaa, quita, que una es pobre, pero muy escamondá. A mí me pones tú una cama como a una reina o te vas a comer lo que yo te diga.

De nuevo sus carcajadas que, si llega a estar allí la vieja de la nariz de Rossy de Palma, hubiera puesto cara de asco.

No podía divertirme más con ella y el ratito que nos estuvimos tomando la granizada nos echamos otras buenas risas.

A continuación, nos montamos en el coche y ella lo iba preguntando todo por el camino, quedándose con el cante de lo que veía.

—Otra granizada me voy a tener que tomar yo cuando llegue, que ahora la boca se me va a secar a mí de tanto explicarte.

—Ah, es que yo tengo que saberlo todo, que si no me siento insegura.

—¿Insegura? No me hagas hablar, si tú vales tu peso en oro, guapísima.

—Ya, ya lo sé. Y que tengo un pelo que es para anuncio de Pantene, ¿a que sí?

Así era Lara, siempre te podía salir por donde menos lo pensaras.

—Claro que sí, mujer. De aquí a nada te veo en un casting y diciéndole “échate para allá” a la Paula Echevarría.

—Digo y de ahí doy el salto a Hollywood, que te lo digo yo...

Capaz era, porque yo a Lara le veía una fuerza interior como para hacer todo lo que le viniera en gana, incluido dar el salto a la fama si se empeñara en ello.

Capítulo 20



Por muchos años que viva, no se me olvidará nunca la cara que puso Lara cuando llegamos a mi casa.

—Uff, ¿y toda esta casa es para ti solo? Qué cosa más bonita, me estoy quedando loca.

—¿Te gusta, guapa?

—¿Tú crees que si no me gustase te lo diría? Mira, si tu casa fuera un mojón pinchado en un palo lo sería, pero es una virguería.

—Una virguería eres tú, trae tu maleta, anda.

Me daba una tremenda pena el pensar que cuanto poseía estaba allí. ¿Cómo se debió sentir viviendo en esas condiciones? Perderlo todo y mantener la cabeza en su sitio no debió ser una tarea fácil para ella, suerte que era fuerte como un roble.

—No, hombre, trae tú, que yo tengo dos manitas para colgar mis cosas.

—Mira, Lara, te cuento, tú vas a vivir en aquella casa que está allí, ¿la ves? —Le señalé desde la ventana a la más cercana a la mía, que no tenía ganas de perderla de vista.

—Uy, qué cosa más mona también, allí voy a estar yo como una reina.

—Eso, como mi reina mora.

—Oye, eso de “mora”, ¿no será que quieres tú montarte un harén? Porque conmigo no cuentas para eso.

—No, guapa, que es un decir.

—Ah, vale, porque a mí me propone eso un tío y yo le abro la cabeza con el palo de la escoba, palabrita del Niño Jesús.

Y palabrita del Niño Jesús también que yo me la creía. Pues anda que tenía ella un carácter como para eso.

—Nada, tú tranquilita que, si no te importa, yo preferiría mantener la cabeza de una pieza, que

no soy ninguna sandía.

—Vale, vale, ¿Y cuándo se supone que me mudo yo allí?

—Pues en unos días, cuando se vayan unas chicas extranjeras que están alojadas.

—¿Unas guiris? Anda que no viven bien, pues nada, nada, yo mientras haré un esfuerquito y me quedará aquí contigo en esta chabola.

Si algo tenía yo claro era que Lara, después de lo mal que lo había pasado, agradecía una barbaridad mi ayuda. Aunque vaya por delante que yo no quería su agradecimiento, sino que lo hacía de mil amores.

—Pues ahora lo único que tienes que hacer es instalarte y disfrutar.

—Ea, pues muy bien, ¿tú dónde has estado hasta ahora, chiquillo?

Lo mismo me preguntaba yo, que dónde había estado ella hasta ese momento, porque la vida me la estaba endulzando tela.

—Tira para la ducha antes de que no llegues, corre.

Llevé su maleta hasta mi dormitorio mientras ella abría el agua. La podría haber instalado en el de invitados, pero eso no habría sido más que un formalismo. Si veníamos de compartir cama en Roma, ¿para qué hacer el paripé en mi casa?

Ella tampoco dijo nada al respecto, por lo que debió parecerle buena idea. Teníamos unos divertidos días por delante y era cuestión de sacarles todo el jugo, como nosotros sabíamos.

—¡Yujuu!, con columna de hidromasaje, como la de los ricos. Prepárate para que te suba la factura de la luz, porque a mí no me sacas de aquí.

—Tranquila, que hay placas solares—le comenté riéndome porque no podía estar más feliz.

Fue escuchar que Lara abría el grifo y no poder aguantar la tentación de despojarme yo también de mi ropa y meterme con ella en la cabina de ducha.

—¿Tú qué? Culo veo, culo quiero, ¿no? Has escuchado que estaba yo más a gustito que un cochino en un charco y te ha dado envidia.

—¡Alto ahí! Que yo el único culo que quiero es el tuyo, guapa.

—Más te vale o sales chocado, eso lo sabe Dios. ¿Y qué?

—¿Qué de qué? —le pregunté riéndome mientras comenzaba a besarla como si no hubiera un mañana.

Era ver su cuerpo desnudo y aquello ponerse como el mástil de El Cano, no podría atraerme más, era una preciosidad.

—No charles tú tanto y disfruta, preciosa.

—Menos mal que la cabina esta es enorme, que parece que está pensada para ir a Marte—añadió.

—¿Dices que nos quedaríamos aquí hasta el martes? Y hasta el miércoles y hasta el jueves me quedaba yo encerradito contigo—bromeé.

—Sí, hombre, pues anda que no íbamos a pasar hambre, más que el perro de un afilador.

Cuando comenzaba a charlar ni los besos la callaban. Pero el hecho de que dirigiera el teléfono de la ducha hacia sus tersos senos hizo milagros, convirtiendo sus palabras en gemidos.

—Mmmm, que me vas a poner los pezones como timbres de castillos.

Ya volvía a largarme una de las suyas, era imposible no reírse con ella.

—Calladita ya, anda, que me desconcentras.

Y no era eso lo que yo quería precisamente, que aquel cuerpo era como un lienzo en blanco en el que recrearse, pintándolo a placer.

Aparté el teléfono de la ducha, y fue mi lengua la que dio buena cuenta de unos senos turgentes que me invitaban a saborearlos. Mientras, enfoqué el chorro a su entrepierna y sus gemidos resonaron por encima de la música de salsa que seleccioné en el hilo musical antes de ir en su busca.

—Como sigas por ahí vas a lograr...

—¿Humedecerte todavía más? Eso es lo que pretendo, preciosa, que disfrutes...

Y a juzgar por sus gemidos, lo estaba consiguiendo. Me sentí victorioso cuando uno resonó sobre el resto y, mientras mis dedos seguían haciendo su trabajo en el interior de su cavidad, comprendí que un fuerte orgasmo amenazaba con dejarla laxa.

Ni en broma iba a permitir que mi niña sufriera un percance por lo que, antes de penetrarla, la tomé por la cintura. Sus gemidos se intensificaron y aquel sonido es que me podía, por lo que no dudé en hacerla mía mientras mis dedos seguían acariciando un clítoris que vibraba más por momentos.

—Te has propuesto volverme loca—murmuró.

Para mis adentros, me dije que quien se había propuesto volverme loco a mí era ella, porque por momentos me iba atrapando.

Mis embestidas fueron a más, por lo que el riesgo de enloquecer juntos aumentó al mismo tiempo que lo hizo la temperatura de un baño del que salían llamas.

Cada vez que la hacía mía me quedaba con ganas de más, como si no existiera la posibilidad de que me saciara de ella.

Cuando por fin un orgasmo simultáneo nos indicó que habíamos alcanzado el cielo, salí de ella, le di un fuerte abrazo y le regalé una sonrisa con la que le estaba diciendo mucho más que con cualquier palabra.

A partir de ese momento, dejé el sexo a un lado y me dediqué a aplicarle el gel de baño por todo su cuerpo, masajeándola y mimándola como ella se merecía.

—Como me sigas tratando así, se va a ir de aquí mi prima Candelaria—me confesaba ella entre risas.

Del baño la saqué casi en volandas y me la llevé al sofá, donde permanecemos un buen rato abrazados. Con ella, pese a que era todo un torbellino, encontraba una calma y un relax sin igual.

Lara no paraba de mirarlo todo con ojos curiosos. Sus ojos me fascinaban y me hubiera perdido en ellos durante horas.

Aquel primer día no iba a dar mucho más de sí; después de un viaje emocionante, a lo que yo aspiraba era a que ella se sintiera bien en mi casa, a gusto, y a que comenzara a decirle “chao” a muchas de sus preocupaciones.

Ya tenía en mente todo lo que iba a hacer para ello y, aparte de eso, mi objetivo era sorprenderla cada día hasta que dejase atrás todo lo malo que le había sucedido.

—¿Cuál es tu lado de la cama? —me preguntó al acostarse.

—El más cercano a la puerta, pero me da exactamente igual, bonita.

—Ah, vale, yo es porque no quiero molestarte, tú sabes...

—Tú no me molestas en absoluto, ¿te estás enterando?

El que se enteró fui yo que, cuando salí del baño, se había acostado en mi lado.

—Y entonces, ¿para qué me preguntas? —Mis carcajadas también debieron escucharse en toda la casa.

—Por dar por saco, tú sabes...

—Ven aquí, que yo sí que te voy a dar a ti una buena tunda...

—¿Otra? Pero si no paramos, estamos enganchados todo el día.

Y mientras lo decía no paraba de reírse. Y esa risa se instaló en mi mente, que la repetía una y otra vez antes de coger el sueño.

Por cierto, que no me fue fácil hacerlo. Estaba como nervioso, deseando que ella se encontrara

en la gloria, que era donde yo quería verla.

Capítulo 21



Llamé a mi asesor a primera hora de la mañana para que le preparase el contrato.

—Oye, Chris, yo hago lo que tú me pidas, ¿pero no te parece un contrato demasiado generoso para alguien así de buenas a primeras?

Ni yo le había contado mi vida ni pensaba hacerlo, que era un poco metomentodo.

—Tú déjame a mí, que yo sé lo que me hago.

—Vale, vale, yo solo te lo decía porque me ha llamado la atención, hombre.

—Pues olvídale y lo necesito para ya, dale absoluta prioridad—le exigí, que el tío era un poco tranquilo.

Tampoco tenía su comentario nada de particular, porque a cualquiera le resultaría cuando menos sospechoso, pero yo quería lo mejor para ella. Y algo me decía que, además, con lo espabilada y agradecida que era Lara, no me iba a defraudar.

—¿Ya nos vamos al bloque de apartamentos? —me preguntó mientras desayunaba.

—Sí, estoy deseando que lo veas, yo creo que te va a gustar.

—Por cierto, este desayuno que me has preparado también me gusta. Estoy pensando que me puedes llevar uno así cada mañana cuando esté en la otra casa.

Tenía un morro que se lo pisaba, pero lo decía todo con tantísima gracia que yo le prepararía un desayuno y hasta un banquete para quinientos invitados si era necesario.

Terminó de mordisquear su tostada nerviosilla. Yo lo notaba porque hablaba más rápido de lo habitual y porque no podía dejar las piernas quietas.

—Si voy a trabajar, quizás necesite ropa—me comentó un poco más tarde, apurada, cuando salió vestida con unos sencillos tejanos y una camisa sin mangas en blanco.

Daba igual que su ropa no fuera de postín, porque ella lo lucía todo que daba gusto, con esa percha que tenía.

—Tú eso déjalo de mi mano, no te preocupes.

Nos subimos en el coche y no solo se aceleró el motor, sino que también mi corazón latió más fuerte cuando nos fuimos acercando a los apartamentos.

—Estoy seguro de que este trabajo está hecho para ti; lo primero es que conozcas el edificio, los tejemanejes de allí y demás. Y ya luego te daré nociones de los temas del papeleo y eso.

—Miedito me está dando, aunque también tiene su morbillo que seas mi jefe—me confesó con sonrisa pícara.

—Borra esa sonrisa de la cara o nos damos media vuelta, que no respondo.

En la vida fui más contento a nada que tuviera que ver con el trabajo, pero es que Lara tenía una especie de luz interior con la que lo iluminaba absolutamente todo.

Nos bajamos y le fui enseñando el hall de entrada.

—Anda que no es bonito esto ni nada. Y las vistas que tiene a la playa son una auténtica pasada.

—Sí, luego te voy a invitar a tomar una ventresca de atún con salmorejo que sirven en el chiringuito que creo que te va a gustar.

—No, yo creo que no me va a gustar, suena como para chillarle. Pero tú tranquilito que tengo la impresión de que te has propuesto cebarme como a un cochino.

—¿Cebarte? A ti no te sobra ni falta nada, guapa.

—Ahora en serio Chris, tú eres muy bueno conmigo, no sé cómo voy a poder agradecértelo.

—Tú no tienes que agradecerme nada. Yo te dije que te iba a ayudar y te voy a ayudar en todo. Lo primero en el trabajo y ya luego en lo del juicio.

—Tu primer juicio, no me lo recuerdes que todavía me da un vahído.

—No, no te va a dar nada, ¿tú confías en mí?

—¡Qué remedio!

—Pues ya verás, yo estoy seguro de que todo va a salir bien. Tú lo que tienes que hacer es ir recordando cómo ocurrió exactamente cada cosa para que yo pueda ir redactando mi escrito de acusación, será un trabajo en equipo.

Lo que había comenzado como una gran amistad, para mí que tenía visos de convertirse en otra cosa, ¿el cazador cazado? Lo mismo sí, porque, aunque seguía siendo una amiga, yo me estaba ilusionando.

Un mujeriego como yo no sentía esas cosas normalmente, por lo que yo era el primer

sorprendido. No es que las mujeres fueran para mí de usar y tirar como los pañuelos de papel, pero jamás le prometí nada a ninguna.

Por otra parte, no era de extrañar que aquella belleza, que era más alegre que unas castañuelas, de vez en cuando se viniera abajo. Yo la compadecía por lo que estaba viviendo y cada vez que el recuerdo de su niñita Bella se le venía a la cabeza, la tristeza empañaba sus vivos ojos.

Ella guardó silencio durante el resto del recorrido, sin contestarme nada. Yo ya había aprendido que en momentos así lo mejor que podía hacer era abrazarla fuerte y hacerle de paraguas, hasta que el chaparrón pasara.

Sin embargo, por muy callada que estuviera, no paró ni un solo instante de tomar nota mental de todo lo que yo le iba contando sobre las instalaciones del edificio, el cuarto de contadores, el cuarto de calderas, la azotea visitable...

—Estas son las llaves que deberás manejar—le dije entregándole un inmenso manajo.

—¿Estas son las llaves? Pues ni que fueras San Pedro, Chris.

—No, créeme que yo de santo no tengo nada.

—Pues mejor, que mi madre siempre decía que “santo que mea, maldito sea”.

Llamamos a algunas de las puertas para preguntar a los turistas por si estaba bien todo, y ahí enseguida noté que ella había nacido para eso.

—Ah, pues si no te va la cisterna y hay que llamar al fontanero, ahora mismo lo haremos—le decía a una chica inglesa que se defendía bastante bien en español.

Ni corta ni perezosa, como yo ya le había entregado el listado, lo sacó y lo llamó, citándolo para media hora más tarde.

La chica se quedó loca de contenta y yo más, viendo que ella se desenvolvía como pez en el agua en aquel ambiente.

—Lo dicho, te has ganado una invitación—le comenté abrazándola mientras salíamos.

—Me habré ganado dos, porque una ya me la habías prometido igualmente.

Bajamos a la playa y la brisa del mar nos envolvía.

—Vamos a comer y después de compras, ¿te parece? —le pregunté.

—¿Hasta que a la tarjeta le eche humo? —bromeó.

—Más o menos.

—No, mira, vamos a hacer una cosa; cuando me haya ganado mi primer sueldo, entonces vamos. Ahora, con dos o tres trapitos que tengo, me voy apañando.

—Oye que soy tu jefe, por si no te habías dado cuenta, ¿vas a contradecirme?

—Pues claro que sí, ¿o qué te has creído? —lo dijo tan convencida que me eché la cremallera en los labios, pero no abandoné la idea.

Disfruté mucho de aquel plato de atún que era una auténtica exquisitez, pero todavía mucho más de su deliciosa sonrisa, de la que yo comenzaba a alimentarme.

Terminamos de comer y, sin decir ni media palabra más, me dirigí hacia el boulevard donde se apiñaban las tiendas.

—O te compras ropa o no hay trabajo, tú verás.

—Pues no hay trabajo...—Cruzó los brazos por delante del pecho, poniéndose a la defensiva.

—Bonita, piensa que para mí no es un sacrificio, sino un gusto. Y piensa también que ahora me representas, por lo que quiero que vayas como un pincel.

No lo quería solo porque me representara, que yo no iba a tener más o menos clientes porque ella vistiese de una forma más o menos elegante, pero es que estaba deseando que Lara tuviese de todo.

—Lo voy a hacer por lo que me dices, ¿eh? Pero lo que compremos me lo tienes que ir descontando poco a poco del sueldo—me comentó al salir del probador.

—No, considéralo un adelanto que te hace la empresa y que va junto con el contrato.

—Pero ¿de qué empresa ni de qué niño muerto me estás hablando? Si la empresa eres tú.

—Venga, no se diga más. Nos llevamos todo lo que te has probado y ahora nos vamos a una zapatería.

—¿¿Todo?? ¡Pero si esto tiene que costar un huevo de pato!

—Pues mientras sea de pato todo va bien, corazón, el problema sería si me pidieran uno mío.

No, había partes de mi cuerpo que siempre fueron sagradas y en concreto aquella lo era...

Logré convencerla; ropa, zapatos, bolsos, perfumes... Y hasta ropa interior.

—No me vayas a decir que eso me va a servir también para trabajar, que entonces ya me mosqueo.

—No, claro que no, eso considéralo una inversión para mi salud mental, ¿tú sabes del buen humor que me pone a mí verte con esos pocos centímetros de tela tan sexy encima?

Capítulo 22



Esa misma noche comprendí que igual para mi salud mental sí era una terapia cojonuda, pero para el corazón menos, porque me puse a mil cuando la vi con uno de esos conjuntos de lencería fina.

—¡Ay, Dios! ¿De dónde te has escapado tú? Si pareces una diosa.

—De eso nada que, si me hubiese caído del cielo, ¡menudo pellejazo me habría dado! Y yo estoy enterita.

—Entera y más buena que el fuagrás La Piara. Me voy a tener que frotar los ojos para comprobar que eres real, aunque también se me ocurren otras formas de comprobarlo.

La llevé hacia mí, que estaba en el borde de la cama, sentándola sobre mis piernas.

—No sabía que íbamos de campamento, ya has montado la tienda—bromeó al ver que me “armé” sobre la marcha.

—Si es que eres absolutamente irresistible...—Hundí mis labios en su cuello y comencé a besarla.

—Oye, que te recuerdo que mañana es mi primer día de trabajo, que tenemos que descansar—me advirtió.

—¿Y? No creo que tu jefe vaya a echarte, te lo digo en serio.

—No, no, pero yo voy a dar el callo como la que más, no quiero que me regales nada.

—Sé que no te voy a regalar nada, preciosa, que te lo vas a ganar tú. Y ahora, sígueme regalando la vista.

Tomé sus manos y las apreté fuerte, fuerte, contra mi pecho. Notarla tan cercana era un gusto al que no quería renunciar. Cada vez sentía que me gustaba más hacerlo con ella. Y lo que era todavía más raro, dormir con ella también.

La idea de que se fuera a su propia casa, por muy cercana que estuviese a la mía, no es que me entusiasmase, por lo que le empecé a dar a la cabeza. Pero eso fue después de una nueva sesión

de sexo en la que Lara se convirtió en la sexy protagonista de un capítulo en el que la penetré desde arriba sin dejar de mirarla en ningún momento.

Percibir sus ojos deseosos, implorándome que la penetrara era lo más de lo más. Y hacerla llegar a la cima del placer se convirtió en mi objetivo en una noche en la que, no por contar con menos tiempo, perdió un ápice de intensidad.

Cuando terminamos, y los nervios se aflojaron, tardé en salir de ella, queriendo prolongar una sensación que por momentos me gustaba más.

—¿En qué piensas? —me preguntó mientras le colocaba el pelo detrás de la oreja.

—En que eres especial, demasiado especial, cariño.

Fue la primera vez que dije en alto lo que ya tenía en la mente todo el tiempo, como un run run que me costaba apartar.

Lara entrecerró los ojos y me abrazó fuerte. Y yo supe que ese abrazo contenía una respuesta en el mismo sentido. Mi único miedo era que confundiera el agradecimiento que me tenía con otra cosa, pero en sus ojillos había algo que me daba esperanzas de que eso no fuese así.

Nos despertamos en la misma postura que nos dormimos, abrazados; y es que, vuelta que daba el uno, vuelta que daba el otro con él. En la cama estábamos perfectamente acoplados, igual que en el resto de las cosas.

Preparé el desayuno y, mientras ella se duchaba, bajé de mi correo el contrato del asesor y lo imprimí, llevándoselo a la cocina.

—Señorita, tiene usted que firmarme esto...—Le puse el contrato por delante.

—¿Tú estás loco? —Se llevó las manos a la boca, por la sorpresa.

—¿Loco por qué? Solo es un contrato de trabajo, Lara.

—No, no es un contrato de trabajo, es un regalo y lo sabes, ¿en qué cabeza cabe, Chris? ¡Que son 1.500

euros al mes!

—¿Y?

—Que se te debe haber ido la chota.

—No, Lara, no se me ha ido la chota. Yo sé que tú lo vas a hacer maravillosamente y que no te voy a regalar nada, no creas que el dinero te va a caer del cielo. Entre los españoles y los guiris, que no sé cuáles tienen más guasa, te va a doler la cabeza más de una vez. Ya me lo contarás.

—¿Dolerme la cabeza por eso? Ni en broma, ya verás que yo los pongo firmes como velas. Y

al que se me tuerza, le meto un cahiporrazo a mano abierta y se le quitan todas las tonterías.

—Madre mía con la sargento. Oye, te he dicho que son apartamentos vacacionales, ¿no? A ver si te has creído que es un cuartel.

—Da igual, yo te digo que los enderezo y los enderezo.

—Pues entonces con más razón todavía. Firma aquí, anda. Además, hay una cosa en la que no has caído, ¿tú sabes el peso que esto va a tener ante el juez? Es la prueba de que podrás mantener a tu hija; se pondrá súper contento cuando vea que tienes tu sueldo, tu casa...

—De verdad que no sé cómo agradecerte todo esto.

—Calla y firma, guapa.

Con manos temblorosas, lo firmó y a continuación vino la pregunta del millón.

—Oye, ¿cuándo se van las chicas de la otra casa? Que tú también tendrás ganas de quedarte tranquilito en la tuya. Yo no quiero ser un estorbo.

—¿Las chicas? Pues no lo recuerdo bien. Me tengo que pasar por allí y preguntarles.

—Vale, pues ya me dices.

Yo mientras me voy a duchar.

—Ok, y luego te dejo en el edificio mientras yo me acerco a ver al asesor; le llevaré tu contrato y miraremos el tema de los impuestos y tal.

—Buff, qué rollo, yo prefiero el cara a cara con la gente, que es más divertido.

—Cuando te hayan tocado tres o cuatro cafres me lo cuentas.

Lo hicimos así y la dejé no sola ante el peligro, pero sí ante su primer día de trabajo. La recogí horas después y ella venía con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué tal tu primer día de curro, guapa?

—Genial. Y eso que ha venido un tío que va a ser de esos que tú dices, poniéndole pegas a todo. Pero ya le he dado yo unos buenos capotazos y creo que está solucionado.

—Si es que tienes arte para todo. Por cierto, yo ya he hablado con las chicas y andaba un poco equivocado.

—¿Y eso?

—Porque todavía les queda una semana más en la casa, pero que no hay ningún tipo de problema.

—O sea que no me vas a tirar la ropa por la ventana ni nada. Ni a mí tampoco.

—Nada, así me haces un poco más de compañía.

Si ella supiera que les tocaba irse ese mismo día y les regalé una semana para no perderla de vista... Es que me daba penilla, ya me había acostumbrado a que su risa llenara mi casa de alegría y sin ella me iba a quedar como sordo.

Yo, que nunca me había planteado que una mujer pasara en mi casa más de una noche, ahora hacía malabares para que Lara no se fuera, ¡quién me había visto y quién me veía!

La invité a comer y luego me dispuse a que pasáramos una maravillosa tarde de piscina. Que ella tuviera que trabajar no quería decir que no sobraran horas en el día para disfrutar del veranito en la mejor compañía.

Capítulo 23



—¡Ese tío está chalado!

—exclamó cuando salió al día siguiente del trabajo.

—Cuéntame, ya estaba yo seguro de que alguno te daría la lata.

—Sí, sí, el que te conté ayer. ¿Pues no va y me dice que no hay agua en el piso?

—¿Que no hay agua?

Imposible.

—Y tan imposible, como que he entrado y los grifos parecían las cataratas del Niágara cuando los he abierto, ¿de qué va?

—¿Y tú qué le has dicho?

—Pues mira, lo primero que me dieron ganas fue de ver si había una camisa de fuerza en el trastero, de eso y de llamar a los loqueros. Pero luego conté hasta diez y me dije “Lara, tú puedes decírselo de otra manera”. ¿Ves que no soy tan sargento?

—Bueno, explícame, ¿cómo se lo dijiste?

—Pues nada, abrí los grifos, vi que el tío estaba colgado y le dije, ¿tú te has puesto las gafas y el sonotone? Porque el agua se ve y se oye, vamos digo yo.

—¿Así se lo has dicho?

—Sí, sí, así y con los brazos en jarra, para darle más fuerza al asunto.

Casi me da un síncope de la risa, ¡menos mal que contó hasta diez que, si no, lo coge por el pescuezo y se lo retuerce!

—Ay, Lara, Lara...

—¿Lara qué?

—Que eres como Lara Croft, la del “Tomb Raider”, solo te faltan las pistolas, guapa.

—¿Pistolas? Qué va, mientras yo tenga mis dos manitas para repartir guantazos a diestro y siniestro a mí no me hacen falta pistolas.

—¡Qué peligro tienes! Te invito a comer.

—Oye, ¿a ti te sobra el dinero para estar todos los días de restaurantes?

—Mujer, que tampoco es que esté tirando los billetes por ahí, ¿no?

—No lo sé, te veo con tantas ganas de gastar... Mira, vamos a hacer una cosa, hoy compramos unos tomates rojitos, que te voy a hacer un salmorejo que te vas a chupar los dedos.

—¿Tú sabes hacer salmorejo?

—Hombre claro, ¿por quién me has tomado? ¿Por una niña pija de esas que no saben hacer ni la “o” con un canuto? No, hijo, no... Yo lo mismo te plancho un huevo que te frío una corbata.

—Será al revés, ¿no?

—Bueno, será como yo quiera...

Cuanto más se le soltaba a ella la lengua, más me tocaba a mí el corazón. A solo un par de días de nuestra vuelta, ya se estaba convirtiendo en una persona imprescindible en mi vida.

Me daba miedo pensarlo y no quería reconocerlo, pero notaba un cierto aleteo en mi estómago y mucho me temía que fueran unas mariposas a las que nadie había invitado a esa fiesta, pero que se colaron por toda la jeta.

Nos fuimos a un supermercado cercano a casa y fue la monda verla escogiendo los tomates. Lo mejor de Lara era que no solo le ponía a todo esa pasión que ya he comentado, sino que el más mínimo gesto la hacía disfrutar. Y su disfrute se convirtió en el mío.

—Ya verás lo rico que nos va a salir, ahora vamos a coger una telera de pan de campo, que ese tiene mejor textura para el salmorejo. Y aceite de oliva del bueno tienes, ¿no? Qué tontería acabo de decir, si tú lo tienes todo bueno, que vives como un marqués.

Ea, ya me había puesto hasta de marqués, pero si me hubiera llamado demonio también me habría callado. Lo que ella quisiera si el resultado tuviera que ver con su felicidad.

Y hablando de resultados, el salmorejo le quedó increíble.

—¿Otro tazón más, chiquillo? Pero si ya van tres, que a mí no me importa que te lo comas todo, pero a ver si vas a reventar como un triquitraque...

Capítulo 24



Una semana después, Lara había dado sobradas muestras de que valía para el puesto.

—Tres días le quedan al tío ese para irse, pero por la gloria de mi abuelo que a mí no me da coba.

—¿Y eso? —le pregunté mientras almorzábamos tranquilamente en la playa.

—¿No te jode? Que todos los días hay algo que no le funciona. Hasta que entro yo en su piso y entonces, por arte de magia, ya le funciona todo.

—Y me da a mí que o mucho me equivoco o le ha tocado escucharte hoy.

—Pues claro, que la gente así de tocapelotas hace que a una se le caliente el pico. Hoy era la lavadora lo que decía que no le iba. Y llego yo y aquello echa a andar que da gusto. Y va el tío y me dice “ea, otra cosa que se arregla sola, pues que sepas que antes no funcionaba”.

—¿Y qué le contestaste?

—Pues, ¿qué le voy a contestar? Le dije “mira, te voy a decir una cosita, para mí que aquí lo único que no funciona es tu cabeza. Y eso ya tiene peor arreglo”.

—Bien contestado, porque para mí que ese es un listo que lo que quiere es que pases a su apartamento todos los días.

—¡Cómo lo sabes! Que telita lo que al tío se le van los ojos a mi escote, el so baboso. Ahora que, como venga a por otra, se lo digo.

—¿Qué le vas a decir?

Cuéntame anda, para que le dé el visto bueno. —Cada vez me gustaba más escuchar sus cosas, ya no concebía mis días sin eso.

—Pues le voy a decir, “mira, los ojos sí que te funcionan bien, que no veas el marcaje que me haces, ¿eh?” Y como se tercié, además le digo que es un asqueroso y punto.

—Me parece muy bien. Y si te molesta o algo me avisas a mí, que le voy a dar un piñazo para que se lo lleve de recuerdo a su casa.

—Muy bien dicho, que no vaya por ahí contando que nosotros no somos detallistas.

—Por supuesto, y como me toque un poco más la moral, lo invito a un viaje con sexo gratis.

—¿A un viaje con sexo gratis? —Abrió tanto los ojos que parecía una muñequita, era muy expresiva.

—Claro que sí, guapa, que le digo que se vaya a tomar por cu...

No pude ni terminar de decirlo cuando sus carcajadas me interrumpieron. Aquella mujer que tenía delante de mí era una montaña rusa emocional, porque tanto estaba más feliz que una perdiz, como se me venía abajo de una forma irremediable.

Comprensible, su estado de ánimo era más que comprensible, que habría que verme a mí de vivir lo que ella estaba viviendo.

—Lo estás haciendo muy bien, guapa, ya me lo ha dicho mucha gente, que les resuelves los problemas enseguida y que siempre tienes una sonrisa en la cara. Estoy encantado de que trabajes conmigo, de verdad.

—No me digas tantas cosas, que me vas a poner colorada y encima te voy a pedir que me subas el sueldo. —Me sacó la lengua.

—Pues no te creas que no he pensado que te lo mereces. En breve lo estaremos negociando.

—¿Qué dices? ¿Se te ha ido la chaveta? Que es broma, hombre. Solo me faltaba eso después de que me has comprado tú la ropa y de que no me coges un euro para comida... Si no tengo más recibo que el de mi teléfono.

—Y si quieres lo puedes meter en mi contrato y yo me encargo—le solté casi sin pensarlo y ahí ya le di que pensar.

Sin comerlo y sin beberlo, me estaba comportando con ella de un modo que habría escamado hasta a Dios que bajase del cielo.

—¡Stop! ¿Qué viene a ser eso de pagármelo todo? ¿Y mi sueldo para qué es entonces?

—Ya, es que sabes que para mí el dinero no es un problema, al menos a día de hoy.

Salvo que ocurra una hecatombe, yo las espaldas las tengo cubiertas, por eso prefiero que ahorres todo tu sueldo.

—¿Y para qué lo voy a ahorrar todo?

—Para cuando venga Bella, para eso.

Era consciente de que tocar ese tema equivalía a abrir la caja de los truenos, pero en algún momento debía hacerlo.

—Muy seguro estás tú, ojalá yo pudiera estarlo tanto—reflexionó, enmarcando su cara con las manos.

—Nos vamos a enfrentar a una batalla que no te digo que sea fácil, pero ¿cuál lo es? Lo que sí te prometo y escúchame bien, porque se trata de una promesa, es que Bella va a estar aquí contigo en pocos meses.

—¿En pocos meses? Pues escúchame tú a mí, porque si haces eso es que te pongo un monumento.

—Yo no necesito que me pongas ningún monumento, con ver tu carita de felicidad me doy por bien pagado.

No era un decir... Lara pensaba que todo el favor se lo hacía yo a ella, cuando aquel era un trueque perfecto; yo le echaba un cable en su desesperada situación y ella me sacaba a mí de la espiral en la que estuve tanto tiempo, yendo de cama en cama, sin que ninguna de aquellas mujeres me llenase lo más mínimo.

Esa tarde, cuando llegamos a casa, se plantó delante de la otra, la que supuestamente iba a ocupar ella, pues las chicas acababan de irse.

—Ya me toca venirme para acá, ¿no?

—Mira, de momento vamos a hacer una cosa; yo te voy a preparar un contrato de alquiler (que tú no me vas a pagar), para que el juez vea que tienes una vivienda digna, pero me temo que no te vas a poder mudar.

—Y eso, ¿por qué?

La sonrisilla pícara la delataba. Ella sabía de sobra que yo no paraba de demorar su mudanza porque no me hacía ninguna gracia. Y yo me sentía dichoso sabiendo que ella tampoco tenía las más mínimas ganas de marcharse.

—Pues muy sencillo, porque dado que es para ti, le voy a reformar el baño.

No se me ocurrió sobre la marcha, yo ya tenía esa idea en mente.

—¿El baño? Pero si me dijiste que todas las casas de tu parcela estaban en perfecto estado.

—Y lo están, pero esta en concreto tiene el baño un poco más antiguo, y yo quiero que tengas uno más bonito.

Capítulo 25



A partir de ese momento, digamos que hubo un antes y un después en nuestra relación, porque lo de la reforma del baño como que le sirvió de confirmación total; yo ya no quería que aquello quedase en una amistad con derecho a roce.

Y la obra la puse en marcha, que no fue una mera excusa.

—Te va a costar un pico y no hacía falta, si quieres que me quede en tu casa, no tienes más que pedírmelo—me dijo unos días más tarde, en la cama, después de hacer el amor.

Era curioso; a mí esa expresión, la de “hacer el amor” siempre me sonó un poco cursi. Me explico, tampoco es que normalmente hablara de “follar como animales” como canta Dani Martín en su canción “Portales”, pero poco me faltaba. Y con Lara, sí que me salía el decirla, porque a ella le hacía el amor, por mucho ímpetu que le echáramos al tema.

—¿Me estás diciendo que entonces te quedarías? —Ahí fue yo quien abrió los ojos mucho, mucho, que parecían platos.

—Que yo no te digo ni que sí ni que no, sino todo lo contrario—me contestó entre risas.

—¿Qué tipo de contestación es esa? Me vas a obligar a hacerte un millón de cosquillas y luego te vas a quejar, que te veo venir.

—¡Cosquillas no! —Salió corriendo por todo el dormitorio con tan mala pata que, al pasar al lado de un perchero que yo tenía en la pared, se arreó con él en toda la sien y se cayó desvanecida.

—¡Lara! ¡Lara! Cariño, por favor, ¿qué te pasa? ¡Vuelve en ti, preciosa! No me asustes, que yo estoy loco contigo, por favor, que estoy deseando que te quedes aquí...

Me faltaba el canto de un duro para echarme a llorar cuando vi que abría tímidamente un ojito y se le formaban esos hoyuelos tan simpáticos en los mofletes, producto de su sonrisa.

—No me digas que has fingido el desvanecimiento para escucharme, que capaz eres.

—Y tú no me digas que te hace falta creer que me voy a ir para el otro barrio para

desembuchar, que hay que sacarte las palabras con un sacacorchos.

Contra todo pronóstico, la jodida sí que estaba muerta, pero de la risa. Bien se había quedado conmigo.

—Eres un mal bicho, que lo sepas....

Un poco bichillo sí que era, pero un bichillo adorable de esos de luz, porque Lara vino para alumbrar mis días.

—Pues mejor para mí, que bicho malo nunca muere. Así que cuando yo tenga tataratataranietos, los sentaré en la parcela y les diré. “mirad, toda la tierra que baña la luz es nuestro reino”, como le dijo Mufasa a Simba.

—Sí, será tu reino porque tú vas a ser mi reina. —Me la comí a besos y eso que lo que se merecía en ese momento era un buen rapapolvo (y he dicho bien, que no estoy hablando de un polvo, sino de un rapapolvo, que no es lo mismo, jaja).

Valor tenía la pobre de hacer bromas sobre una herencia, cuando aquella que recibió en su día y lo que pasó con ella le había costado el cariño de su padre, que desapareció en combate después de lo que le sucedió.

—¿Tu reina? No está mal, con reina me conformo.

En mi reina de corazones se había convertido, eso sí.

De golpe y porrazo, ya estábamos viviendo juntos, y mejor así, porque como tuviera que seguir regalando semanas a los turistas y reformando la casa para evitar que ella la ocupase, al final me venía en la ruina.

No, no sería el caso. Y

menos después de comprobar que cada día Lara se manejaba mejor en el negocio.

Incluso una mañana me sorprendió con un plan para sacarle mayor rentabilidad al asunto.

—Mira, he estado pensando que, si en lugar de solo por noches o semanas, también ponemos el precio en función del número de personas que ocupen el apartamento, le podemos sacar una tajada mucho mayor.

—Pero ¿no es un palo eso de preguntarles cuántos son y demás?

—Qué va a ser un palo, tú déjalo de mi mano, que a partir de ahora me voy a encargar yo también del teléfono. Y otra cosa, me vas preparando una página web en condiciones para que yo suba fotos de los apartamentos, de los atardeceres en la playa y demás, ¿quién se ha encargado de eso hasta ahora? Leñe, que hay algunas fotos tan oscuras que está una temiendo que salga el cochero de Drácula de ellas.

—¿Sí? Pues mira que me las hizo un amigo que es fotógrafo.

—¿Fotógrafo? Joder, pues que Dios le conserve el oído, porque la vista la tiene perdida por completo.

¿Tú cómo has hecho dinero todo este tiempo?

—Yo me estoy quedando alucinado, ¿de verdad que tú no te apellidas Rockefeller, bonita?

—De verdad, de verdad, porque ese apellido solo por no escribirlo, se da dinero. La madre que los trajo al mundo a los ricachones esos.

En honor a la verdad, mis apartamentos digamos que siempre se alquilaron casi solos porque eran una monería y estaban muy bien ubicados, pero no es que me gastara el oro ni el moro en publicidad ni en esas cosas. Para eso fui un poco dejado, pero había llegado Lara y con ella un cambio total también en el negocio.

En dos semanas más, ya teníamos la nueva web en marcha.

—No me digas que no da gloria, estos sí que son unos fotones, ¡nos los van a quitar de las manos!

—decía de lo más entusiasmada.

—Y después dices que no te mereces un aumento de sueldo, con lo que vamos a sacar de más te lo doblo en un periquete.

—¡Alto ahí! De momento, igual dejamos una parte de los beneficios para invertir en el futuro y ampliar el negocio, ya se verá...

Capítulo 26



Lo de Lara era para mear y no echar ni gota. No solo me estaba cambiando la vida por completo, sino que hasta cogió conmigo las riendas del negocio.

Un par de meses después, con el juicio ya a las puertas, quise sorprenderla. No soy de los que piensa que las sorpresas sean solo para las ocasiones, que a mí me encantaba tener uno y mil detalles con ella en el día a día, pero la ocasión lo merecía.

—Cariño, me he dejado las gafas de ver en tu mesilla de noche, ¿te importaría traérmelas? — le pregunté desde el cuartito que tenía habilitado como despacho.

—Venga, va, mira que no te dejas la cabeza de milagro...

Conté los segundos para escuchar su reacción y me extrañó que no me llegara ningún gritito por su parte.

—¿Las encuentras?

Fue entonces cuando reaccionó, que para mí que había entrado en shock.

—¡Alaaaaaaaaaaaaaaaaa!

¿A París? ¡No puede ser, no puede ser! —la escuché chillar, pues había visto los billetes.

—Claro que puede, y además es que va a ser, ya lo verás cariño.

Tenía los brazos preparados porque sabía que mi torbellino preferido vendría corriendo hacia ellos, ya que decía que eran su lugar favorito en el mundo.

Lo que no esperaba era que, tras hacer semejante entrada, me empapase la camiseta con sus lágrimas.

—Cariño, no llores, que lo he hecho porque sé que estás deseando ir allí.

—Ya lo sabes que sí, que te he dicho muchas veces que me hacía una ilusión tremenda. Yo casi no he salido de España y cuando salí fue para ponerme la sogá al cuello...

—Tú no te la pusiste, te la pusieron. Y yo me voy a encargar de que ese cerdo pague por lo que ha hecho, ya lo verás. Pero mientras, nos merecemos un fin de semana de relax, tú no paras

de trabajar.

—Pero si eso no es trabajar ni es nada—se borraba ella las lágrimas con los dedos—, tú tendrías que ver lo que es trabajar de verdad, quitando pintura del suelo de rodillas, que te levantas baldada como si te hubieran dado una soba.

No podía tener una manera más graciosa de expresarse mi niña y, hasta cuando trataba los temas más espinosos, me sacaba la risa.

—Pues eso ya se acabó. Y

ahora tú y yo nos vamos a ir de compras, que nos espera “La ciudad de la luz”.

—¿De compras otra vez?

¿Tú estás borracho o es que te has propuesto que tu tarjeta grite “socorro”? Si ya fuimos cuando volvimos de Roma.

—Pero entonces compramos mucha ropa de trabajo, ahora nos vamos a ir de shopping para hacerte con trapitos de esos monísimos para salir.

En tres días ya estábamos montados en un avión, de viaje a una de las capitales de Europa más bellas.

—¿A qué me sonará a mí todo esto? —le pregunté.

—Y a mí también me suena, esto es un sueño, lo único es que...

—¿Qué? Venga, dímelo.

—No, que tú eres muy bueno y yo no quiero aguarle la fiesta.

—No me aguas nada, yo quiero saber todo lo que pasa por esa cabecita.

—Pues que siempre he pensado que el día que viniera a París sería con Bella, para llevarla a Disney.

—¿Y eso te pone triste?

—Un poquito... —Estaba al borde de las lágrimas.

—Pues yo te prometo que en menos de lo que crees vamos a estar subidos a un avión como este los tres. Y

vas a tener tanto Disney, que crearás que te has tragado a Mickey Mouse.

Jodido ratón, que después lo pensé y antes le cortaba yo el rabo si mi chica se lo iba a comer, que hasta celosillo me había vuelto en el tiempo que llevaba con ella.

Cuando Lara se vio en medio del bullicioso París, y delante de monumentos tan emblemáticos como la Torre Eiffel, fue como si retrocediera un buen puñado de años y volviera a su niñez, porque su cara de disfrute era la de una niña con zapatos nuevos.

No faltaron las típicas fotos para el recuerdo, en todas las cuales la tenía cogida a mí como el

mono Amedio a Marco (salvando las distancias, que mi niña era una monería, pero de otro estilo).

En esa primera noche la invité a uno de los restaurantes más lujosos de París, tanto que solo conseguí la reserva por enchufe, pues tenían lista de espera de meses. Desde su amplísimo ventanal, la ciudad entera quedaba a nuestros pies.

—Yo no he visto una cosa más bonita en los días de mi vida—murmuraba ella mientras no le quitaba la vista de encima a las cristaleras.

—Pues yo tengo la suerte de disfrutar todos los días de una cosa mucho más bonita todavía...

—¡¡Te como esa cara!!!

—me chilló y muchos de los megapijos que estaban a nuestro alrededor se nos quedaron mirando.

—Aquí son unos sosos, cariño, tú no les hagas caso, ¿qué era eso que me ibas a comer?

Nada me gustaba más en el mundo que buscarle su dispartada lengua.

—Che, aquí no, que luego vas a decir que soy una deslenguada y este es un sitio de esos en los que nos van a pedir un riñón cuando salgamos, ¿y si cuando terminemos hacemos “un simpa”?

Todo lo que se le ocurría era igual.

—Lo que nos faltaba, terminar detenidos en París por irnos sin pagar de uno de los mejores restaurantes. Creo que decir que lo hicimos porque teníamos hambre no iba a colar demasiado.

Sí que aquel era un capricho de esos que no se podían repetir todos los días, porque a cualquier hijo de vecino se le habría bajado la tensión al ver la cuenta, pero yo quería que Lara viviera esa experiencia.

Los días que teníamos por delante, a nuestra vuelta, no iban a ser plato de gusto para ella y lo que quise fue que cargara las pilas a tope.

Yo no le decía ni pío al respecto, pero también estaba hecho un manojo de nervios porque, aunque me había preparado a conciencia, la responsabilidad de saber que de mi acusación dependería su felicidad futura, era como una guillotina que pendía sobre mi cabeza.

Tres, dos, uno... la cuenta llegaba a su final.

Capítulo 27



A falta de dos días para el juicio, Lara tenía culillo de mal asiento, resultaba imposible que se estuviera quieta.

—Amor, ¿te acuerdas de la vasija esa tan bonita que tenemos en el hall? —Me llamó desde los apartamentos de la playa.

—Claro, cariño, mi padre la puso allí hace la pera de años.

—Pero a ti no te gustaba mucho, ¿no?

—Ains que ya la veía venir.

—Preguntas en pasado porque le has dado el pasaporte, ¿no?

—Algo parecido. Es que no sé, me noto yo un poco nerviosilla, como si tuviera un poquito de velocidad en la sangre. Y encima estaban encerando el suelo y no veas el patinazo, he aterrizado con la cabeza.

—¿Has partido semejante vasija que tenía más años que Matusalén con la cabeza?

—Sí, sí, con toda la chorla. Te prometo que tengo un buen chichón para demostrarlo.

Ese era el tipo de cosas que solo le podían pasar en el mundo a Lara. Y por eso yo la quería más que a nada en el globo, porque era única e irreplicable.

—Pero cariño, ¿tan dura tienes la cabeza? Mira que yo ya sabía que eras cabezona, pero tanto...—Me eché a reír porque lo que me estaba contando era de surrealista para arriba.

—¿Y encima te vas a cachondear de mí? Que me he podido abrir la cabeza, hombre, ¿no te estás enterando?

—Ains, mi niña, que ahora mismo va su Chris para allá con una bolsa de hielo, que no me puedo permitir que te des de baja. —Ya sabía yo que con ese comentario la iba a tener que escuchar.

—¿Eso es todo lo que te importa? Mira que como me seas explotador te monto una huelga con un piquete en la puerta y te dejamos el bloque que no lo va a reconocer ni la madre que lo

parió.

Me tuve que apartar el teléfono de la oreja porque era que me moría de risa con sus cosas. Y ella, encima de que las decía, se enfadaba cuando eso ocurría.

—No me montes ningún piquete, anda, que me voy a acercarme a verte.

Ya eso le gustó más en unos días en los que Lara necesitaba mimos a tutiplén, porque estaba como un flan. Y lo malo era que yo, que me hacía el machote, estaba igual y no se lo podía decir para no transmitirle más nervios.

Me dirigí hacia allí y por el camino paré en una floristería, donde le compré un enorme ramo de rosas rojas, que eran sus preferidas. Tan grande me lo prepararon que cuando entré en el edificio ni siquiera se me veía.

—¿Eres tú, Chris? —me preguntó y yo bajé el ramo.

—Flores para la flor que siempre quise en mi jardín...—entóné.

—No me cantes eso, por favor.

Sin saber el porqué, se me echó en los brazos llorando.

—¿Qué te pasa, amor?

—Es que las flores son muy bonitas, es que son preciosas. —El llanto mezclado con el hipo creaban en ella un efecto de lo más tierno.

—Pero tú no estás llorando solo por las flores, anda ven conmigo.

—No, no es solo por eso, patoso.

Me llamaba, yo dejaba lo que estaba haciendo, corría que me las pelaba para verla, le compraba el ramo de flores más grande del planeta y encima era un patoso.

—¿Por qué soy un patoso?

Cuéntame, bonita.

—Por la canción, es que esa se la dedicó Antonio Flores a su niña Alba y yo también se la cantaba a Bella cuando nació. Es que mi chiquituri era muy bonita, ¿sabes?

—Lo imagino, cariño. Lo era y lo sigue siendo, que es una preciosidad como su mami.

—Sí, sí, que hay bebés que una les dice a las madres que son bonitos de compromiso, porque igual te acercas al carro y te entran hasta diarreas, pero mi Bella es que es bonita, bonita, una muñeca mi niña. Desde que nació todo el mundo me lo decía.

—No me extraña, cariño, no me extraña. Ya verás las fotos tan chulas que os voy a hacer a las dos juntas.

—Sí, yo no veo la hora, Chris, es que cada día que paso sin ella es un día que no vuelve. Y yo me voy a volver loca si no puedo criar a mi niña.

—Tú vas a criar a tu niña, aunque sea lo último que yo haga. Te lo he prometido y soy un hombre de palabra, ¿cuántas veces tengo que repetírtelo?

—Ojalá, mi vida, ojalá.

—Y vaya chichón que te has hecho, alma de cántaro, ¿te duele?

—Sí, sí que me duele, dame un besito, que estoy tontorróna.

Le di un besito en el chichón y luego otro montón más. Solo me faltó decirle eso de “sana, sana, curita de rana” y es que ella estaba tan sensible en aquellos días que parecía una niña pequeña.

Yoli, una de las chicas que se encargaba de la limpieza del edificio, andaba recogiendo los pedazos de la vasija.

—Por el amor de Dios, ¿quién ha podido hacer esto? Seguro que ha sido uno de esos ingleses que se ha bebido hasta el agua de los floreros y se ha estampado con la vasija. Si es que el alcohol no lleva a nada bueno.

Ya había sacado ella su propia conclusión. Y eso me llevaba a pensar lo fácil que es llegar a conclusiones que no son y lo difícil que resulta a veces que una persona se baje del burro cuando cree llevar la razón.

Mi objetivo en un par de días consistía en que quien se bajase de ese burro fuera el juez y tenía que lograrlo sí o sí. Para eso llevaba meses manos a la obra, recopilando pruebas y poniendo en marcha todos los mecanismos que el Derecho ponía a mi alcance para demostrar que el malnacido de Maurizio había cometido una estafa como una catedral de grande.

Gracias a mis mimos, Lara dejó de llorar y, cuando quise darme cuenta, ya estaba otra vez preparada para la faena.

—Vete ya, anda, que no haces más que entretenerme.

No se lo podía tener en cuenta si no quería volverme loco, porque la pobrecita es que no sabía ni lo que tenía encima a tan pocas horas de poder recuperar a su hija.

—Mejor me voy a quedar por aquí un ratito, que tengo unas comprobaciones que hacer, pero tú a lo tuyo, mi niña.

Lo mejor que podía hacer ella era tratar de entretenerse con el trabajo. Eso le venía de fábula, pero yo me quedé como quien no quiere la cosa, simplemente por si me volvía a necesitar.

—¡Todos los locos me caen a mí! ¿Es que aquí no llega ni uno cuerdo? —la escuché decir un

rato después.

—¿Qué te ha pasado ahora, corazón de melón? Cuéntamelo...

—Que entra un guiri esta mañana y me lo encuentro ahora por las escaleras como ido, que parecía un zombi el tío. Que dice que hace las maletas y se va, el muy desgraciado.

—¿Por qué se va? ¿Es que tiene alguna queja?

—Siéntate que te vas a caer de espaldas, que dice que ha estado en la azotea y que, según es el tamaño del plato, no quiere saber cuál es el del perro, que se ha acojonado.

—¿Qué puñetas dice ese tío de plato ni de perro?

—La antena parabólica, mi amor, lo dice por la antena parabólica, ¿no es para matarlo?

Capítulo 28



...Y llegó el gran día, porque todo llega en la vida.

—Yo hoy me tiro por la azotea del juzgado, como esto no salga bien, yo llamo a los periodistas y hago un vuelo sin motor, a tomar por saco. Que te digo una cosa, ¿eh? Que yo me iré para el otro barrio, pero ese malnacido no se va a ir de rositas, todo el mundo va a saber lo que me ha hecho.

—Tranquila, cariño, tranquila, que te prometo que no va a suceder nada malo. Tienes que respirar poco a poco, que estás sufriendo una crisis de ansiedad.

—¿Me estás diciendo que se me ha ido la chota y ahora tengo que respirar con una bolsita? Porque si es así quiero saberlo.

—No es eso, bonita mía, es solo que tienes que tratar de respirar con tranquilidad o los nervios pueden jugarte una mala pasada.

A quien también se la podían jugar era a mí, y entonces sí que la habríamos cagado del todo.

Defenderla era una gran responsabilidad de la que dependía nuestra felicidad.

Si de algo podía estar tranquilo era de que la acusación estaba bien planteada, pues me había dejado la sesera redactándola y reflejando en ella el ciento y la madre de indicios, todos los cuales apuntaban en la misma dirección; a la de que Maurizio era un canalla total.

Lara no podía estarse quieta, yo no sabía si eran una o dos Laras las que estaban en el dormitorio. Se dio una ducha relajante, pero ni por esas.

—No sé cómo me aguantas, te prometo que no lo sé, te he metido en una movida que es para alucinar—me decía desde allí.

Ya le había dado de nuevo el bajón. En esos días se le agudizó lo de ser Doctor Jekyll y Mister Hyde, así que tanto me estaba poniendo verde como comiéndome a besos.

Cuando por fin salió del baño, la noté como si se hubiera sometido a una cura de esas para eliminar el estrés, porque parecía otra persona.

—Amor, te noto distinta, más...

—¿Más segura?

—Sí, eso.

—Es que mira, me he metido en la ducha y me he dicho “Lara, a ti el sinvergüenza ese no te puede ver hecha un trapo”.

—¡Esa es mi chica! —le chillé emocionado.

—Sí, sí, que no se crea que me va a ganar la batalla, que vamos a arrasar, somos un equipo—me lo dijo tan de corazón que quien se emocionó, y mucho, fui yo.

—Así te quiero ver, mi niña, así te quiero ver.

A pesar de ser otoño, el sol lucía esplendoroso. Lara se vistió con un pantalón de pinzas beige y una camisa blanca que parecían habérselos hecho a medida. Con sus complementos en marrón, iba elegantísima. En el pelo, a modo de diadema, las últimas Ray Ban de carey de las que se encaprichó y que le regalé la semana anterior.

Yo, enfundado en un traje azul que estrenaba para la ocasión, también me veía muy elegante, no es por nada. Lo que no quise hacer fue vestirme como esos abogados que siempre van de negro y que parecen cuervos. Bastante era con tener que llevar la toga que, impecable, estaba dentro de su funda a la espera de que saliéramos.

La noche anterior me la estuve probando y conseguí que Lara se partiese de risa.

—Ains, Chris, si es que pareces un grillo, así tan negro.

—O sea, que encima voy a servirte de cachondeo...

—Un poco, pero no te enfades, es que estás muy gracioso.

“Muy gracioso”, decía. Y

eso que me había comprado la toga más cara del mercado, una de calidad superior que me había costado un riñón y parte del otro. Todo fuera por dar la mejor impresión en el día que tocaba poner toda la carne en el asador para recuperar a nuestra Bella.

Digo “nuestra” porque yo ya lo sentía así. También soñaba despierto con el día que la tuviéramos con nosotros y que pudiera mimarla, igual que hacía con su mami, que era mi otra “bella”.

Cogidos de la mano, enfilamos hacia el coche. Lara me miró y supe que confiaba en mí. Eso provocó que me poseyera el espíritu de un Chris al que nadie iba a amilanar con estratagemas esa mañana.

Juntos, Lara y yo seríamos imbatibles.

Capítulo 29



—Míralo, Chris, ahí está el muy cerdo. Y a ella no la veo por ninguna parte, seguro que no ha venido porque se ha quedado con mi niña.

—O igual a él no le interesa que se entere de toda la mierda que va a salir en el juicio.

—Eso, amor, tú ataca...

—Cariño, que me lo has dicho como si fuera un perro...—Me tuve que reír pese a que el momento no podía ser más tenso.

Ya me imaginaba pasando al lado del tal Maurizio y dándole un bocado en la yugular.

—Ese estás cagado de miedo, te lo digo yo que lo conozco bien.

—¿Y eso? Cuéntame, que toda la información me viene bien.

—Porque mira, el día que se celebró el juicio en el que consiguió quitarme a la niña, tenías que ver las malas pulgas con las que me miraba, desafiándome en todo momento y luego con una risita irónica en la cara que daban ganas de partírsela.

Eso no me extrañaba, porque en ese momento no la tenía y yo se la hubiera partido de todos modos.

—Y hoy no parece venir así.

—No, no, hoy trae el mojón metido en el culo, eso se ve desde lejos. Ya no se cree el elefante que me podía pisar como si yo fuera una hormiguita, ahora el potaje se le ha puesto muy agrio.

Tanto mejor para nosotros. Por suerte, estábamos citados a las nueve de la mañana y no tardaron en llamarnos.

En el momento en el que lo hicieron, me puse la toga, miré al abogado contrario y pensé en eso de “que gane el mejor”. Y el mejor iba a ser yo, sí o sí.

Si digo que el abogado que traía el italiano era malo, la nariz me puede crecer un par de metros; el tío era bueno, bueno y trató de hacerle ver al juez lo blanco, negro desde el primer momento. Pero yo no me quedaba atrás y contaba con la mejor arma que uno puede tener en un

tribunal; la verdad.

Cuando mi colega hizo lo posible y lo imposible por acorralar a Lara, no lo logró. Ella hizo valer su condición de madre y se portó como lo que era; como una guerrera dispuesta a luchar con uñas y dientes para recuperar a lo que más quería en este mundo.

—No, yo no renuncié en ningún momento a mi hija como usted está insinuando. Antes habría salido con los pies por delante que eso, ¿sabe? Su cliente fue quien me la quitó, engañándome como a una boba. Y para ello se valió de que yo no conocía las leyes italianas ni me manejaba del todo con el idioma. Y así me dejó con una mano delante y otra detrás, quedándose con lo que me habían dejado mis abuelos y con ese ser al que adoro y a quien yo, y solo yo, llevé nueve meses en mis entrañas.

Esa fue una de “las perlas” que le soltó, una de muchas porque le fue dando zasca tras zasca hasta que comprendió que con ella no podía y dio por concluido el interrogatorio.

Llegó mi turno y, aunque para nada soy bajo, ahí crecí tres metros al ponerme delante del tipo que tanto daño le había hecho a la que ya consideraba mi mujer.

Pregunta tras pregunta, la cara se le iba quedando a Maurizio del color de la cera, pues cada vez que él contestaba una mentira, yo le pedía al juez que revisara las pruebas que le había entregado y que contradecían su versión.

—Entonces, también niega que tuviera intención de quedarse con el dinero de la venta de la casa de mi defendida, ¿no?

—Lo niego rotundamente.

—¿Y cómo puede explicar que hasta exigiera en el banco que el cheque que percibió por su venta estuviera a nombre de usted y fuera a parar directamente a su cuenta?

—Simplemente porque ella estuvo de acuerdo.

—Ah, ya, ella estuvo de acuerdo y usted es un angelito que no tuvo nada que ver con eso, solo que la chaqueta que lleva no nos deja ver sus alas. ¿Y no será que desde el primer momento quiso asegurarse de que sus planes llegaran a buen puerto?

—No, eso lo está diciendo usted, pero no es cierto.

—¿Y cómo puede explicar entonces el mail que mandó dos días antes al director del banco con esa exigencia y que Su Señoría ya tiene por delante?

El tío no tuvo más remedio que clavar la mirada en el suelo cuando el juez le echó un vistazo y lo miró con ganas de enchironarlo.

A continuación, llamé a un primer testigo, que no fue otro que el director del banco, que iba a

servirme para corroborar todo lo dicho hasta entonces.

—¿Y no es cierto que usted escuchó al acusado decirle a Lara que, por cuestiones burocráticas, la casa que compraran en Italia debía permanecer dos años a nombre de él?

—Sí, totalmente cierto.

Recuerdo que me pareció disparatado y quise intervenir.

—¿Y qué ocurrió entonces?

—Pues que Maurizio me vino a decir, poco más o menos, que quién me había dado a mí vela en ese entierro, que cerrara el pico.

—¿Y cómo definiría usted la actitud de ella en ese momento?

—Sumisa, recuerdo que pensé que, si alguna vez veía a una hija mía con una venda tan grande en los ojos, me daría un patatús. Porque para mí que esa chica no veía más que por los ojos de un hombre que a mí me pareció...

—Diga usted lo que le pareció, no se corte.

—Me pareció un pájaro, eso fue lo que me pareció.

Capítulo 30



La balanza se iba equilibrando por momentos más a nuestro favor, pero yo no quise dejar ningún cabo suelto, por lo que la verdadera bomba la dejé para el final.

La sorpresa que iba a entrar por las puertas dejaría atónitos tanto a Maurizio como a la propia Lara.

—Su Señoría, ¿podría hacer que llamaran a nuestro último testigo?

El juez asintió y lo ordenó, de manera que en cuestión de segundos entró en la sala, ¡el padre de Lara!

Sí, aquel hombre, que ya era mi suegro, venía dispuesto a defender también a lo que más quería en el mundo; a su hija, de la que se separó por no estar de acuerdo con su forma de actuar. El orgullo le pudo, pero ¡que tire la primera piedra el que esté libre de culpa!

Vicente, que así se llamaba mi suegro, era un hombre sencillo que, en el fondo, vio el cielo abierto cuando entré en contacto con él semanas atrás. Y es que ya llevaba una temporada reprochándose a sí mismo su actuación, pero no veía el modo de dar su brazo a torcer después de tanto tiempo.

Lara lo miró a él, me miró a mí, lo volvió a mirar a él y, finalmente, dejó caer varias lágrimas desde sus preciosos ojos en dirección hacia sus mejillas. La vi morir de amor, ya que no imaginaba para nada que yo hubiese dado semejante paso.

—Don Vicente, ¿podría explicarnos cuál ha sido el motivo de que usted y su hija no se hayan hablado en todo este tiempo? —le pregunté para abrir boca.

—Pues mire usted, que uno ha sido muy borrico, porque con los hijos no se puede estar enfadado toda la vida, que luego hasta el corazón enferma. Y no lo digo por decir, que a mí me han tenido que poner “un muelle” de esos—tenía la misma gracia hablando que su hija—, pero es que usted no se imagina lo que le duele a un padre que llegue un patán de estos y su hija no vea más que por sus ojos.

—¿Podría usted afirmar que su entonces yerno ejercía una influencia a su juicio exagerada sobre su hija?

—¿Una influencia? Mire usted, si mi niña parecía que estaba abducida, porque el tío no era verde que, si no, habría yo dicho que era un extraterrestre, con la madre que lo parió ya.

Hasta el juez, en ese instante, tuvo que reprimir la risa. Los únicos que no se rieron fueron el italiano y su abogado, que estaban viendo la cosa más negra por momentos.

—¿Y diría usted que él era consciente de esa situación?

—¿Que si era consciente?

Es que él la provocaba por completo, ya que solo estaba contento cuando mi hija entraba por el aro de todo lo que él decía. Y si alguna vez no le hacía caso, la cara le llegaba hasta el suelo y ya comenzaba a amargarle la vida hasta que ella rectificara. Mire usted, le voy a decir la verdad, a mí había veces que me daban ganas de darle una somanta de palos, hombre ya...

—Entiendo, ¿y qué diría usted que fue lo peor que ocurrió en ese tiempo?

—¿Lo peor? Cuando la engatusó para que vendiera la casa de sus abuelos, que con tantas fatiguitas pagaron y que yo puse a nombre de mi niña para que nunca le faltara un techo.

Las lágrimas afloraron en ese momento a su rostro y a Vicente se le hizo un nudo en la garganta tal, que nos contagié a todos. Hasta el juez, que tenía fama de ser de armas tomar, tenía los ojos vidriosos; la grabación de ese juicio valdría su peso en oro.

—Así que él la presionó para que vendiera la casa.

—Claro, de qué si no mi niña se iba a deshacer de la casa de sus abuelos. Y al final para meterse el tío el dinero en el bolsillo y hacer paz y guerra con él. Que la engañó, mire usted, que le dijo que la nueva casa en Italia la tenían que poner un par de años a su nombre, pero que ya luego sería de los dos. Y ella, enamoradita como estaba, lo hizo. Y si ese desgraciado le llega a decir que se tire por un puente, se tira también, y yo eso no lo podía soportar. Y el pato de todo esto lo han pagado ella y esa criaturita que él le ha quitado, que eso no tiene perdón de Dios...

Pese a que a cada momento se paraba para llorar, a Vicente pareció que le dieron cuerda y se explayó, pero bien a gusto, poniéndole la soga en el cuello a un Maurizio que ya estaba sentenciado.

Pocas veces ocurre, pero en ocasiones los jueces dictan lo que se llama una sentencia “in voce” que no es otra cosa que una sentencia oral en el mismo acto del juicio. Para ello, han de tener el veredicto totalmente claro y ese era el caso.

—Condeno al acusado a la pena de tres años de prisión por un delito de estafa, así como a indemnizar a la parte contraria con la cantidad de 20.000 euros. Igualmente deberá resarcirla por la cantidad que empleó en la compra de la casa que el acusado puso a su nombre, de modo que vuelvan nuevamente a sus manos todas las cantidades invertidas más la citada indemnización de 20.000 euros. En cuanto a la hija de ambos, y dado que el acusado ingresará de manera inmediata en prisión, autorizo a que quede bajo la custodia de su madre de manera provisional en tanto un juzgado de familia la establezca de manera definitiva.

Esto último era un mero formalismo porque no era competencia suya el otorgarle la custodia a Lara, pero así se establecería en cuestión de semanas.

Miré a mi chica, que me observaba como si estuviese hipnotizada y, antes de que pudiese articular palabra alguna, un tierno puchero asomó a su carita. ¡Lo que podía temblarle la barbilla!

Llegué hasta ella y la abracé fuerte, fuerte, como le gustaba.

—Te lo prometí, ¿lo recuerdas? —le pregunté aguantando también las lágrimas, porque el caso no era para menos.

—Y yo te prometí que te haría un monumento.

—Un monumento os voy a hacer yo a vosotras en el jardín, porque tienes que saber que esa sentencia lleva consigo una coletilla que se le ha olvidado al juez; la niña la tienes que compartir conmigo.

—Te quiero, Chris, te quiero...

Capítulo 31



La última estampa que vimos de Maurizio fue la de que salió custodiado por dos policías. Era italiano, pero debía ir maldiciendo en lenguas muertas. Por mi parte, que le cayera el doble de todo lo que nos deseaba.

La sala se fue quedando desierta, pues el juicio fue presenciado por un grupo de estudiantes de Derecho, y Vicente se acercó a su hija.

—Mi niña, ¿podrás perdonarme? —le dijo cogiéndola por la barbilla, de lo más cariñoso.

—Papá, yo no tengo nada que perdonarte, si soy ya la que tiene que pedirte perdón a ti...

—No, hija, que yo tampoco lo he hecho bien; aquí nos ofuscamos todos y el demonio terminó de enredar con su rabo.

Si con Lara no me faltaban las risas, ahora que Vicente volvía a entrar en su vida ya iba a ser la monda, porque ese hombre tenía una forma de expresarse de lo más graciosa.

—Papá, qué cosas dices, no sabes lo contenta que me he puesto cuando te he visto entrar, como si hubiera visto a Dios, de verdad que sí.

—Ay, mi niña, yo voy a tener que ir a que me aprieten “el muelle” este que me han puesto en el corazón, porque me está bombeando tan fuerte que se me va a salir por la boca.

Bueno, bueno, que todavía iba a pensar Vicente que “el muelle” se lo podían apretar con un destornillador.

—Papá, que me ha preocupado mucho eso que has dicho de que estás pachucho, yo te voy a cuidar mucho.

—¿Pachucho, yo? No hija, mi problema era que tenía el corazón roto por no verte, pero sus pedazos se acaban de pegar como si le hubiesen echado Loctite, tú no te preocupes que tienes padre para rato.

—Y Bella tiene abuelo también para rato, papá.

—Eso, que yo estoy loco por ver a esa niña.

—Y yo, papi, y yo. Oye, Chris, ¿tú crees que habrá billetes para que volemos hoy mismo a Roma? Porque a mí me da igual lo que cuesten, como si me tengo que vender yo, pero mi niña no se queda más con la tipa esa a la que llama “mamá”.

—No sé, no sé qué decirte—le respondí con la sonrisa en la boca.

—¿Y tú de qué te ríes?

¿Por lo que he dicho de la tipa esa?

—No, me río de otra cosa, porque el día todavía va a ser muy intenso, ¿y si te dijera que es posible que tengas a la niña contigo en una hora?

—¿En una hora? Mira, que yo sé que tú eres muy apañado y a la vista está lo que has conseguido, pero mago no eres que yo sepa. Ni tampoco mi niña es un conejo para que la saques de la chistera, explícate que me va a dar un ataque de nervios.

—Vale, no me lo tomes a mal, pero yo sé desde hace varias semanas que el juez ordenó cautelarmente que la niña viajase hasta aquí con su padre, por lo que pudiese ocurrir. Lo que pasa es que no te lo quise decir para no ponerte más nerviosa todavía.

—¿Bella está aquí? ¿No es una broma?

—¿Tú crees que yo bromearía sobre eso, preciosa?

—Me va a dar un chungo de la emoción, yo no sé si las piernas me van a sostener.

—Seguro que sí te sostienen. Y si no lo hacen, lo haré yo.

—Ay, Chris, ¿y nos la van a traer?

—Sí, en cuanto el juez dé ahora un telefonazo nos la traerán.

—Pues dile que lo dé ya, por lo que más quieras. —Las lágrimas salían a mares de sus ojos.

Un rato después, y en aquellas mismas dependencias judiciales, se produjo la entrega de su hija.

—No me digas que me la va a traer la pareja de Maurizio porque no respondo, que la puedo coger por los pelos y arrastrarla por todo el juzgado.

—No, cariño, la tipa esa no ha volado con ellos. La niña la trae una agente que se ha encargado de su custodia desde hace unas horas.

Se puso la mano a modo de visera y la vio venir, de la mano de aquella mujer de rostro tan amable, que luego supimos que era psicóloga.

La niña venía que era un caramelito, con aquel monito vaquero y unas zapatillas deportivas como las que calzan las chicas mayores, en un alegre amarillo. También traía cogidos dos

coquitos en el pelo y el mejor de sus complementos era la que su madre llamó “mi sonrisa favorita”, que no solo mi querido Aitor Ferrer tiene una de esas.

—Mira Bella, aquí está tu mamá—le dijo la mujer.

—¿Mamá? —le preguntó ella acercándole su dedito a la boca.

Maurizzio sería un desgraciado total, pero de lo que sí se ocupó fue de que la niña también aprendiera castellano, pues él se manejaba perfectamente en los dos idiomas.

—Sí, Bella, yo soy tu mamá. —La tomó entre sus brazos y le dio un abrazo inmenso.

Vicente y yo, que nos habíamos convertido en cómplices, mirábamos la escena fascinados.

La pequeña se quedó un tanto extrañada y, cuando nos temimos que pudiera echarse a llorar, una graciosa risita salió de sus labios.

—Mamá—comenzó a decirle, pese a que debía tener un cacao monumental en la cabeza.

—¿La habéis escuchado?

—Lara no salía de su asombro, con lo que temía que el reencuentro con su hija no saliera así de bien.

—Sí, cariño, la hemos escuchado. Y también la estamos viendo y es un calco tuyo, una mini Lara.

—¿Una mini Lara? Pues entonces prepárate, que entre las dos te vamos a dar la del pulpo.

La intensidad de la emoción que sentía hizo que riera y llorase al mismo tiempo. Si enamorado me tenía, verla en esa dulce faceta de madre ya es que me encandiló del todo.

—Yo sé que ahora es muy pronto, pero en un ratito me la pasas, hija—le sugirió Vicente, que el hombre se portó con muchísima prudencia.

—Mira, Bella, este es el abuelito Vicente y este es Chris, nuestro ángel de la guarda y el hombre al que quiero con todo mi corazón.

¿Había dicho que me quería con todo su corazón? Con eso sí que me había hecho un monumento muy, muy alto, porque yo me sentí en una nube de la que no quería bajar.

Capítulo 32



Abandonamos enseguida ese frío lugar que no era propio de un reencuentro tan emotivo y nos llevamos a la niña a casa.

—Creo que este sitio le gusta, ya verás, en nada se va a convertir en su hogar—le comenté a Lara.

—Se ha convertido ya, desde el punto y hora en el que la tenemos aquí, ya es su hogar. A mí no me vuelven a quitar a mi niña, porque para eso tengo que salir antes con los pies por delante.

—Tú puedes estar bien tranquila que no ha nacido el que nos quite a la niña, que esta chiquitují es ya también mía.

No me había imaginado en la faceta de padre nunca y, sin embargo, era mirar a Bella y saber que yo quería convertirme en esa figura que la quisiera y la protegiera.

Por hora que pasaba, la niña se sentía más a gusto con su madre y, después de darle su primer almuerzo, se quedó dormidita en brazos de Lara, tumbadas ambas en el sofá.

Aproveché ese íntimo momento para tomar la que sería la primera foto de las dos juntas; la primera de un millón porque intuía que me dolería el dedo de tanto darle a la cámara.

Esa primera noche, Lara se la pasó en vela y no porque la peque nos diera lata alguna, que durmió como una bendita, sino porque ella era incapaz de cerrar los ojos sin volver a comprobar que la niña estaba bien.

La habíamos acostado en el que se convertiría en su dormitorio y que todavía era el de invitados, por lo que ella iba y venía como si estuviera de guardia.

—Va a estar bien, no te preocupes que va a estar bien—la tranquilicé.

—Pero es que si se despierta yo quiero estar ahí, que puede extrañar el dormitorio y echarse a llorar.

—¿Y por qué no te la traes a la cama con nosotros y así te quedas más tranquila?

—¿No te molesta?

—Claro que no, cariño, le hacemos hueco entre los dos.

Yo lo único a lo que aspiraba era a que ella pegara un ojo y, de paso, a pegarlo yo también, porque parecía misión imposible, y a mí los párpados como que se me caían.

Lara fue corriendo a por ella y la trajo envuelta en su sabanita. La peque sí que dormía a pierna suelta, ¡anda que estaba mal! Aun así, no logré que su madre descansara demasiado, ya que a cada momento abría un ojo, llevaba su cabeza hasta el pechito de la niña para ver si respiraba bien, ¡y hasta le tomaba el pulso!

—Ríete, que soy un poco exagerada, ¿no?

—Un poquito, pero que es normal, yo lo comprendo.

También me desvelé y permanecí horas viendo cómo Lara contemplaba a la que para ella era su bebé.

Cuando por la mañana la pequeña dijo “aquí estoy yo”, entre su madre y yo sumábamos más sueño que en un canasto de gatitos.

—Es lo que tiene ser padre, acostúmbrate—me advirtió dándome un beso de buenos días mientras la pequeña daba palmas.

Con tal de estar así con ellas, yo me acostumbraría a eso y a lo que hiciera falta.

—No te preocupes, preciosidad. Por cierto, te propongo una cosa para cuando desayunemos.

—Pues tú me dirás.

—Recogemos a tu padre en su hotel, que le vamos a dar una alegría, y nos vamos de compras con la peque.

—Es cierto, tan solo nos han dado una maletita con su ropa. A mi niña le va a hacer falta de todo.

—Y aquí estoy yo para comprárselo—le indiqué con el dedo en alto.

—De eso nada, que tú me decías que ahorrara para cuando llegase Bella y no has consentido que yo pagase nada en todo este tiempo, pues ya tengo ahorros.

—Muy bien, pues déjalos en tu cuenta, que no comen pan.

—Oye, pero que yo no soy una rúcana como el tío Gilito ni aspiro a amasar una fortuna, que el dinero está para gastarlo. Y, además, te recuerdo que ahora voy a tener una pasta gansa para gastar con todo lo que tiene que pagarme Maurizio.

—Pues lo mismo te digo, que eso lo dejes ahí. Tú has demostrado tener un olfato extraordinario para los negocios y seguro que en nada multiplicas ese dinero.

—Oye, a ver si te has creído que yo tengo la habilidad de Jesucristo y que me voy a marcar aquí un rollo del estilo del milagro de los panes y los peces...

Estaba feliz, Lara estaba feliz. Y yo más feliz todavía de verla.

No sé cómo lo logré, pero lo hice. Al final, dejó la carterita quieta y me permitió que fuera yo quien comprase un montón de ropita, zapatos, complementos, juguetes y demás... Pero todavía me quedaba que ganar una batalla más.

—Y ahora nos vamos a encargar los muebles de su dormitorio—le anuncié.

—¡Ni se te ocurra! Que esos sí que van a correr por mi cuenta.

—Sí, pero hoy no...mañana.

Capítulo 33



Unas cuantas semanas después ya se podía decir que Bella estaba perfectamente adaptada a la casa y a nosotros.

Cada vez que le decía “mamá”, a Lara se le caía la baba, pero es que también había que verme a mí, a quien enseguida comenzó a llamarme “papá”.

La casa no tenía nada que ver, y todo era alegría y bullicio. Eso sí, había que tener siete ojos para no matarse de un patinazo con un juguete, que la peque tenía la habilidad de dejarlos regados por los lugares más insospechados.

Era domingo por la mañana y yo repetí una jugada que a Lara le resultaría familiar.

—Cariño, que me he dejado las gafas de ver en tu mesilla, ¿me las traerías, por favor?

—¿Las gafas de ver? Que te conozco, Orozco. Al saber lo que habrás preparado otra vez.

Mucho quejarse, pero Lara salió zumbando como una abeja hacia nuestro dormitorio y esta vez no tardó en dar un grito.

—¡Billetes para Disney, yo me muero!

—De eso nada, guapa, que aquí nadie tiene tiempo de irse a criar malvas, ¿estás contenta?

—No, qué va, me has dado un disgusto de muerte, ¿no ves que estoy llorando?

Lo que estaba haciendo era saltar, y enseguida se puso a bailar, con Bella en brazos, pues la enana acudió rápido al escuchar el chillido de su madre.

—Te voy a convertir en una princesa de Disney, con la corona y todo—le contaba ella mientras ambas bailaban.

—Yo tero con tacones—le pidió, que sabía muy bien lo que se decía.

La principal afición de Bella era subirse a los zapatos de mamá, y ya le había estropeado más de un par, al probárselos y partirles un tacón. Pese a ello, su madre, loquita como estaba con ella, miraba hacia otro lado para que la niña disfrutase.

—Pues mamá te va a comprar los zapatos de la Cenicienta, y Bella va a ser la niña más bonita de todo el parque.

La gracia del asunto fue que con los zapatos salió ya desde casa, porque se los encargamos por Internet, así como el resto del atuendo de la Cenicienta, que era su personaje preferido.

—Madre mía que no puedo soltarla ni un minuto, o el ratón Pérez va a tener que echar horas extra, que la niña va a pegar un bocazo tremendo.

Era para verla, con sus pasitos cortos pero firmes, paseándose encima de esos taconcitos en versión mini.

Lo que no fue versión mini precisamente fue el tamaño de su sonrisa cuando se vio en medio de la factoría de sueños. ¡Y su madre pensando que igual la asustaban los personajes!

Más bien fue al contrario y ellos los que tuvieron que sentir miedo cada vez que la peque se les acercaba y lo mismo les tiraba del rabo que les daba un bocado para atraer su atención.

—Ven aquí, bicho—le decía—, ¿tú a quién sales?

—Yo no tengo ni idea, con lo prudentita que es su madre—me mofaba yo, sabiendo como sabía que salía a ella y de sobra.

—Ya, pero yo no voy repartiendo bocados al personal, ¿no?

—Solo faltaría que también saliéramos de aquí esposados. Bastante es que nos van a multar como la peque no pare.

—Eso digo yo, que ella no para, pero que estos bichos tendrán puesta la vacuna antirrábica, ¿no?

Era tal el celo de Lara con la niña que ya no sabía ni lo que decía.

—Cariño, que los bichos no son reales, no me asustes.

—¡Ay, mi madre! Pues también es verdad.

Lo que pudieron corretear las dos por todo el parque y yo detrás de ellas, que me había convertido en su cámara oficial. ¡Quién me lo iba a decir! A mí, que los niños no entraban en mis planes. Y allí estaba, loco de amor por la madre, pero también por la chiquitina.

Y tan loco de amor estaba que no quise renunciar a llevar esa locura un poco más allá. Bien sabe Dios que no estaba en mi pensamiento el hacerlo en ese momento ni en ese lugar, pero fue la peque la que me dio la idea.

Resultó que la enana estaba jugando con su madre a la hora del desayuno y le encajó una rosquilla de chocolate en el dedo. ¡Y a mí como que se me encendió la bombillita!

—Mira el anillo que me ha colocado, ¿qué te parece?

Bella se lo encajó en el dedo corazón de la mano izquierda.

—Muy bien, pero yo creo que puedo mejorarlo. —Cogí otra rosquilla y se la encasqueté en el anular de la mano derecha.

—Es una broma, ¿no? —me preguntó mirándome fijamente.

—¿Y por qué? ¿Qué nos lo impide? Entiendo que no es la pedida de tus sueños, pero es la que se me acaba de ocurrir.

—¿Que no es la pedida de mis sueños? Si este es el lugar más maravilloso del mundo y no se me ocurre una forma más dulce de pedírmelo.

Más dulce desde luego que no, que la rosquilla debía llevar su buena dosis de azúcar.

—¿Eso quiere decir que...?

—Eso quiere decir que, ¡ay!

—¿¡Ay!?

—Sí, ay, qué bocado me ha arreado la niña.

Miré a Bella, porque hasta ese momento lo hice a los ojos de su madre, y vi sus dos paletitas separadas, mientras reía feliz. No había otro trasto como ella en todo el parque.

Lara y yo nos echamos a reír, y una vez más, su risa se confundió con el llanto, pero en esta ocasión de alegría.

—Claro que me quiero casar contigo, y yo no necesito mejor anillo de pedida que este, de verdad.

—¿Te vas a casar conmigo, bonita? Ya sé que tú no lo necesitas, pero yo te voy a encargar la sortija más bonita de todo París.

Antes de volver para España, repetiríamos visita a esa ciudad que tanto y tanto le gustó a Lara la vez anterior que estuvimos allí, por eso se lo dije.

Fue en una de sus afamadas joyerías donde le compré un solitario de diamantes que la dejo con la boca abierta.

—¡Yo te como esa cara y cierra ya la cartera, que te vas a arruinar! —me chilló.

Capítulo 34



A ninguno de los dos nos gustaban los bodorrios esos con mil invitados por metro cuadrado, por lo que decidimos que la nuestra sería una boda para los más cercanos.

En cuanto al lugar elegido para ello, al verano siguiente, tampoco se nos ocurrió ningún otro mejor que nuestra parcela, que habilitamos para la ocasión con unas preciosas pérgolas.

Vicente, el padre de Bella, no paraba de traerme noticias desde el otro lado de la casa.

—Chaval, te vas a quedar pasmado cuando la veas. No es porque sea mi hija, pero parece un ángel vestido de blanco.

Solo de imaginármelo, mis nervios se acrecentaban. Desde que se lo pedí no había dejado de soñar con un día que fue de lo más deseado por parte de los dos.

—¡Bella, no! —escuché decir a Lara y me reí al pensar que muy tranquila estaba la cosa.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Amanda, una de las amigas de la infancia de mi chica, que se había trasladado para la ocasión.

—¡Los zapatos, mira los zapatos!

Lo siguiente que escuché fue la carcajada de la muchacha y enseguida me relajé, porque se la contagié a Lara. La sangre no habría llegado al río, o eso pensaba yo.

No volví a acordarme del tema hasta que Lara llegó a mi altura en el jardín, donde habíamos colocado también el improvisado altar. Mi prometida, con aquel precioso vestido de encaje y corte sirena parecía precisamente eso, un personaje mitológico, porque su belleza no podía ser de este mundo.

—Estás guapa, pero guapa.

Me había imaginado muchas veces el momento en el que te viera vestida de novia, pero has superado todas mis expectativas, el blanco te sienta sensacional—le confesé mientras le daba un amoroso beso en la mejilla.

—¿Sí? Pues de milagro ha dejado la niña títere con cabeza, porque mira...

En ese momento se subió un poco el vestido y me dejó ver los zapatos de novia más originales del mundo, totalmente pintarraqueados de colores por Bella.

Y todavía tuvo más gracia la cosa, porque cuando la miré me hizo el gesto de “tras tras”, vamos que mamá le había dicho que le iba a dar “tras tras”

y ella se partía de risa. Hasta hizo como si voltease los ojos, que aquella enana iba para cómica.

Incluso el padre Marcos, a quien por supuesto fuimos a buscar para que nos casara, se rio con los zapatos y nos dijo que menos mal que no era un niño, porque como monaguillo no lo hubiera querido.

El abuelo Vicente también reía feliz, él se había trasladado a vivir a nuestra ciudad para estar más cerca de su hija y su nieta. Y como su pensión tampoco es que fuese para tirar cohetes quisimos facilitarle las cosas y lo invitamos a quedarse a vivir en uno de los apartamentos vacacionales.

El hombre no perdía ocasión de mostrarnos su agradecimiento por activa y por pasiva, porque decía que el sueño de su vida era el vivir frente al mar. Y eso sí, no paraba de comprarle caprichos a su nieta, que nos tenía la casa de juguetes que ya nos costaba trabajo pasar por ciertas zonas.

Cuando llegó el momento de pronunciar los votos matrimoniales temblé como una hoja por la forma de mirarme de Lara.

—Yo es que te tengo que querer, mi vida—comenzó diciendo y ya tenía yo la lagrimilla en el ojo—, y no solo porque seas el hombre más maravilloso del mundo, sino porque lo apostaste todo desde el primer momento por una mujer que por aquel entonces no podía aportarte más que problemas. Mi vida era el caos y lo sabes, y tú te convertiste en el faro gracias al cual llegué al puerto de tu amor...

—Como no pares, preciosa mía, aquí va a llegar un tsunami, porque voy a empezar a llorar y no va a haber dios me pare—le advertí antes de que siguiese hablando.

No hubo uno solo de los asistentes que no se echase a reír, y la peque la que más. Ella no tenía ni idea de lo que estaba sucediendo, pero se apuntaba a una ronda de aspirinas si hacía falta.

La ceremonia terminó sin más sobresaltos y eso que a Bella no podíamos perderla de vista. Una prima mía, que hizo de madrina, se quedó enamorado de ella.

—Yo es que me la comía a bocaditos chiquititos, me la llevo para mi casa—le comentó a Lara cogiéndola en brazos.

—Quieta parada, que la niña tiene un dispositivo de seguridad que no le permite estar separada a más de tres metros de mí, ¡como mucho! —bromeó su madre.

Si por Lara hubiera sido, desde luego que le pone el dispositivo y reduce la distancia a un solo metro.

Era normal, con lo mal que lo pasó en su día, no quería perderse absolutamente nada de Bella.

Por cierto, que las diabluras de la niña de nuestros ojos no acabaron ahí, porque a la hora de cortar la tarta nos dio un susto de muerte.

—¡Un terremoto! —chilló mi amiga Encarni, que era más exagerada que el cine.

Cierto, eso sí, que la tarta comenzó a tambalearse y la gente a mirar el asunto con terror. Claro que lo mosqueante fue que la tierra no tembló bajo nuestros pies, pues lo único que allí produjo el temblor fue nuestro bichillo, que se había escondido debajo de la mesa.

—¡Ni cortar la tarta nos vas a dejar! —Lara la tomó en brazos mientras yo procedía con la espada, entre los aplausos de la gente.

Pero claro, con lo que no conté fue con que Bella iba a meter sus deditos en el chocolate y pasármelos por toda la cara, por lo que salí en las fotos que parecía un indio sioux.

Lo mismo me daba que me daba lo mismo, porque yo lo único que sé es que no ha habido en la historia de la humanidad un novio más feliz de lo que yo lo fui ese día...

Epílogo



3 años después —Papá, pues a mí Charo me gusta para ti—le dijo Lara a su padre.

—No me líes hija, que yo después de lo de tu madre ya me retiré de las mujeres.

—No digas tonterías papá, que tú todavía estás de muy buen ver y te mereces una segunda oportunidad.

—¿Y quieres más oportunidad que la que me ha dado la vida contigo y con mi nieta?

—Pero ¿Qué tendrá que ver el tocino con la velocidad? Eso es una cosa y lo que yo te estoy diciendo es otra, ¿tú qué dices, amor?

—Yo que lo que tú digas, cariño mío, que cada vez que te contradigo luego te dan los antojos por la noche.

—¿Estás diciendo que lo hago adrede, Chris?

—Yo no digo nada, que calladito estoy más guapo.

—Eso, eso, papá, que mamá es la que manda—me soltó Bella que ya estaba hecha toda una mujercita y no paraba de dar vueltas con su patín por la parcela.

Teníamos muchas novedades, la primera de las cuales era el embarazo de Lara, que ya estaba de seis meses y que en nada me convertiría en padre de ¡nada más y nada menos que dos niños!

Sí, para una vez que nos pusimos a la labor de ser padres (aunque las prácticas las hacíamos todos los días), debimos dar en el blanco de la diana, porque los que venían en camino eran dos chicarrones que se llamarían Martín y Andrés.

Lara y yo estábamos encantados con la noticia y lo que toca Bella... Nuestra niña decía que ella iba a ser la canguro de sus hermanos, pero que le teníamos que pagar un euro cada hora, ¡para ser una enana no estaba mal!

Con ese detalle comprenderéis que la peque tenía el mismo ramalazo empresarial que su madre, que terminó invirtiendo todo el dinero que percibió de Maurizio en una parcela en la que ese día inaugurábamos un camping.

Y por si todas estas novedades eran pocas, nos habíamos dado cuenta de que el abuelo Vicente bebía los vientos por Charo, una de las personas que habíamos contratado para ayudarnos en el nuevo negocio.

Lara tenía toda la razón, pues Vicente estaba como una rosa, a pesar de que él solía hablar de “su muelle” en el corazón como si fuera poco más o menos que Robocop.

En cuanto a lo que acababa de decir Bella, que mamá era la que mandaba, tenía más razón que un santo. Siendo como era la mejor compañera de aventuras del mundo, mi querida mujercita me cogió el pan debajo del sobaco, como suele decirse, y hacía conmigo lo que quería.

Con lo que estoy contando no quiero decir que yo fuese un calzonazos ni nada parecido, pero es que Lara tenía muy buen criterio para todo y no digamos ya para los negocios. ¡Como siguiera así me iba a dejar en pañales!

De quien no volvimos a saber absolutamente nada fue de Maurizio que, a ese, desde que salió de la cárcel parecía que se lo había tragado la tierra. Por mi parte, que se lo tragara y que lo escupiese por lo menos en Saturno, que no queríamos verlo ni en pintura.

Lara iba y venía arrasando por las mesas, en las que habíamos preparado un picoteo para nuestros amigos y clientes.

—Cariño, como sigas así, a la hora a la que lleguen no van a quedar ni las migas—le comenté mientras la tomaba por la cintura y le daba un beso de película.

—¡Che! A mí no me digas nada, que voy por el libro de reclamaciones. Eso se lo tienes que decir a tus niños, que no veas si jalan...

Lara tenía hambre a todas las horas y ella decía que tiempo tendría para adelgazar cuando los niños nacieran. O para seguir engordando, que mi mujercita estaba guapa con kilos, sin kilos, y de cualquier forma. Yo lo único que quería era que los niños nacieran bien.

—Si por mí puedes comer todo lo que quieras, amor, solo es por buscarte un poquito.

—Ya lo sé, ya... Y hablado de buscar, al que tenemos que ir a buscar otra vez es al padre Marcos, que ese con nosotros va a hacer horas extra.

—Sí, y menudo disgusto le vamos a dar, será porque se lo pasó mal en nuestra boda.

Yo sabía bien lo que me decía, que muchas de las fotos más simpáticas de nuestro enlace estaban protagonizadas por él.

La cosa empezó porque ya en la ceremonia, con eso de que hacía calor, se bebió un lingotazo de vino que válgame, Cristo y nunca mejor dicho. Y a partir de ahí, no es que el hombre se cortara demasiado, por lo que no acabó a cuatro patas de milagro, ¡si hasta hay una instantánea

en la que sale con Lara, los dos poniendo morritos!

Con la vista retrospectiva, yo repetiría esa boda una y mil veces, porque fue uno de los días más felices de nuestras vidas... Unas vidas que estaban a punto de regalarnos otro emocionante momento con el nacimiento de nuestros dos enanos.

Yo me estaba preparando a conciencia para convertirme en padre de familia numerosa y, lejos de lo que mis amigos me sugerían entre bromas, no le tenía el más mínimo miedo al asunto.

—Tú vas a ser un padrazo de tres, como si fuera de tres docenas. —Lara tiró por corto, con las narices, el día que descubrimos que venían dos más en camino.

Bromas aparte, a nuestros niños los estábamos esperando con los brazos abiertos. Y el día que la cigüeña planeara sobre nuestra casa nos sentiríamos los seres más dichosos del planeta.

Mientras, no parábamos de hacer preparativos, y ya teníamos lista una habitación infantil doble que era de revista de decoración...

—¡Bella, no! —Hay cosas que nunca cambian y nuestra niña, que se daba muchas mañas con el patín, pero que también hacía mucho el loco, terminó estampada contra una de las mesas.

—Ay, papá, que seguro que estás pensando que cuándo voy yo a volverme formal—me preguntó con un canapé en lo alto de la cabeza, del que sobresalía una anchoa.

—Tú, nunca, cariño, eso ya lo sé yo—suspiré.

Sabía eso y que, por muy trasto que fuera, nunca dejaría de ser la niña de mis ojos, la que trajo al mundo aquella mujer que me tenía más enamorado por día.

—Bella, hija, que te has cargado un montón de bandejas, ahora me voy a tener que cortar yo, con el hambre que tengo—la reprendió su madre, que era un pocito hondo esos días.

—¡Yo sí que os como a las dos! A la niña, y a la madre, que parece un Huevo Kinder—les dije y me dispuse a salir corriendo antes de que ambas me quisieran pelar, ¡y sin tijeras!

RRSS:

Facebook: [Marcos Álvarez Castro](#)

IG: @marcosalvarezcastro